

Controversia

PARA EL EXAMEN DE LA REALIDAD ARGENTINA



*Ernesto López.
Discutir la
derrota*

*Giardinelli.
Entrevista a
Tieffenberg*

*Rozitchner,
Terragno,
Ulanovsky,
Schmucler.
Los argentinos y
el exilio*

*Eliecer.
¿Quién nos quitó
la democracia?*

*Rodolfo Walsh.
Textos políticos
Lilia Walsh.
Rigor e inteligencia
en Walsh
Casullo.
Walsh y su
pensamiento
político*

*Ábalo, Samir
Amin.
Crisis económica
mundial*

*Kaminsky.
Vigilar, sospechar
y denunciar*

Controversia

PARA EL EXAMEN DE LA REALIDAD ARGENTINA

Propiedad Intelectual en trámite.

Director: Jorge Tula.

Editor responsable: Hugo Vargas C.

Consejo de redacción: José Aricó, Sergio Bufano, Rubén Sergio Caletti, Nicolás Casullo, Ricardo Nudelman, Juan Carlos Portantiero, Héctor Schmucler, Oscar Terán.

Diagramación: María Cristina Ocos y Hugo Vargas C.

Dibujos: Antonio Berni.

Índice

COYUNTURA

Bases políticas, ley sindical y plan del capital, por Juan Carlos Portantiero

LOS ARGENTINOS Y EL EXILIO

La Argentina de adentro y la Argentina de afuera, por

Héctor Schmucler

Psicoanálisis y política: la lección del exilio, por

León Rozitchner

Muchas actividades, nuevas inquietudes, mejores personas, por

Carlos Ulanovsky

El privilegio del exilio, por Rodolfo Terragno

ENTREVISTA

David Tieffemberg: el socialismo que está solo y espera, por

Mempo Giardinelli

Discutir la derrota, por Ernesto López

DOCUMENTOS

Rigor e inteligencia en la vida de Rodolfo Walsh, por

Lilia Walsh

Textos políticos de Rodolfo Walsh

Walsh y su pensamiento político en 1976, por Nicolás Casullo

Juicios y responsabilidades: ¿Pero, quién nos quitó la democracia?,

por Javier Roberto Eliecer

CRISIS ECONOMICA MUNDIAL

La nueva onda larga depresiva del capitalismo, por

Carlos Abalo

Lucha de liberación nacional y crisis del "nuevo orden"

económico internacional, por Samir Amin

Vigilar, sospechar y denunciar, por Gregorio Kaminsky

CARTAS DE LOS LECTORES

Contrapuntes sobre (la) Controversia

Información bibliográfica

COYUNTURA

33 opiniones sobre el plan político

Suscripción

Envío a ustedes la cantidad de
importe de mi suscripción a Controversia por seis números - doce números,
a partir del número
Pago mediante cheque bancario o giro postal a la orden de Hugo Vargas C.
Suscripción México por seis-doce números US\$ 200 o \$ 400
Suscripción Europa por seis-doce números US\$ 20 o US\$ 40
Suscripción Sudamérica por seis-doce números US\$ 16 o US\$ 32
Suscripción América Central y Norteamérica US\$ 15 o US\$ 30
Nombre
Dirección

Dirigir toda la correspondencia a : Jorge Tula, Apdo. postal 20-619,
México 20, D.F.

COYUNTURA

Bases políticas, ley sindical y plan del capital

Juan Carlos Portantiero

La dictadura militar se ha propuesto "hacer política", esto es consolidar ideológica y jurídicamente los cambios que intenta promover en la sociedad. El "Proceso de Reorganización Nacional", que primero mostró exclusivamente su cara terrorista —a través de la violencia represiva directa pero también de la violencia social y cultural— se dispone ahora a recomponer políticamente lo que va transformando de la sociedad civil argentina en función de obtener alguna base de consenso para que el reordenamiento pueda encontrar su sucesión.

El terrorismo de estado, ejercido sin límites desde 1976, sirvió como escudo protector para el plan de Martínez de Hoz, protagonista verdaderamente principal del proceso. A partir de ese respaldo la cúspide de la burguesía argentina tuvo carta libre para introducir modificaciones profundas en la sociedad —en las relaciones inter e intraclases— que, aunque todavía en curso y sometidas al choque de las presiones, indican una voluntad en gran medida exitosa de trastocar los rasgos fundamentales de la Argentina que hemos conocido. El "Proceso de Reorganización Nacional" no es sino un proceso de reorganización del capitalismo que primero necesitó derrumbar a los actores sociales crecidos alrededor de la crisis de 1969 y ahora busca penetrar en otra etapa, aquella en la cual las instituciones deben ser ajustadas para servir a la nueva constelación de poder real.

Ninguna lectura ajustada de los hechos políticos que los militares han comenzado a producir —y que seguramente intensificarán en el curso de este año— podría efectuarse fuera de ese marco. La Junta y el grupo civil conservador que la acompaña han decidido avanzar en la presentación de su modelo integral de sociedad mostrando algunos de los rasgos del estado que quieren "fundar".

Ya han sido publicadas las "Bases Políticas" y la Ley de Asociaciones Gremiales; para este año se anuncian, además de la reglamentación de la ley sindical, otros dos complementos decisivos: la nueva ley sobre Obras Sociales y el estatuto para el funcionamiento de los partidos, con lo que se le otorgará al sucesor de Videla el andarivel central sobre el que deberá echar a andar sus pasos.

Los dos documentos publicados no tienen, es cierto, el mismo nivel de especificidad. La ley sindical es precisa y otorga pautas claras sobre el papel que se pretende dar a los gremios en el nuevo ordenamiento institucional. Las "Bases Políticas", en cambio, se hunden en las oscuridades retóricas del mesianismo militar-tomista, pero a pesar de ello alcanzan para ilustrar sobre los objetivos de largo plazo.

Las bases sociales del nuevo pacto estatal

El punto central para todo análisis es el plan del capitalismo expresado

en sus bases por la política económica puesta en marcha desde marzo de 1976. El proyecto político es sólo su coronación y por eso la élite dirigente piensa que toda transición hacia alguna forma de legalidad recién podrá hacerse cuando se hayan dado suficientes puntos de no retorno en el plano de la sociedad. Es obvio que el poder político no es otra cosa que el poder social concentrado en el estado. La tarea que han asumido los militares es ya expresión de una redistribución de poder social, en una escala de cambios que no la asemeja a ninguno de los procesos dinamizados recurrentemente desde 1955. Sería políticamente suicida no advertir que las reglamentaciones que han comenzado a dictarse son el resultado de un proyecto de articulación entre economía y política correspondiente a un nuevo cuadro de relaciones sociales. Acerca de sus características no insistiré aquí: para describir sus bases afortunadamente puedo remitirme al artículo de Carlos Abalo, "La discusión sobre la política económica del gobierno militar", publicado en el número 1 de *Controversia*. En casi cuatro años el plan Martínez de Hoz ha conseguido un reajuste de las relaciones entre clases y fracciones de clase que permite suponer que la Argentina del 80 se ha distanciado grandemente de la Argentina del 75. La apuesta actual de la Junta es que la profundización del reordenamiento capitalista provocará una crisis política, con eje en los grandes partidos, funcional a la transformación que se logre operar en la economía y en la sociedad.

Esta crisis política, que en los cálculos de los militares todavía no ha madurado lo suficiente, otorgaría los soportes para una redefinición del pacto estatal, esto es del juego de acuerdos y compromisos políticos que marca la calidad de las inclusiones y de las exclusiones, el mecanismo institucional para una nueva hegemonía.

Sobre la forma precisa de esta fundación de un sistema político heredero de los cambios económicos-sociales, no hay todavía especificaciones: podría ser un partido oficialista (al estilo del ARENA en Brasil) o más probablemente un esquema competitivo condicionado a un par de grandes fuerzas, derivadas, por ejemplo del peronismo y del radicalismo y "depuradas" para ajustarse a la nueva situación. Claro está que esta discusión instrumental no será políticamente inocente y puede dar lugar a conflictos entre las propias fuerzas del régimen. De todos modos, aunque estos aspectos sean todavía imprecisos, lo que ya se sabe es lo que se quiere destruir y por lo tanto lo que no podría reaparecer en una próxima etapa. Y eso ya surge, nítido, de la "propuesta" política y de la ley sindical.

Las "Bases" y el proyecto de sistema político

En uno de los "papeles de trabajo" que confluyeron para la redacción

final de las "Bases Políticas" (y que en México publicaron el periódico *El Día* entre el 18 y el 21 de junio de 1979) se decía que para avanzar en la sucesión institucional del golpe militar era menester destruir "el concepto demagógico de pueblo", en definitiva —se agregaba— "un mito político". La expresión no quedó finalmente incorporada al documento aprobado, pero está claro que su espíritu se mantiene. El objetivo es aniquilar la forma con que "el pueblo" (efectivamente un concepto político y no demográfico) comenzó a configurarse en la Argentina de finales de la década del sesenta y que el peronismo buscó expresar en 1973.

Lo que importa de las "Bases" no son sin embargo las recaídas en el "despotismo ilustrado", que forman parte de los hábitos mentales de los militares argentinos y sobre todo de sus asesores al estilo Mariano Grondona. Lo importante del documento estriba en que avanza en algunas definiciones económicas, sociales y políticas que caracterizan las líneas maestras del pacto estatal proyectado.

Por ejemplo: 1) se asume absolutamente la "filosofía económica" vigente; 2) se refirma la intención de desmantelar la intervención directa del estado de la economía, en nombre del "principio de subsidiariedad"; 3) se busca desmantelar el estado benefactor limitando la participación gubernamental en los sistemas de seguridad social; 4) se anuncia la voluntad de establecer un sistema de partidos estatualmente controlados a través de mecanismos globales de proscripción y de inhabilitaciones individuales; 5) se propone la despolitización de los "organismos intermedios" (léase sindicatos) y 6) se manifiesta la decisión de institucionalizar la presencia de las Fuerzas Armadas en los gobiernos futuros.

Todo esto parece indicar con claridad cuáles serán los actores principales de la "Reorganización Nacional"—los sujetos reconocidos del sistema político y cuál sería el marco institucional en el que tendrían que moverse: en las propias palabras del documento, cuáles serán "los límites del disenso".

Excluidos serían todos aquellos que, desde el movimiento nacional o el socialismo intenten recuperar la dimensión popular de la crisis general que comenzó a salir a la luz con el "cordobazo". Participantes del pacto y sujetos del sistema político serían los grandes grupos económicos que conducirían la nueva forma de inserción del capitalismo argentino en el mercado mundial; un par de partidos políticos y las Fuerzas Armadas. Los tres serían el soporte de un aparato estatal disminuido en sus funciones económicas y sociales pero coherente y centralizado frente a una sociedad fragmentada y despolitizada. Las bases sociales del estado argentino tal como las hemos conocido desde hace décadas cambiarían absolutamente: sería el golpe final para el estado intervencionista y benefactor consolidado a mediados de los cuarenta y que jamás había podido ser del todo desmantelado.

El nuevo papel de los sindicatos

Para llegar a ello, cuyo soporte fundamental sería el compromiso entre militares y grupos económicos (también éstos "saneados" por la política actual de redistribución del poder a través de la desvalorización de fracciones del capital), quedaría por definir el papel que se

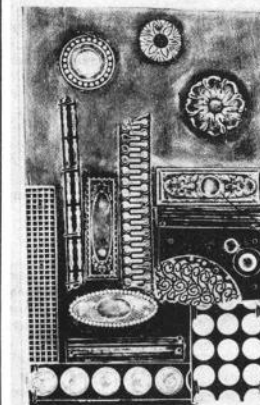
le otorgaría a los otros dos grandes actores políticos del país: los partidos y el sindicalismo. Sobre los primeros los meses próximos serán decisivos: el campo está aún abierto a luchas intestinas pero parecería que el proyecto triunfante se parece más a la "concordancia" que pergeñó Justo en la década del 30 (es decir, intento de compromiso entre militares y fuerzas políticas preexistentes previa depuración) que al neocorporativismo puramente autocrático de Díaz Bessone resucitado por la sublevación epistolar de Menéndez. Para esa "convergencia cívico-militar" se piensa que habría clientes en casi todos los partidos, incluidos los comunistas. Sobre los sindicatos la ley es explícita, y aunque la resurrección del "participacionismo" no debe ser del todo descartada, está claro que todo acuerdo posible con algunas direcciones sindicales pasa por una redefinición frontal de la forma tradicional de acción política de los gremios. La cuestión gremial, es decir la nueva relación propuesta entre sindicatos, política y estado implica el proyecto de transformación institucional más vasto, la piedra central para la modificación del pacto estatal anterior al golpe de marzo. Salvo en breves períodos (las etapas más duras de la "Revolución Libertadora"; el predominio de los militares "colorados" luego del derrocamiento de Frondizi), una constante de la intervención política de las Fuerzas Armadas con posterioridad a 1955 fue el intento de establecer acuerdos con el sindicalismo. Esta voluntad castrense, seguramente motivada en la tradicional ideología corporativa y "antipolítica" de los militares, siempre encontró interlocutor propicio en el "sentido común" de la dirigencia sindical, también corporativo y antiliberal, por lo que el logro de una coalición estable con las Fuerzas Armadas ha sido recurrentemente un objetivo central de su acción política. Explicar el por qué de esto nos llevaría lejos: por ejemplo, al análisis de la participación del sindicalismo en el interior del estado durante los dos primeros gobiernos peronistas y al de la actitud mantenida luego, desde 1958 en adelante, como "grupo de presión" reconstituido externo ya al estado pero legitimado en el sistema político como un actor social con el que se debía entrar en negociación.

Las líneas matrices del modelo de relación entre estado y sindicatos sancionadas legalmente en 1945 no habrían de ser básicamente corregidas hasta la actualidad: la Ley de Asociaciones Profesionales dictada por Frondizi siguió los lineamientos de la anterior y sólo bajo el gobierno de Illia se intentó por vía reglamentaria modificar la situación, pero sin mayor éxito por que meses después Onganía derogó esas normas restrictivas de la participación política de los sindicatos. Por otra parte, es el régimen de la "Revolución Argentina" quien sancionó la Ley de Obras Sociales que esta otra dictadura militar quiere cambiar de raíz.

Ley sindical y plan del capital

Las características del gremialismo argentino —especialmente representativo del mundo obrero generado por el proceso de industrialización que se consolida en los 40— es un reflejo de las

características del mercado de trabajo que deriva del patrón de desarrollo capitalista vigente desde entonces y sometido ahora a durísima prueba. Ese sindicalismo que se configura en el momento inicial del peronismo es claramente un "sindicalismo político": define su acción en nombre de todos los asalariados, basa su organización en el territorio y no en la empresa y tiende a colocarse en el sistema político como fuerza gubernamental. Su función es la de coordinar los intereses de todos los asalariados, superando las heterogeneidades que se hallen en la base del crecimiento económico y su objetivo principal es el nivel del salario y el de la ocupación. La relativa debilidad de los trabajadores en el mercado de trabajo caracterizado por una disponibilidad continua de mano de obra, marcó las características de la acción sindical y su relación con la política y el estado: en lo reivindicativo como lucha



por la contratación centralizada y la homogeneidad salarial; en lo institucional por el reconocimiento legal de cuotas importantes de poder político y económico a las federaciones territoriales y a la CGT.

Cuando en 1955 el sindicalismo fue desalojado del interior del estado su tarea tras la reconstrucción de sus aparatos luego del período de la "Resistencia", pasó a ser primordialmente defensiva tendiente a mantener lo menos deteriorado posible el salario real y el nivel de ocupación. No puede decirse que esa labor no la haya cumplido con discreto éxito: hasta mediados de los 70 el salario real creció moderadamente, pero sin alcanzar nunca los niveles de 1948-1950. En cambio, el salario relativo, la participación de los trabajadores vis a vis los capitalistas en el aumento de la productividad, cayó enormemente: en el horizonte del sindicalismo argentino no ha habido nunca lugar para demandas centrales en este punto decisivo.

En el interior de estos parámetros, que tienen que ver con un tipo de desarrollo capitalista, siempre podía intentarse, más allá de desacuerdos políticos, una recomposición de las relaciones con el estado. Pero precisamente los que están cambiando ahora son esos parámetros que, aunque con discontinuidades, daban como posible el compromiso.

En el modelo económico que se quiere implementar, los sindicatos, como sistema organizativo para recoger las demandas de los asalariados,

no pierden su función pero la cambian radicalmente. Al intentar reducir el espacio político para su acción, al buscar descentralizar la actual estructura organizativa, al limitar su poder económico, la ley busca trastornar absolutamente las características tradicionales de la acción sindical en la Argentina, fragmentando los intereses de los asalariados como globalidad. Es simplemente una cara del plan económico, visto como un proyecto de sociedad.

La nueva relación que se propone entre sindicatos, sistema político y estado, el marco institucional en el que deberá desenvolverse la acción sindical, deberá ser expresivo de las características del mercado de trabajo que acompaña al modelo de acumulación capitalista. Hasta los setentas sindicatos y estado coincidieron, por ejemplo, en una política de homogeneización salarial que, a través de la intervención gubernamental directa o de la contratación colectiva, lograra achatar las diferencias de ingresos entre trabajadores de ramas con productividad disímil.

El objetivo de la actual política económica es exactamente el inverso y por eso el rechazo a la centralización y el intento por disminuir su capacidad de maniobra política y por lo tanto su capacidad de presionar en nombre de los "intereses generales" de los asalariados. En este contexto la probabilidad es que se produzca un desplazamiento de la presión obrera desde el estado hacia la empresa, de modo que crezca la fuerza potencial de los grupos ubicados en áreas estratégicas o en sectores de mayor productividad, mientras se debilita la del resto. Unos tendrán mayor poder de negociación que los otros, con lo que la heterogeneidad de los asalariados marchará al compás que marque el modelo vigente de desarrollo económico concentrador.

En el plano directamente institucional la ley tiende a cambiar radicalmente las características de la negociación política. Este parece ser el objetivo de los militares, que se articula naturalmente con la "filosofía económica" vigente. Mediante su fragmentación legal y la eliminación de sus más importantes bases de recursos financieros, el poder sindical dejaría ya no solo fuera del estado sino en las orillas del sistema político. Este hecho no implica desde luego la eliminación absoluta de todo "participacionismo", pero, en caso de darse, la acción política de los sindicatos sería una acción totalmente subordinada.

Todo esto coloca al movimiento sindical en la más grave encrucijada: esto es, en un punto en el que se abren varios caminos pero en el que es muy difícil una fuga hacia atrás. Al servicio de un plan de reorganización del capitalismo, los militares buscan estructurar paralelamente una nueva hegemonía, construir un pacto estatal y ordenar un sistema político con nuevos sujetos reconocidos. Este es el lazo que ata a la "Ley Sindical" con las "Bases Políticas" y con los otros ordenamientos anunciados. Por supuesto que la implementación de una tendencia, por más coherente y racional que sea para determinado proyecto, no garantiza su éxito. Las fuerzas que desate entrarán en confrontación con otras fuerzas y es esta correlación y no el destino quien producirá los resultados. En 1980 los militares quieren comenzar a "hacer política": ¿podrán también hacerla los sectores populares?

LOS ARGENTINOS Y EL EXILIO

La Argentina de adentro y la Argentina de afuera

Héctor Schmucler

El exilio, los exiliados, arriesga con frecuencia caer en, por lo menos, dos tentaciones: una, crear un país imaginario al que el exiliado se promete regresar cuando sea como él piensa que debería ser; la otra, cristalizar al país en el momento en que se lo dejó, atesorar la fotografía del país pasado y entender —como ocurre con la imagen instantánea— que esa placa inmóvil es la realidad. De la doble tentación hay infinidad de ejemplos: desde los judíos que aún esperan la llegada del mesías para reconquistar la tierra prometida, hasta los españoles para quienes nada habrá ocurrido si no se regresa a la república de los años 30. Los argentinos corremos idénticos riesgos y además otro, que puede llegar a ser el más grave: enamorarnos del exilio y construir un país que, por sus características, nos niegue el regreso.

He elegido hablar de este tema porque al hacerlo estamos hablando de nosotros mismos, de nuestra situación que se define por estar *fuera* y porque nuestras construcciones de la realidad argentina están impregnadas de esa condición. Nuestro pensamiento se produce a partir de la relación de exterioridad que vivimos, y si pretendemos pensar la Argentina en términos de acción política no podemos eludir meditar sobre nuestra posición de sujetos de aquella reflexión. ¿Cómo se implica nuestra subjetividad para pensar la Argentina de *adentro*, desde esta otra Argentina de *fuera* que constituimos? ¿Cómo evitar que marchen paralelamente, es decir que nunca se toquen? ¿Y cómo pensar políticamente si no se tocan o, mejor dicho, si no parten del mismo vértice?

Si empezamos por nosotros, parece innegable que, de una vez por todas, nuestras proposiciones comiencen con el sujeto en primera persona del singular. Yo hablo sobre una realidad que me hizo y a la que contribuí a hacer. El esfuerzo por reconocernos actores, por lo tanto responsables, es el máximo compromiso que algunos de los argentinos debemos realizar después de las opciones que asumimos. Los que de una u otra manera compartimos un proyecto cuya destrucción determinó nuestro exilio, no tenemos derecho a evitar la responsabilidad del yo. La frecuentación del sujeto impersonal establece una distancia que alude a cierta objetividad, a la ilusión de una verdad en sí, a la consideración de una realidad sobre la cual el intelectual puede tornarse crítico y juez porque posee la sabiduría. Con todo, el alejamiento del sujeto impersonal presupone una primera persona, el que denuncia el discurso colocado en la verdad, que se dirige a una segunda: los actores enjuiciados. Al instalarse en lo impersonal se habla desde una historia hecha por otros, a los que se puede analizar sin mezclarse, observable a partir de reglas existentes por fuera de los acontecimientos en los que los exiliados, sin embargo, fuimos partícipes. Para que nuestro discurso sea creíble debemos, pues, aprender a hablar en primera persona. No para rasgarlos las vestiduras ni para propiciar flagelaciones liberadoras de culpas, ni para ensayar el camino del heroísmo —físico o intelectual. El punto de partida debería ser más simple: estamos aquí porque fuimos derrotados. Todos: el peronismo, expresión de la inmensa mayoría de los sectores populares la izquierda marxista, impregnada de esquemas teóricos que raramente se compadecían con la realidad; la guerrilla, que se eligió mártir y terminó en la aventura *terrorista* que sirve de provocación-estímulo para que la junta militar recomponga sus fuerzas y su teoría represiva. Todos derrotados pero no todos con la misma responsabilidad. Todos derrotados pero no todos con el mismo porvenir ni con la misma luz para recomenzar el camino que —y esto es fundamental retenerlo— no arranca del mismo lugar, ni de los mismos tiempos,

ni con los mismos personajes. Tal vez estemos destinados a decir las cosas más brutales si queremos reconocernos. Pero si hoy el esfuerzo de comprensión lleva una firma al pie, en el caso de los exiliados ese nombre no puede marginarse del ayer y leer su propia vida como una historia de otros. No existen leyes de la historia que se cumplen al margen de la acción humana. Héctor Schmucler también fue derrotado aunque esté aquí, igual que su hijo desaparecido, que tal vez ya no existe. Si nos proponemos avanzar en lucidez sobre esa derrota, no podemos achacar todas las culpas al enemigo. De él debemos conocer cómo es, quién lo integra, cómo actúa; para combatirlo. Pero lo primordial es saber porqué fue posible lo que ocurrió para intentar delinear lo que será posible en el futuro. Si verdaderamente queremos llegar a cierta claridad tendremos no sólo que afirmar que *hubo* errores sino que tuvimos, nosotros, esos errores. Tampoco basta la simple afirmación, por enfática que sea, ni, únicamente, describir los desastres. Necesitamos conocer las causas y la historia que los hicieron posibles; indagar porqué cada uno de nosotros vio como verdad lo que hoy aparece falso; cuáles fueron las condiciones de nuestra propia ceguera.

La Argentina de adentro

Allá está la Argentina. De ella nos llegan noticias, estudios, personas. Una Argentina que existe porque, digámoslo, el país no se exilió. Hay gentes que se irritan cuando se ponen en duda las cifras que circulan, porque necesitan de la cantidad para medir la magnitud del drama, o por pánico a reconocerse minoría. Sé que vendrán los correctores, pero, no, estoy pensando en ellos sino en los que están en la Argentina y que constituyen la única posibilidad de cambios que hagan posible el regreso de aquellos que quieran regresar. Insisto: los exiliados somos unos pocos, aunque aún quede por hacerse el inventario. Entiendo por exiliados a aquellos que por una u otra razón política salieron del país porque les resulta insostenible continuar en él. No incluyo, por lo tanto, a esa corriente permanente de emigración que padece la Argentina desde hace años y que no responde a causas directamente políticas. Nadie habla de exiliados, por ejemplo, para referirse a los mexicanos que cruzan la frontera norte en busca de trabajo; ni de los españoles, portugueses, griegos, turcos, que han emigrado a los países centrales por las dificultades económicas que encontraban en sus patrias. Así comprendidos, se hacen dudosas las cifras que circulan, aunque las mencionen organismos internacionales. Sería difícil enumerar 500 000 exiliados, como algunos dicen, cuando en México, generosamente, sumamos 3 000 y en los otros países —salvo España donde sumarían algunas decenas de miles— las cifras son inferiores a la mexicana. Los números, en este caso, tienen valor cualitativo. La Argentina quedó allá, no está afuera. Ahora vendrán, otra vez, los que sostienen que hablar en estos términos significa "hacerle el juego" a la dictadura militar argentina. Todo lo contrario. El "terrorismo de estado" al que hay que poner fin no sufre con los análisis fantasiosos. Combatido en la Argentina de adentro, las actividades del exterior que no tienen en cuenta las condiciones concretas en que se realiza la acción posible en el territorio nacional, la perturbaban en vez de ayudarla.

Vista desde afuera, la Argentina se vuelve un esquema abstracto en la imaginación de muchos exiliados. Las estadísticas, los análisis socioeconómicos, aportan válidos elementos de juicio; pero reconocer la Argentina real requiere computar otros datos fundamentales para la comprensión política: el proceso de existencia cotidiana. Los que se quedaron, los que pudieron u optaron por quedarse (aparte de los guerri-

lleros, que se quedaron y fueron sistemáticamente aniquilados), tuvieron que adaptarse, replagarse como correspondía a una situación de derrota y desde allí empezar a resurgir. Ese repliegue significó una creciente privatización de la vida, la censura de lo político, porque se debía sobrevivir. Las diversas formas de resurgimiento de la sociedad civil da cuenta de las posibilidades que generó esa sobrevivencia. Allí habían quedado las fuerzas. En Argentina quedaron —es bueno recordarlo— las conducciones de todas las organizaciones políticas (salvo la dirección montonera que se fue desgranando en el exterior), los dirigentes obreros (algunos en la cárcel), los delegados de fábrica, todos los obreros. Ellos, los que están allí, son también las víctimas del terror desatado por el estado militar y desde allí han comenzado a edificar nuevas opciones que demandarán largo y paciente tiempo. La sociedad civil argentina se rehace a través de caminos plurales, aprovecha los resquicios, estimula las contradicciones, vive la *realidad* y desde ella se eleva. Realidad que dista de la imagen inmóvil que guarda la retina de muchos exiliados y que también señala que la vida puede deslizarse a través de los cambios producidos.

La Argentina de adentro ha cambiado

No en vano mueren masacrados miles de habitantes de un país ni es baladí la mancha de sangre que ensucia tantas manos que luego se aicalan para simular limpieza; no se tortura impunemente. Si desde el punto de vista estructural han entrado en crisis "los esquemas de adaptación de la Argentina al reordenamiento mundial capitalista que abarcan los veinticinco años posteriores a 1930",¹ desde la perspectiva política la violencia de la última década es un dato que marcará la memoria colectiva durante un largo período y cuya superación es parte de cualquier proyecto nacional que pretenda verosimilitud. El pacto de sangre establecido entre los componentes de las fuerzas armadas satisface —sin duda las fantasías sádicas de algunos, pero enloquece a otros que imaginaron otro destino cuando ingresaron a las filas del ejército profesional. Muchos, cómplices más o menos voluntarios, querrán impedir el juicio futuro, otros tantos porfirarán por olvidar esta "guerra sucia". En las fuerzas armadas, aunque victoriosas en su combate contra la guerrilla, ha crecido el horror de la infamia; si el sentido del poder se ha afianzado en sus cuadros, también ha crecido el hartazgo de la sangre.

Del otro lado, el del pueblo, la experiencia tampoco ha sido sin consecuencias. Para sobrevivir, las formas aparentes de la política debieron diluirse. Cuando la guerra no está vigente, resulta insostenible vivir en la exaltación permanente de la muerte. La guerra constante que se desarrolla a través de la acción contradictoria de los hombres y que constituye la historia, no tiene fin. Pero esta guerra parcial que libró una parte minoritaria de la sociedad argentina, a conclusión. Ya hemos dicho que nosotros, dolorosamente, estamos en el bando de los derrotados. El conjunto del pueblo, enemigo de la junta militar, tampoco reconoce como amigos a los integrantes del otro grupo beligerante. Ni unos ni otros deberían seguir en escena. Los guerrilleros, equivocados, han muerto; los enemigos están allí y a ellos hay que enfrentarse. No con los cadáveres, a los que el pueblo no sustituye, sino con las formas viables que le permiten vivir y avanzar. La Argentina de afuera tendrá que tomar el tiempo que atraviesa el país existente o quedará atrapada definitivamente en una fabricación ilusoria. "El país de allá, la Argentina —dice Rubén Caletti—, parece dispuesto a enterrar en el olvido, sin mayor trámite, esta historia de infeliz recuerdo y cerrar de una vez las heridas que la guerra infligió al tramado social. El país de acá, los miembros de este exilio, en gran medida hijos de la guerrilla o de sus desastrosas consecuencias, se muestra en cambio incapaz todavía de dar sepultura a ese pedazo de historia sin enterrarse a sí mismo".² El esfuerzo de ponernos a tono, es también un esfuerzo de lenguaje. Nuestros temas, hay que admitirlo, ya no son los del país de adentro.

No habrá otro Núremberg

Tendremos que aprender que en la Argentina, al menos por largo tiempo, no habrá otro

Núremberg, y que las batallas que se libran y se librarán en el futuro próximo no tienden a él. La venganza, que tal vez pueda satisfacer la angustia individual, no sirve como esquema de pensamiento político. Y la justicia —porque un Núremberg en la Argentina sería la justicia del pueblo sólo puede ejercerse cuando existe la fuerza suficiente para imponerla. Desde la derrota, aunque se tenga la razón de los oprimidos, no se puede hacer justicia contra los opresores. Y si Núremberg no aparece posible como objeto de la acción política, insistir en levantar la bandera de su realización puede ser contraproducente, puede ser el camino de la parálisis. Esto significa que es posible que debamos convivir —que no es lo mismo que colaborar— con los militares, durante largo tiempo.

Estas son palabras duras, que resultan difícil pronunciar. Pero hay que decir las para no seguir montando una Argentina de afuera que aparezca cada vez más extraña a la otra. Las Madres de Plaza de Mayo constituyen uno de los hechos más patéticos que muestran el dolor, el horror y el crimen. Realidad y símbolo que atraviesa el mundo en la denuncia de la ignominia de los desaparecidos. Pero esa no es toda la Argentina. Cada jueves, en Plaza de Mayo, el espectáculo es observado por una sociedad que no participa de la manifestación. Es parte de un capítulo que para la mayoría se ha cerrado para que comience otro, con nuevos y viejos protagonistas, si los viejos saben entender a los nuevos. Las palabras del exilio no significan necesariamente lo mismo para el pueblo en la Argentina. Los "derechos humanos", para los argentinos de adentro, es básicamente la posibilidad de existir, de ser personas, protagonistas, y el terror de estado se ejerce para impedirlo. Los derechos humanos, en el exilio, evocan generalmente la muerte. En este distanciamiento de los significados puede llegar a ocurrir lo que pasó con la palabra "democracia", que el peronismo, o sea la mayoría del pueblo, identificó largamente con el símbolo de lo enemigo. El estandarte de la democracia había sido el pabellón enarbolado por la reacción que constituía la "Unión Democrática" y diez años después la "Revolución Libertadora". "Democrático" se volvió sinónimo de antipueblo, de oligarquía, de imperialismo. El movimiento de más honda raíz democrática, resemantizó el concepto que mejor le hubiera cabido porque las condiciones en que se producía su significación le otorgaban otro sentido. Hoy, los derechos humanos, en la medida en que su agitación en el exterior pueda evocar un pasado que se quiere borrar, corre el riesgo de volverse signo de lo otro, lo enemigo. En la Argentina de adentro el tema dominante no es el de los derechos humanos como lo entendemos en el exilio. Realizar en el exterior una lucha al margen de la Argentina de adentro, podrá erizarse de adjetivos condenatorios, pero puede llevar la impronta del enemigo. Es obvio que no postulo abandonar la actividad exterior por el respeto a los derechos humanos en la Argentina; se trata de afinar los objetivos para que el pueblo se sienta identificado con ella.

Imperceptiblemente, mientras cambia el cuerpo social argentino, también cambiamos los exiliados. El riesgo es que algún día no nos reconocamos. Algunos, reacondicionan el país remoto para que su propio cambio sea menos evidente. La Argentina se vuelve el lugar maldito que nos rechaza, el páramo lo invisible. De allí la mirada sospechosa de más de un exiliado ante la presencia de los que habitan allí: si el país es absolutamente intolerante, sólo pueden subsistir los que toleran la intolerancia. Quienes viven con culpa el exilio, necesitan que la Argentina esté cada vez peor. Se ignora la posibilidad de resistencia en lo "peor" porque no se vive la historia del país real, ni se hace el esfuerzo necesario para incluirse en él desde la distancia. Esta posibilidad pasa por un reconocimiento de nosotros mismos, por la recuperación de la subjetividad que nos permita precisar desde donde hablamos, que desdibuje el fantasma de la Argentina de afuera para penetrar en la contradictoria y cruel carnalidad de la Argentina de adentro.

1. Juan Carlos Portantiero, "Transformación social y crisis política", en *Controversia* (Suplemento 1) núm. 2-3, México, año I, p. II, diciembre de 1979.
2. Rubén Sergio Caletti, "La revolución del voluntarismo", en *Controversia* núm. 2-3, cit., p. 9.

Psicoanálisis y política: la lección del exilio

León Rozitchner

Este texto fue presentado en la Conferencia Internacional sobre Exilio y Solidaridad en la América Latina en los años setenta, Venezuela, octubre de 1979.

A Diana Guerrero
en mi memoria
que el terror no aniquiló

El exilio nos proporciona la oportunidad de analizar las relaciones entre psicoanálisis y política. Sin negar su extensión general, válida como teoría, sin embargo queremos restringirla en principio al proceso político argentino.

El fracaso y la derrota que culmina en el exilio verifica una distancia abierta en su término: aquella que separa lo imaginario de lo real. Y nos preguntamos: lo que sorprende como fracaso en la esperanza del triunfo que el terror arrasó, ¿era un resultado previsible en su punto de partida?, ¿y el conocimiento que aporta la teoría freudiana hubiera permitido esbozar una estrategia política en la cual ese resultado habría podido llevar, quizás, a una consecuencia diferente? ¿No habrá, después de todo, una fuerza más poderosa aun por movilizar en el proceso político, cuyo desconocimiento promueve la desconfianza en la transformación histórica, faltos de activarla y ponerla en juego? No es que queramos explicar *todo* lo que pasó en nuestros países sólo por la falta de un saber, sino algo más modesto y más simple: ¿hasta qué punto el campo de la política es aquel donde la ilusión de las propias fuerzas, y la disminución de las del enemigo, ocultan, en su omnipotencia impotente, la existencia de fuerzas reales que la ilusión, creyendo expandirlas, en realidad inhibió?

Política e imaginación

El problema es el de la eficacia política y su relación con la imaginación: la dificultad para distinguir entre realidad fantaseada y realidad efectiva. Este problema, el desvío de la realidad por la fantasía o delirio, fue resuelto por la psiquiatría con la diferenciación tajante entre lo "normal" y lo "patológico". Esa inadecuación entre la fantasía y lo real que el delirio muestra, por ejemplo, se hace visible sólo desde el "normal", que es aquel que ha sabido mantener la congruencia entre sus actos y sus significados con los de la materialidad social en la que se desenvuelve. Pero dentro del ámbito de lo "normal" mismo, la visibilidad de lo real, y el acuerdo con él están también cuestionados.

La ciencia, ¿no nos muestra acaso la distancia entre la apariencia y la esencia de los fenómenos? Una conducta errada ¿no es acaso un desvío con respecto de la estructura de lo real cuando creíamos coincidir con él? Y en otro campo: una actividad que fracasa en el momento mismo en que desencadena con sus fuerzas una acción que lleva, inesperadamente para ella, al terror impone sin respuesta ni política ni militar, ¿no implica también una apreciación fantaseada de lo real? La afirmación de Freud pasa de lo individual a lo colectivo: el delirio, en general, tanto el individual como el político, podrá traer una verdad histórica, pero carece de verdad material.

Unir la fantasía presente en el enfermo prolongándola en el campo de la política significa romper el marco de la inscripción "liberal" de la teoría freudiana restringida a la cura individual. En Freud, sin embargo, esta extensión está por lo menos esbozada, y el problema del poder despótico presente en la subjetividad reprimida se prolonga teóricamente hasta incluir el problema de las masas revolucionarias y el sentido de la historia. "El proceso que comenzó en relación con el padre culmina en su relación con las masas", nos dice *El malestar en la cultura*. Y la originalidad de su pensamiento consistiría en unir, considerados como dos extremos de un único problema, el de la violencia individual, su origen y monopolio, con el monopolio y la violencia del estado. Lo cual querría decir:

el problema de la fuente de la violencia y su monopolio en el individuo es incomprensible si no la prolongamos en la comprensión histórica de la violencia y en el monopolio estatal y político. Esta afirmación de Freud no significa que el psicoanalista sea psicoanalista y también político. Significa, por el contrario, ser *psicoanalista político*.

Expliquémonos. ¿Sucedió así entre los llamados "trabajadores de la salud mental" que, sobre todo en Argentina, intervinieron en la actividad política? Nos preguntamos: ¿esta extensión del psicoanálisis dentro de la actividad política prolongó un saber que transformaba la teoría en un instrumento efectivamente político destinado a resolver el problema capital que ésta enfrenta: el del delirio y la ilusión presente en la distorsión de lo real? Y, por lo tanto, ¿enfrentó el problema de la violencia y de su monopolización y su recuperación excluyendo la magia, el narcisismo y la omnipotencia que, creemos, llevó al fracaso, a la derrota y al terror impune? Sospechamos que no. Que más allá del sacrificio, hasta de la heroicidad de quienes salieron con sus vidas la responsabilidad enfrentada en la lucha, la comprensión que la teoría psicoanalítica debería haber elaborado se detenía, tímica, en los límites que el poder le marcaba: lo subjetivo separado de lo histórico y de sus instituciones. Psicología sin guerra y sin terror, sin dominantes ni dominados, sin lucha de clases en la *subjetividad de cada sujeto* por más que todo esto lo encontrara *afuera* como una condición histórica cuyo acuerdo con lo subjetivo parecía no incluir. Repetimos: a pesar de que se planteaban afuera las condiciones de la lucha política y hasta trataran de mejorar y transformar las instituciones hospitalarias y barriales, promovieran cuadros, suscitaban resistentes y trabajaban dedicando su tiempo que otros reservaban al consultorio, junto a, o dentro de, las organizaciones políticas. Quisiera subrayar profundamente este reconocimiento para situar mis observaciones en un campo fraternal. Porque lo fundamental fue que ese campo político podía sin embargo prolongar en la realidad social —y esto es lo que me interesa señalar— una condición de sometimiento, de delirio y de ilusión sólo discernibles por los psicoanalistas en la patología llamada individual, pero en la política y en la ilusión colectiva y en los líderes paranoicos, no.

Y nos preguntamos: eso que sorprendió como término, ¿era previsible razonablemente desde el comienzo? y debemos reconocer que eso *excluido*, el terror y el poder que el sistema desencadenó, ese lugar, que debía revelarlo más bien como fundamento de una política real, fue ocupado y ocultado por la fantasía y el delirio, no ya solo individual sino social. Fantasía social que el sistema produjo y que el sistema aprovechó. Y podemos concluir en principio diciendo que, puesto que no lo hicieron y puesto que apareció en su término, el delirio y la fantasía política tuvieron al psicoanalista, especialista en discernirlos en lo individual, como un agente social de su ratificación. Y eso, debemos suponer, porque la solución fantaseada en la política como éxito posible formaba sistema con lo no puesto en duda de la propia individualidad del analista, convertido en agente, aunque inconsciente, de la reproducción del sistema. Mucho análisis entre nosotros del superyo individual, pero ninguno del superyo histórico, omnipotente, aceptado como norma de identificación contradictoria para las masas sometidas, modelo de contención de las fuerzas colectivas. Mucho análisis de las pulsiones individuales y de la presencia del deseo, pero ninguno de las pulsiones

colectivas restringidas y ordenadas en su dependencia a un modelo individual que, oficiando de líder, las contenía y las convocaba al fracaso, a la frustración y a la explotación. Mucho análisis del yo, pero ninguno de las categorías que, como lugar de la represión, restringían su pensar. Ese pensar que, ante la angustia de la muerte desde dentro y desde fuera, a pesar de la osadía proclamada y vivida en el enfrentamiento, se oponía a ir más allá de los propios límites. Sólo contra la forma despótica debía conquistar el yo su eficacia en el actuar.

Pero entre ese "antes" de la lucha política en el propio país y este "después" del exilio, una experiencia reveladora debería haberse producido como para recuperar desde ella un incremento del saber frente al fracaso pasado. Porque se trata de que los que estamos en el exilio podamos, por un análisis crítico, promover un acercamiento desarrollando nuestras semejanzas, más allá de las diferencias que nos pudieron antes alejar. Y nos preguntamos: ¿las experiencias del fracaso y del exilio han servido para ahondar la comprensión política renovando el instrumento de la teoría, animada ahora por un saber y una evidencia que antes no se tenía, pero que ahora es imposible desconocer?

La ilusión y el delirio en la política

En la cura individual el médico actúa como "principio de realidad" ante el enfermo y permite distinguir lo fantaseado de lo real. Pero ¿cuál es el criterio que regulará la eficacia cuando se trata de discernir el papel de la ilusión y del delirio en los procesos sociales? ¿Dónde reside en la actividad política el criterio de su realidad sin ilusión?

El criterio de la verdad de la política está en la guerra. En Clausewitz la teoría de la guerra expresa ese nivel de reencuentro donde la ilusión se verifica como real en el enfrentamiento moral y físico de las fuerzas. Teoría ésta, la de la guerra, donde nada puede ser pensado impunemente: la razón se prolonga necesariamente en la producción y organización efectiva de las fuerzas, y el castigo por haber pensado mal está en que quien lo hace aparece, verificando su carencia de razón —su ilusión— en la pérdida de la vida que trae aparejada la derrota en la batalla final y el aniquilamiento. La teoría de la guerra dibuja el sentido completo de toda ciencia humana que pretenda ser una teoría de la acción, porque en ella, a diferencia de lo que sucede en las otras, nada puede ser pensado sin consecuencias para quien lo piensa. En el ámbito parcial que la división del trabajo intelectual dejó abierta a las ciencias humanas —psicología, sociología— se puede pensar que la teoría no forma parte del campo preparatorio de la batalla final que la política orienta. Ciencia convencional ésta, adecuada a una política también convencional:

aquella que en la representación de las fuerzas que se enfrentan no pone de relieve, puro escenario, en fundamento guerrero sobre el que se apoya, y la violencia que encubre pero que la sostiene. El equivalente del éxito en la cura con el paciente es, en política, la destrucción de la fantasía y de la idealidad que permita por fin convertir lo deseado en la materialidad de sus fuerzas históricas, venciendo los obstáculos reales —las fuerzas— que se oponían a ellas. "Todos los profetas armados vencen y los desarmados se arruinan", decía ya Maquiavelo. Pero nuestra afirmación no consiste en reivindicar la guerra, pues es el adversario quien la impone: se trata de saber, para salir de la ilusión, si en el enfrentamiento que la política acepta se han suscitado sin alucinación y sin omnipotencia, las fuerzas adecuadas a su defensa.

Si esto es así, podemos afirmar que en su extremo límite el único criterio para verificar lo ilusorio en lo político sería el resultado —el triunfo o el fracaso— al que se llegó. No queremos decir que no haya riesgo y azar en todo enfrentamiento: sólo decimos que la derrota siempre, en algún nivel, será el triunfo anterior de la ilusión y el delirio, de la fantasía que se distanció de lo real y no pudo preverlo en su verdad.

La crítica teórica que participa en el espacio de una acción tendría que incluir, viniendo desde el psicoanálisis, la presencia de ese imaginario que se convierte en delirio colectivo, insensible e invisible en los proyectos políticos que conducen a la ineficiencia, al terror impune y a la frustración. La política, como la guerra, tiene que tener presente la economía de fuerzas como preservación y desarrollo del propio poder. ¿No habrá otros medios que aquellos que desencadenan el terror sin respuesta, el aniquilamiento de lo mejor de una, tal vez dos generaciones de jóvenes, y el asesinato sin defensa de tantos miles de hombres y mujeres que desaparecieron para siempre de la realidad? La violencia de la derecha, su macabra actividad, ¿era imprevisible acaso? ¿Qué podía haberle detenido sino la existencia de una fuerza no fantaseada sino real? Si la violencia, se nos responde, es la partera de la historia, podemos contestar que no es una partera loca sino sagaz. ¿Es esta violencia sin respuesta, sin defensa, impune, la que el terror desata, la que siempre se hará presente en las situaciones límites que la transformación política suscita? Sabemos que no. Pero también sabemos que lo ilusorio es lo que el deseo desea, en su urgencia, dar por realizado y por eso lo hace existir como real. ¿Cómo comprender la categoría del delirio cuando pasamos a nivel político?

La reducción de los procesos colectivos a las propias categorías individuales es ya un equivalente del delirio en los procesos históricos. Porque mantiene en el seno de otra forma de realidad,

la colectiva, la permanencia omnipotente de la forma edípica individual. Pensar con las categorías del Edipo, es decir con la forma despótica, las relaciones que se anudan tanto en la política como en la guerra, esbozar una estrategia de enfrentamientos con las fantasías y los fantasmas y la racionalidad que mantienen como fundamento esa matriz primera no puesta en duda, es una deformación tanto más peligrosa cuanto que suscita en los demás las mismas soluciones omnipotentes y mágicas dentro de la realidad. Pensamos que es precisamente la fantasía animada y proyectada sobre el líder que sustituye a fuera, como objeto exterior que lo verificara, un objeto interior: la sumisión individual uno a uno al ser omnipotente —jefe de partido, líder militar— lo que repite en el seno de una estructura colectiva la persistencia de la psicología individual, la sumisión carente de crítica que ciñe sobre las sienes del enemigo la aureola del poder salvador. Poder de la ilusión, diría Freud, donde el secreto de su fuerza no reside en la fuerza colectiva real sino sólo en la fuerza —ilusoria— de estos deseos.

El análisis de la ilusión en Freud no se refiere, como sabemos, sólo a la religión. Está presente en todo tránsito de la impotencia a la omnipotencia. Por eso, nos dice, "una ilusión no es lo mismo que un error ni es necesariamente un error". "Una de las características más genuinas de la ilusión es tener su punto de partida en deseos humanos de los cuales deriva. Bajo este aspecto se aproxima a la idea delirante psiquiátrica, de la cual se distingue, sin embargo, claramente".

¿Por qué es delirio lo psiquiátrico sino político? Porque la ilusión es un delirio en lo real. Las instituciones sociales despliegan, para utilizar las energías de los hombres a su favor, la ilusión de su poder, el monopolio de la fuerza. "Nos preguntamos, dice Freud, si las premisas en las que se fundan nuestras instituciones estatales no habrán de ser calificadas de ilusiones". "Y no es acaso, una vez más, una ilusión la llamada "masa artificial" donde el poder colectivo, por sumisión uno a uno al jefe, se despoja de su poder propio y aparece como si viniera en realidad de él? "Mientras sobre el comienzo de la vida del hombre sigan actuando, además de la coerción mental sexual, la religiosa y la monárquica, derivada de la religiosa, no podremos decir cómo es el hombre en realidad". Sabremos que es el hombre cuando hayamos recuperado nuestro poder que la ilusión delegó. Ilusión de una fuerza popular que sería el lugar geométrico de la revolución, sea cual fuere la estructura dominante en su interior: masas artificiales, ejército e iglesia como modelos, sometidos a un líder que ratifica el poder del padre-muerto; pueblo elegido a su manera, grato a Dios; ilusión del poder del caudillo, por ejemplo, cuyos designios insondables revelan una razón sin común medida con aquella que se decantó en las luchas históricas; ilusión de la impotencia del enemigo, corolario de esta doble omnipotencia delegada. Todas estas condiciones elementales, tomadas como ejemplos, son las que desvirtúan la aproximación desnuda dentro de lo real mismo. Allí, en la misma realidad, y en el acto de formar cuerpo más activamente con ella, tiene también su asiento la ilusión.

Sucede que todo se juega en la política convencional a nivel de la representación, escenario real donde sin embargo su fundamento violento permanece oculto.

El "escenario" de la lucha política es el correspondiente de la "otra escena" del deseo individual, que oculta a la guerra y al edipo como su verdad. La representación política convencional, que nos permite resolver las contradicciones en paz, es siempre, sin embargo, un campo de simulación abierto por los dominadores, la trepa que continúa una guerra ganada anterior: la que separó históricamente a los capitalistas de los asalariados, por lo menos, cuyas fuerzas se mantienen como sostén de fondo para garantizar su explotación. Fue una guerra anterior la que proporcionó el derecho a la dominación actual que la política convencional encubre. Y esta historia exterior disimulada forma cuerpo con la inconciencia de nuestra propia historia, llamada interior, de acceso a la realidad.

La fuerza cooperativa de los hombres es extraída a través de la disolución individualista que el Edipo prolonga en las instituciones de dominio. Pero es también una institución social la que está presente, aunque inconsciente, en el poder despótico que regula cada forma individual. Pasar de la representación estatal a la ver-

dad violenta que es su fundamento implica, necesariamente, deshacer en los hombres la permanencia de la representación edípica que en cada uno está preservada por la angustia de muerte. Esta convergencia de la matriz individual en la experiencia histórica del poder despótico es lo esencial de las enseñanzas del psicoanálisis freudiano, y muestra hasta qué profundidades debe ser pensado el fundamento de la ilusión social si se quiere desnudar en su verdad la realidad política. La distancia entre la ilusión y lo real en el campo político se abre como distancia entre la presencia —la realidad de las fuerzas— y aquello que las representa. Quienes organizan el campo de la representación política donde domina la ilusión no se pagan de palabras: saben que tienen la fuerza de las armas y de las instituciones. El estado monopoliza la violencia, y el terror como presencia aniquiladora de la fuerza reemplaza, cuando la amenaza se acrecienta, a la representación que oculta la paz. El terror de estado presenta desnudamente la fuerza de su poder; la amenaza de los reprimidos representa formalmente una fuerza dispersa que, sólo implícita, no se dio ni alcanzó los medios, en algunos países, de convertirse en real. Pero, hemos visto, la ilusión de su realidad sólo requiere el deseo actualizado que la da por cumplida en su ausencia. La ilusión no es un error: la fuerza existe, pero la ilusión la convierte de un salto, en real. Y aun la misma convergencia colectiva multitudinaria y bulliciosa, que la actualiza en la muchedumbre política, puede permanecer sólo a nivel de la representación, como el arte o el juego o la religión nos dan la presencia cuasi-efectiva de una ausencia que complementa la frustración del deseo y la consuela, produciendo su imagen, con un como-sí: como si la hubiera alcanzado ya.

Pero los escenarios en los cuales estas actividades ilusorias de cuasi-presencia se desarrollan difieren entre sí, y se presentan señalando claramente la distancia con lo real, sin confundirse con él. En el arte la distancia que abre la representación es clara: entramos en él como en el sueño, disponiéndonos a gozar de la ilusión como nos disponemos a dormir. Y lo mismo en el juego: los niños saben que, abriendo una isla de ensueño en la realidad, satisfacen su deseo para volver luego a ella. La religión misma tiene su momento de elevación, de recogimiento, de distanciamiento de lo real, para entrar en el orden de lo sagrado y del rito, que el recinto de la iglesia o la oración abren como una extraterritorialidad celeste. Sólo en la representación política convencional la totalidad de lo real se confunde en su presencia misma con la ilusión cotidiana, sin distinguirse de ella.

Y no es casual: lo colectivo le presenta ese carácter de realidad en la ilusión compartida que le confiere objetividad y visibilidad. Además porque las figuras de la dominación que proporcionan a la individualidad su inscripción social actualizan allí la reaparición —representada— de las figuras centrales preteritas del drama del deseo infantil y su satisfacción: el poder omnipotente del jefe, el relegamiento del origen, el sentimiento de culpa y la necesidad de castigo, es decir, precisamente todo aquello que nos distancia de la angustia de muerte que el obstáculo histórico volvería a abrir. Por eso el delirio político pudo ser definido como la "producción de una organización psíquica donde tiende a actualizarse el simulacro de este goce", del reencuentro del narcisismo propio con el del omnipotente que nos domina también en el mundo exterior. Ilusión normal la colectiva. La representación política es el espacio histórico u objetivo que el poder organiza para que en él la vida cotidiana prolongue su ilusión primera del narcisismo individual, nos distancie de la intemperie en el sentimiento de un hogar común, y ratifiquemos los desvíos individuales en la confirmación fundamental: hay un poder real que debemos acatar.

Entre el deseo y su realización se abre el campo de lo político. Pero la ilusión aparece allí como un momento de desvío fuera de la materialidad del objeto o de la situación que lo cumpla dentro mismo de su presencia material. Pero si lo real es lo realizado, es decir lo que la historia convirtió en real, si lo real es producto de una actividad de construir, ¿el fracaso político no va señalando precisamente esa falta de capacidad, momentánea tal vez, para producir un efecto real? El fracaso en la política es la verificación de una incapacidad para transformar lo ideal en real. O, dicho de otro modo: el sistema de la dominación nos habría producido eficazmente, ellos sí, como incapaces de lograrlo, pero no nos habíamos dado cuenta hasta qué pun-

to nuestro modo de concebir la realización política estaba ya y mantenía presente la persistencia en nosotros de su dominación. Creer que estábamos más allá es el efecto ilusorio del poder. Por eso el fracaso político que culmina en el terror impune abre la dimensión social inesperada, de lo siniestro. Se abre de pronto, pero lo que se descubre ya estaba allí, lo sabíamos de algún modo con un saber relegado, despreciado, ignorado en su desafío, temido en su amenaza postergada. Es el fracaso político y el terror impune el que lo hace aparecer: el supremo desvalimiento resulta de una verdad que no pudimos ver. Así lo siniestro, en lo cual culmina este fracaso político, revela de golpe algo que no es la verdad de lo real, es cierto, sino sólo lo que de ella no pudimos dominar, ese resto o residuo que faltaba integrar para darle su efectiva densidad. Pero nos muestra también el lugar propio y colectivo desde el cual el proceso de alcanzarla, el trabajo de producirla, nos quedó oculto por un terror anterior que el actual sólo confirma en su reaparición.

El exilio, la política y lo siniestro

El fracaso político nos hizo caer de lo familiar en lo siniestro que el terror impune abrió como verdad histórica. ¿Qué vehiculiza el campo de la representación política para nosotros, para los que pretendemos la existencia de otra forma social? Tal vez sólo esto: el deseo de tornar habitable para todos una tierra común. Habilitar lo que de habitable tiene la nación para que en ella participen —nueva alianza fraterna, sin contradicción— todos los demás. Prolongación acaso de un deseo infantil insatisfecho, donde lo propio, lo íntimo, lo cálido, lo hogareño se expanda más allá de los propios límites. Campo extensivo donde la intensidad de los propios afectos pudieran ampliarse en su expansión. ¿Campo de amor, diríamos en este tiempo de odio y venganza? ¿Fantasía irrealizable? ¿Por qué no? La política, para nosotros, prolonga el deseo, y si el dinero no es un deseo infantil, el amor sí.

Mundo de donde los fantasmas están radiados, ése que describe Freud, coincidente con el que la izquierda debería prolongar en su política, diríamos nosotros, donde el deseo compartido, la tierra vivible, la casa, el hogar, lo próximo, lo participable nos haga por fin sentir que estamos en lo mismo: la habitabilidad, dijimos, de una tierra común. Pero es también lo siniestro lo que se revela precisamente en el seno de lo hogareño, de lo familiar, de la comarca natal, de la patria común, por un desplazamiento súbito, nos dice Freud. Lo hogareño, se descubre, oculta lo siniestro, lo siniestro es este aparecer cuando lo hogareño se pierde, "aquello que, debiendo permanecer secreto, oculto. . . no obstante, se ha manifestado". ¿Qué es lo que se manifestó en lo hogareño, qué surgió en él provocando, con la evidencia de lo siniestro, la partida y el exilio? El terror impune. Lo que estaba oculto en la vida cotidiana, "lo que debiendo permanecer secreto no obstante se ha manifestado", estaba allí, presente en su ocultamiento, pero no lo podíamos ver. Precisamente cuando aparecen confirmados los fantasmas, descubrimos el fundamento oculto de lo real que la representación política encubría. No podíamos ver en su verdad cruda la realidad porque la familiaridad confiada en la que reposábamos oculta su existencia fantasmal. Y eran esos fantasmas ocultos, que no creíamos tales porque habían sido radiados por algún poder de la cotidianeidad, los que hubiéramos tenido que tener en cuenta para enfrentarlos en el campo de la política. No encubiertos por la fantasía sino descubiertos como reales en la actividad política. Lo que de tan temido quedó oculto, desbordó tanto más sorprendente cuanto que se sabía que estaba allí, y tal vez hasta se lo provocara para que confirmara la ilusión que lo daba por vencido: ver si lo siniestro del terror primero era verdad.

Por eso si la política fuera realmente eficaz curaría en lo colectivo a cada uno de los hombres que participan en ella: destruiría a los terrores infantiles en el dominio de los terrores históricos e invalidaría así las salidas en falso que el niño enfrentó. Porque el fundamento de lo siniestro es, para Freud, "el primer delirio de un niño poseído por la angustia". Lo que lo siniestro revela es lo que estaba oculto como delirio reprimido, que en algún momento para todos asomó, y que lo familiar torna, con su recubrimiento, invisible: los sueños, se dice, sueños son. Sentimientos sordos los inconscientes: no quie-

ren volver a oír. Lo que en lo siniestro adulto retorna es la verificación de un espanto infantil.

"Lo siniestro se da, frecuentemente y fácilmente, cuando se desvanecen los límites entre fantasía y realidad; cuando lo que habíamos tenido por fantástico aparece ante nosotros como real."

"Lo siniestro en las vicinias se da cuando complejos infantiles reprimidos son reanimados por una impresión exterior, o cuando convicciones infantiles superadas parecen hallar nueva confirmación."

Una vez más entonces: Freud nos está diciendo que lo que era familiar ocultaba lo temido. Lo siniestro es una confirmación: "Todo afecto de un impulso emocional es convertido por la represión en angustia". Y en lo angustioso es algo reprimido que retorna. Y nos sigue diciendo: "Lo siniestro no sería realmente algo nuevo, sino más bien algo que siempre fué familiar a la vida psíquica, y que sólo se tornó extraño me-

EDITORIAL NUEVA IMAGEN

Serie Salud e Ideología

TÍTULOS PUBLICADOS:

♦ **Eduardo L. Menéndez**

CURA Y CONTROL

(la apropiación de lo social por la práctica psiquiátrica)

♦ **Cancrini y Malagodi**

Togliatti

PSIQUIATRÍA Y RELACIONES SOCIALES

♦ **Mario Timio**

CLASES SOCIALES

Y ENFERMEDAD

(introducción a una epidemiología diferencial)

♦ **Donatella Bonino**

EL COMPANERO MÉDICO

(por una nueva relación médico-paciente)

♦ **Franco Basaglia y otros**

LA SALUD DE LOS

TRABAJADORES

TÍTULOS EN PRENSA:

♦ **Achard, Chauvenet.**

Lage, Lentini y otros
DISCURSO BIOLÓGICO Y ORDEN SOCIAL

♦ **Renzo Ricchi**

LA MUERTE OBRERA

(análisis de las condiciones de salud de los trabajadores)

♦ **Fernand Delarue**

SALUD E INFECCIÓN

(auge y decadencia de las vacunas)

♦ **H. B. Waitzkin y B.**

Waterman

LA EXPLOTACIÓN DE LA ENFERMEDAD EN LA SOCIEDAD CAPITALISTA



**EDITORIAL
NUEVA IMAGEN, S.A.**
Tel. 536-1015 y 543-5642
Sacramento 109, México 12, DF

el ágora



febrero
SIGLO XXI
20%
de descuento

INSURGENTES SUR 1632

diente el proceso de la represión". Así con el impulso emocional que la política retoma en su acción: puede que permanezca también en la política, para inhibir la aparición de la angustia, sujeto todavía a las formas que la ley paterna le impuso con su represión. Si hay revelación de lo siniestro como algo insuperable en el terror impone que la política abre, es porque el terror del fundamento represivo presente en nuestra individualidad infantil prolongó en la etapa adulta, y en la actividad política, esa misma invisibilidad que ahora retorna "como algo que siempre fue familiar a la vida psíquica". Entonces, si esto fue así, quiere decir que desalojábamos de la realidad histórica el fundamento de su poder represivo y de su fuerza, que no podíamos ver, porque actuábamos en política sin conocer el fundamento del poder ajeno implantado como terror infantil en nuestra propia subjetividad de militante. Y son los mismos procedimientos defensivos que habíamos utilizado para encubrirlo adentro los que—esto es lo crucial—proyectábamos luego afuera en la política: la omnipotencia del pensamiento, la sobre-estimación narcisista, la atribución de fuerzas mágicas "minuciosamente graduadas a personas y objetos", "el ilimitado narcisismo de ese período evolutivo, cuando se defendía contra la innegable fuerza de la realidad".

Es en la derrota donde siempre las ilusiones verficarían sus límites reales por fin alcanzados, en la nueva evidencia de su presencia. Pero es el siniestro, nuevamente también, que viene aquí a imponer con su intolerabilidad y su extrañeza, ahora en el exilio, y para muchos la necesidad de retornar una vez más a la tierra común, a lo hogareño, de suturar el límite transpuesto, de volver a ocultar.

Ahora, sin embargo, la ecuación es otra: "no habrá más pena", como el deseo anhela. Pero un eco le agrega: "ni olvido". Al deseo que el principio del placer prolonga en la realidad, anhelando que desaparezca la pena, la realidad histórica le agrega la memoria. La memoria—no lo olvidemos— trae a la política, y mantiene presente allí la dimensión real del obstáculo, eso que lo siniestro reveló: dimensión inhumana del poder represivo y de su fuerza. "Ni olvido": puede entonces que la experiencia del exilio y de lo siniestro se convierta en un nuevo punto de partida, y los hombres y mujeres asesinados, inséptulos en nuestra memoria, nos ayuden a animar la vida de otro modo, mirando por sus ojos muertos que avivarán con su última verdad, la que los cerró, los propios.

La realidad del terror antes invisible

El terror era anterior a su desencadenamiento. Léase o escúchese las declaraciones de los torturados, o la descripción de los asesinatos: las entrañas vaciadas, hombres castrados, arrojados desde helicópteros, todas las dimensiones del horror que la fantasía puede elaborar, es eso mismo lo que los torturadores y sus máquinas, sus agencias y sus métodos han tenido que hacer pasar a la realidad, convertir en reales, para detener el empuje de las fuerzas populares. ¿De dónde habrían de extraer los psicólogos y los militares que elaboran los métodos científicos de tortura, todo su arsenal de horror sino trayendo lo siniestro a la realidad como un efecto a producir? Si en lo real el terror prolonga las fantasías de los niños y las alucinaciones de los psicóticos, esto no es un hecho de azar: el terror fantaseado se hizo terror real y lo siniestro es este reencuentro de lo más temido allí donde precisamente deberíamos estar preservados de él: la propia nación y el hogar.

La patología describe lo que el enfermo soñaba enloquecido y hasta alucinaba. ¿Qué alucinaba? Una antigua tortura china: que una rata viva entraba por el ano. Nuestros militares metían ratas vivas en las vaginas de nuestras mujeres, abrían los vientres y extraían las vísceras palpitantes que les mostraban a los mismos torturados. Violaban a las mujeres ante sus hijos y sus compañeros. Torturaban a la madre y al niño que latía en su vientre. Toda la gama de horrores soñados, que la patología mostraba como propio de la alucinación aterrizada de quienes, enfermos y anormales, fabulaban lo "irreal", la castración amenazante, todo está allí. Dejemos la historia empírica, nos dirán los lacanianos: la castración, por favor, es sólo simbólica. Sin embargo la patología está llena de preancios, saberes que la paz cotidiana encubre y que la guerra impone —el terror— vuelve a confirmar. Resulta que los locos y los niños, y todos los que vivían aterrorizados tenían en su sin-razón, más

que nosotros, la razón. Verdad histórica como la bautizó otro loco, llamado Schreber, y luego retomó Freud. Verdad histórica, sí, pero que se reveló al fin como preanuncio de aquello que en lo colectivo adquiriría también su verdad material.

Y ahora nos damos cuenta que la razón (la represión) era la que se separaba, aterrizada, de la verdad histórica. Que la política convencional, en tanto convivencia civil, escondía el terror como amenaza. Los niños y los locos—no, los neuróticos no— lo sabían, pero nosotros, y aquellos que los curaban, no. Fue la política la que reencontró en la revelación de lo siniestro la verdad de la enfermedad y la falsedad de la normalidad. Había que dar ese nuevo paso que la psiquiatría trató de franquear sólo en el ámbito de la cura individual o colectiva, pero siempre dentro del contorno limitado de la clínica o del hospital. Pero fue la política la que reencontró en su realidad aterrizada la verdad de la enfermedad. Y estaba allí como fundamento reprimido de su presunta paz.

¿Qué nos queda a los exiliados?

El exilio, hemos visto, es un refugio: la contraparte del encierro, de la amenaza de tortura y del terror a la muerte. Pero puesto que vivimos esa posibilidad, si la presencia de lo siniestro fue para nosotros, de algún modo y en algún momento, real, ¿podemos pensar entonces que a partir de aquí la vida se deslice nuevamente plana, volviendo a colocar cada cosa en su sitio anterior: la política, la profesión, la mujer, los hijos, el amor, y hasta el diván? Como sí, nuevamente, la angustia de castración, la rata en el ano, los ojos picoteados y los zorros que espían por la ventana fueran sólo objetos que los terrores infantiles fabulan. ¿Y la realidad sería en cambio la verificación de su inexistencia en el mundo que nos rodea, es decir en el exilio acogedor, es decir, en el campo de la política sin guerra, es decir en el campo de esta nueva paz?

Y así el exilio abre para muchos, aunque no lo queramos, un nuevo distanciamiento: es la ilusión de una paz sin guerra la que nuevamente aparece, eludiendo el adulto los terrores "adultos", queriendo tal vez borrar ahora, en otro intento repetido y no siempre eficaz, la verdad que la fantasía infantil y la del psicótico revelan, en su verdad, como siendo común.

Pertener a la patria en el exilio significa mantener presente con los que allí quedaron un índice común. Pero hay una diferencia con los que se quedaron: el que está en exilio abandonó el campo de realidad donde podría verificarse como muerte cierta el terror que llevó a él. Quien permanece en el país sigue estando en el campo donde habita la muerte efectiva como un límite cierto que el terror impone promete: no lo puede eludir. Pero tiene al menos una condición que a nosotros nos falta: cuenta con el poder colectivo que vive, aunque sea en la dispersión actual, la misma decisión de permanencia y resistencia, tal vez por ahora pasiva pero fundamental. La población, en su resistencia sofocada, tiene la misma permanencia que los ríos y las montañas y las praderas del país. Si hay represión es porque hay —y esto es lo que ellos temen, como temen los espectros de sus víctimas asesinadas— un poder latente que deben permanentemente reprimir. Este es el límite vengativo del terror: quedan aterrorizados a su vez, atados a él. Esa fuerza que permanece no la somos nosotros a la distancia: esa fuerza común, con la cual nuestra individualidad contaba de algún modo, quedó allí. Por eso la presencia sensible del vacío que, exiliados, vivimos en la soledad y hasta en la unión: no tenemos cuerpo común en el cual prolongarnos, para incrementar con el nuestro poder personal, ese que el psicoanálisis convencional habitualmente sólo describe como el de un yo adscripto y restringido a la propia corporeidad. Nos falta ese cuerpo común de la población sometida y viviente de la propia nación, cuerpo colectivo coherente con el despliegue personal.

¿Cómo suplirlo? Las soluciones al delirio y a la ilusión política, cuyo fracaso determinó la partida de nuestro propio país, intentará a veces verificarse en la realidad ajena del país que nos acoge, para confirmarnos o no. El campo político de las sociedades afines prolonga muchas veces, como si nos siguiera dando la razón, lo bien fundado del delirio político ampliado ahora más allá de las propias fronteras: hay una internacional de la ilusión.

Pero lo fundamental de la apertura del exilio, donde las propias dificultades se exacerban o minimizan, tal vez consista en esto: que abrió un

nuevo campo del cual se excluyó el terror que amenazaba en el nuestro. Y nos preguntamos: ¿cómo quedó presente ese terror, en tanto límite, puesto que determinó la situación que llevó al exilio? O de otro modo: ¿cómo conservamos en el presente nuestro pasado anterior? ¿Repetiremos los exiliados la figura tradicional de la diáspora judía, por ejemplo, y abriremos sin religión, sin partido digo, una nueva tierra prometida, aquella que también se abandonó? ¿Alcanzaremos a incluir la presencia del fundamento despoítico a combatir en toda nueva realidad? ¿Se habrá abierto, desde la experiencia singular que nos es propia, también para nosotros la dimensión radical e insoslayable desde la cual la inhumanidad de lo humano se revela en su presencia política y social como destino común, más allá de toda frontera circunstancial? Si en el mayo del 68, identificándose con el expulsado por ser extranjero y de otra religión, los estudiantes franceses pudieron gritar: "todos somos judíos alemanes", ¿esperaremos que griten a su vez aquí: "todos somos exiliados del Cono Sur", aún los ciudadanos del país que nos recibe? Evidentemente no. Se nos recibe con la precaución siguiente: que nos vayamos más allá.

El exilio implica un pacto implícito, que ratifica lo bien fundado de la amenaza de súbito abierta en el propio campo nacional como descubrimiento del límite de toda política: el que traza la muerte no representada como amenaza, sino la muerte real. Exiliado querría decir más bien: el que huye y se salva de un destino aciago en el propio país. Pero ¿se salva? Aquí aparece la variada serie de soluciones "encontradas" en el exilio: confirmación y gratificación, desesperanza y desilusión. Pero, sea cual fuere la respuesta, lo cierto es que todo exiliado es un ser gratificado, el que participa de una nueva posibilidad que le fue abierta como crédito inesperado: el haber eliminado la presencia mortal de la represión. Ser de excepción, pese a todo trance que el desagrado o la falta de éxito le presente en la nueva situación.

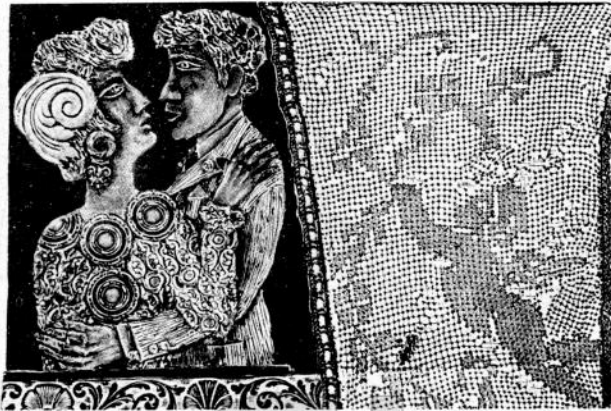
Y entonces podemos plantearnos qué significa desde el exilio el retorno. Preguntarnos, por ejemplo, ¿qué dejamos al abandonar el país?, ¿qué nueva forma se presenta para pensarlo cuando estamos fuera de la propia nación? Y hay algo que se nos impone: por más acciones que desarrollemos hay una fundamental de la que estamos excluidos, la de la acción política plena en el país del cual ahora participamos y que nos acogió. Los problemas de cada país son asunto de sus conciudadanos, y esta pertenencia legal no es casual: define para la acción un área material, geográfica, histórica y cultural común suelo propio a modificar. Y si esto es así, desde la perspectiva que esbozamos, ¿qué significa el exilio? En todo nivel de acción que emprendamos sólo una cosa: la de recuperar el derecho de nuestra plenitud personal, de nuestra acción política que tuvimos que dejar, el de definir con nuestra actividad en el exilio una modalidad de retorno posible, lo cual entraña reconquistar ese derecho del que se nos pretende despojar.

¿Volver al país? nos preguntamos, indecisos del futuro. ¿Pero si ya lo estamos haciendo! Estamos volviendo cuando comenzamos a definir el camino, y mantenemos como esencial el derecho a recuperarlo como propio. ¿Volver al país?, nos preguntan muchos, y les preguntamos. ¿Cómo y cuándo?, eso es lo que no podemos saber. Pero algo sí sabemos: despojándonos de todos los impedimentos que de algún modo todos sucitamos para producir la derrota. Pero es también preparándonos, aun a la distancia, para elaborar los elementos de una crítica al delirio y a la ilusión, quebrando la fantasía de la omnipotencia del pensamiento, y de la propia fuerza, de la magia y del narcisismo. Y es volver también comenzar a caminar hacia allí si transformamos la permanencia insidiosa del poder absoluto que regula nuestra individualidad y ratifica al poder exterior como adecuado entrañablemente a él, aunque uno sea de izquierda. Es por fin, pensamos, sentir el vacío que nuestro cuerpo encuentra para una acción posible, y que sólo los nacionales —es un hecho histórico— me reconocen en el interior de mi país. Este vacío no es sólo la imagen melancólica que dejó en nosotros una ciudad, una calle, una música, un rostro, tal vez un nombre o un olor: es un vacío que allí mismo tenía, ciegos como estábamos, la pretensión de darse por lleno, de estar de cuerpo presente pero que, ahora sabemos, no había sido abarcado en su plenitud. Porque los vacíos dentro del lleno de la propia patria también estaban rodeados de sombras: los habíamos llenado con la fantasía y la imaginación.

Muchas actividades, nuevas inquietudes, mejores personas

Carlos Ulanovsky

Pese al escaso tiempo histórico transcurrido, la masiva salida de argentinos de estos años recientes, ofrece saldos para el análisis. Uno de ellos —que a mí en lo particular me parece conmovedor— es la manera con que la mayor parte de la gente (digo la mayor, ya que no hay que olvidar que lumpenes, vividores y malas personas habrá siempre) encontró su lugar de integración, de trabajo y de realización.



Sí: es cierto. Absolutamente cierto. Por numerosas y variadas razones nos mandaron con la música a otra parte.

Cada uno con su motivo auestas —más o menos espectacular— salió del país. Cada uno debió plegar en cuatro (si le dieron tiempo), o cargárselo a los hombros más rápido que ligero, el poncho de su historia. Todo para darse cuenta que ese abrigo era incapaz de evitar el frío profundo del alma y, ni hablar, del corazón.

Atrás quedaban años de muchas cosas, distintas para cada uno. Por delante se abrían otras necesidades, en especial la de sobrevivir, la de vivir, la de empezar otra vez, la de —en alguna forma— iniciar una nueva vida en la adultez.

Lo que llegó —necesariamente mi referencia tiene que ver con observaciones recogidas en México— fue una rigurosa puesta a prueba de las condiciones personales. En este sentido, un exilio, tiene las propiedades de un revelador fotográfico: dibujar imágenes prácticamente idénticas a la realidad. El que en su país fue siempre una bazofia, la situación límite del exilio, no hace más que exacerbar aquella condición. El que era un buen tipo y vive adecuadamente esta singular experiencia, podrá haber extraído de ella nuevas vivencias, fuerzas que desconocía poseer, medidas de sus posibilidades.

Podría decirse, en síntesis, que si se revolviere en el revelador, surgiría una figura tipo, la figura de un argentino con fuerza de carácter, humilde, reflexivo que tuvo que empezar de nuevo y afrontó la necesidad con alegría, con esperanza, con vitalidad.

Aun con equivocaciones, a veces a los tumbos, pero en general demostrando el temple necesario para capear situaciones nuevas, descompuestas y críticas. Casi todos, a esta altura, tenemos claro que nadie salió de la Argentina para realizarse, sino por necesidad. Es conmovedor (al menos para mí) comprobar como cada uno buscó y encontró su propio centro de interés. Y ese le pasó —por igual— al que allí había tenido tiempo para el desarrollo de su especialidad y al que, por juventud u otros motivos, no se había iniciado en nada.

El reacomodo, la iniciación, la búsqueda no fueron tareas simples. La demostración de lo que se sabía, cosas lentas. Salvo excepciones, nada pasó mágicamente, de un minuto para el otro. Todo tuvo mucho que ver con el esfuerzo personal. Al momento de suscribir la presente, los resultados merecen calificarse como buenos. No sólo porque la mayor parte trabaja en

lo que quiere, puede y sabe. También porque el clima político del país en que vivimos (que también elegimos, desechando, por ejemplo, el deslumbre europeo) propicia nuevas inquietudes, ofrece tiempo para la reflexión, el diálogo y la comprensión de lo que pasó y lo que pasa. La ausencia casi total de paranoia nos ha vuelto más laxos, menos urgidos de vivir al minuto. En una visión general —mas de ninguna manera desprecupada— podría afirmarse que cada uno encontró un trabajo que le permite vivir, si no otros polos de desarrollo que posibilitan desarrollo y mejoramiento personal.

El privilegio del exilio

Rodolfo Terragno

Este artículo apareció en El Diario de Caracas con motivo de la I Conferencia Internacional sobre el Exilio y la Solidaridad Latinoamericana de los años 70.

En Atenas, el ostracismo era para los ciudadanos prominentes. Cuando ponían en peligro la estabilidad del estado —crimen que para otros valía penas infamantes— ellos sólo debían alejarse.

En Roma, el exilio era para los hombres de fortuna. Cuando incurrían en un proceder que los pobres pagaban con trabajos forzados, o con la carne, ellos lo saldaban con ausencia.

El destierro fue siempre—dentro del infortunio— un privilegio. ¿Quiénes son las verdaderas víctimas de las dictaduras, que florecieron como hongos perversos en América latina? ¿Nosotros, que padecemos la presión de la nostalgia, o aquellos que —dentro— respiran el monóxido de la represión? ¿Los que nos desahogamos en las páginas de *Le Monde Diplomatique* o los que deben rumiar frente a la boca de una metralla?

¿Quién es el protagonista: el que sufre la tortura o el que la denuncia? El dolor está, acaso, más en el papel que en las llagas?

¿Cuál es la residencia del horror? ¿La secreta prisión del sur donde el gemido se torna inaudible, o el café de Barcelona donde la protesta se funde en un solo ruido?

¿Quiénes son los héroes? ¿Nosotros, que

Si la apuesta de los que persiguieron y llenaron de miedo fue invalidar, anular y paralizar a toda una generación, a toda una clase, a todo un valioso grupo de gente, realmente podría decirse que sólo lograron su objetivo en una etapa inicial. La reacción y evolución posterior de muchos de los que salieron, la actividad, la demanda y aceptación de la fuerza de trabajo, la creciente influencia en puestos decididamente claves y de confianza en México y en otros países, permiten afirmar que los represores no consiguieron sus objetivos. Claro que hicieron un daño terrible, claro que sí, pero todo triunfo personal, laboral, profesional, intelectual de un argentino exiliado debe computarse como un punto menos para la dictadura.

Siento, además, que al mismo tiempo, se cumplen varias tareas. Por un lado, un profesional, un obrero, un docente, un escritor, un periodista, una maestra, un empleado público, un vendedor de autos, un técnico que llegó a México y cumplió sus tareas con responsabilidad y decencia, está ayudando a modificar una imagen desfavorable acerca del argentino (medio aventurero, medio chantún) que llegaba por aquí dispuesto a llevarse a todos por delante, con tal de pegarla y hacer unos pesos.

Por otro lado, pienso que esta nueva raza de argentinos "limpitos" y mejor ubicados (ojalá nadie me acuse de ingenuo o exagerado) está aprovechando lo mejor posible (pensando, estudiando cosas que allá no había tiempo para estudiar, desde inglés a carreras enteras, formándose todo lo mucho que nos falta saber y aprender) este capítulo que para bien y para mal nos toca protagonizar.

Para bien, porque junto con el reacomodo profesional-laboral hubo que hacer el reacomodo personal. Para mal, porque el desarraigo es cosa cierta, e inevitablemente; estar mejor aquí, significa estar peor allá.

Como término medio positivo de esta ecuación despejo el hecho de que —al menos para la mayor parte de la gente que conozco— esta experiencia de exilio ha sido enriquecedora y cuando se pueda volver todos volveremos en mejores condiciones.

Muchos de los que llegaron aquí, con una mano atrás y la otra adelante, son ahora —pese a las mufas, las depresiones, las lógicas nostalgias— más humildes que antes. Más comprensivos que antes. Más solidarios que antes. Más reconocedores de los pequeños logros. Y, sobre todo, bastante menos argentinos hincha pelotas. En una palabra, somos mejores personas que antes.

cambiamos nuestras verdades por dólares? ¿O los condenados a pensar en secreto?

Este exilio nuestro no está formado, si quiera, por "infieles" que —como en el poema de Hölderlin— "andan por otras tierras, descamisados y errabundos", amonestados "hasta en medio del sueño".

Es un destierro hecho de clases medias; construido con aquellos que merodeamos por la cultura, y buscamos —también en el exilio— el prestigio.

La tragedia es de quienes, allá lejos, están desterrados de la razón. Confinados en el miedo. Exiliados dentro de las fronteras de la intolerancia.

Los libertos de esa esclavitud, no han de apuñalarse la conciencia: el hombre que tiene la posibilidad de elegir, nunca debe optar por la muerte sin propósito. Pero, resuelto por la sobrevida, no puede olvidar que los mártires son aquellos que no tienen la posibilidad de escapar.

Los mortificadores de almas, lo saben muy bien. Saben —como lo escribió Camus— que "hay siempre una hora del día o de la noche en que el más valeroso de los hombres se siente cobarde", y esperan esa hora para "buscar el alma a través de las heridas del cuerpo, y volverla hosca y demente". Las almas perseguidas son aquellas que no pudieron evadirse. No las nuestras, que deambulan —serenas, aunque doloridas— por Sabana Grande o el barrio de Salamanca.

ENTREVISTA

David Tieffenberg: el socialismo que está solo y espera

Mempo Giardinelli

Que el exilio argentino está disgregado, es un hecho indesmentible. Miles de compatriotas, en por lo menos una decena de países, conformamos colonias en las que centros y comités, casas y clubes, ateneos y círculos, se disputan representatividades que en casi todos los casos son cuestionables. Realidad penosa, pero irrefutable, parecería indicar la imposibilidad de estructurar —por ahora, al menos— un pensamiento unificador, criterios de análisis y líneas de acción más o menos homogéneos. Aunque —hay que decirlo— en algunos casos esa diáspora denota también la existencia de intereses pequeños, de sectores o aun de supuestas personalidades que se entusiasman con la perspectiva de erigirse en lenines de segunda categoría, para un exilio cuya única, triste certeza, es la de ser producto de una derrota política. Porque, de una vez, hay que entender que no habría exilio de no haber mediado la derrota.

En el marco de la disgregación que se observa en casi todos los países donde habitan argentinos, el caso de la colonia de compatriotas que recaló en Barcelona, España, es sin embargo bastante atípico: una sola casa, una sola institución que nuclea a todos los sectores, partidos, agrupaciones e individualidades. Un dato, nomás, que acaso bastaría para justificar la presente entrevista a su secretario general, el abogado y viejo dirigente socialista David Tieffenberg.

No obstante, a los 70 años de edad, Tieffenberg significa bastante más que la mención a la cabeza visible de la Casa Argentina de Barcelona. Con una trayectoria de exactamente 50 años en el socialismo —inició su militancia en 1930— este hombre entusiasta y vehemente, se mantiene polémico y activo, reflexionando y escribiendo sus puntos de vista sobre la realidad argentina. Autor de una decena de libros de ensayos políticos, sus ideas se inscriben férreamente en el marxismo, una perspectiva desde la cual se siente cómodo para enfrentar "rotunda, intransigentemente" a la junta militar que ejerce el poder en Argentina.

A lo largo de su dilatada carrera política, Tieffenberg ha ocupado diversos cargos en el socialismo de nuestro país. Miembro del Comité ejecutivo y Subsecretario general del PS "cuando estábamos unificados", ha sido presidente de la Primera Conferencia de Partidos Socialistas Nacionales y Populares de América Latina, delegado argentino ante la Internacional Socialista en 1960 (en Haifa, Israel) y asesor del presidente chileno Salvador Allende.

En un café de la avenida José Antonio, de Madrid, Tieffenberg accedió a efectuar un repaso no sólo de su militancia sino más bien de la realidad argentina en las perspectivas que ofrece ésta para la democracia y el socialismo. Polémico, encendido, arbitrario en ocasiones, y hasta confuso a veces, éstas fueron sus respuestas:

P.: Prácticamente, en todas las colonias de argentinos se discute, se acuerda o se discrepa sobre tres temas fundamentales: la derrota, la democracia y el socialismo. ¿Usted está de acuerdo en que es así? Y, de estarlo, ¿qué piensa, ahora, desde el exilio?

D.T.: Bueno, respecto de la derrota, yo debo decir que no la considero una cosa muy trágica. Lógicamente, entiendo que las consecuencias del fracaso, y muchas de sus circunstancias, son sí dramáticas. Pero a mi juicio ese fracaso se produjo por una serie de errores, que los que somos marxistas también debemos reconocer que los cometimos. Y debemos encarar el asunto con un criterio político, no dramático.

Los que integramos la primera guerrilla argentina, la del EGP, del Comandante Segundo, también tenemos responsabilidad en los errores que condujeron al fracaso. De manera que yo empiezo autocriticamente, pues he cometido ese error, como lo cometió el mismo Che.

P.: Esto indicaría que la derrota ha sido la derrota del foquismo.

D.T.: Sí, pero los que somos marxistas, y yo cada vez soy más marxista, no tenemos derecho a equivocarnos tanto. Y nos hemos equivocado tremendamente. Porque lo primero que debe tener en cuenta un marxista es la realidad concreta sobre la que va a actuar, y para ello nada mejor que conocer las condiciones objetivas y subjetivas, las socioeconómicas, las sociopolíticas, e incluso las psicosociológicas. Es decir, todo lo que constituye la realidad en una parcialidad geopolítica como es la Argentina. Y bueno, yo creo que nosotros a eso no lo tuvimos en cuenta. Sinceramente, creo que ninguno de los focos lo ha tenido en cuenta. El caso de los Montoneros, concretamente, creo que es distinto, porque para mí fueron un poco arrastrados por el PRT. Pero la derrota del ERP fue la más grave, a mi juicio, porque ellos se consideraban marxistas, y yo no discuto que muchos de los que han sobrevivido son marxistas. Ellos cometieron el tremendo error de no haber computado esos factores que son esenciales.

Pero todos cometimos esos errores, y los volvimos a cometer incluso con posterioridad a la

guerrilla. De modo que se explica, como consecuencia, la derrota. Y nadie queda exento de responsabilidad en ella.

Sin embargo, viendo al fracaso, hoy, en perspectiva, yo creo que puede llegar a ser considerado como beneficioso. En su momento, por supuesto, lo hemos sufrido dramáticamente, pero puede ser beneficioso porque ha dejado una enseñanza, una experiencia tremenda. Me refiero específicamente a los grupos marxistas, que de ahora en adelante van a tener que considerar muy seriamente las consecuencias de este fracaso. De manera que la derrota es una derrota con enseñanza.

Pero me importa destacar que yo siento que he superado —aunque en su momento he criticado muchos errores que en algunos casos fueron imperdonables— esa parte de nuestra historia. Lenin dice que el marxismo no se adscribe a un solo método de lucha. Y por eso entiendo que debemos superar ese pasado, pero no debemos descartar al foquismo definitivamente, porque no sabemos lo que va a ocurrir más adelante. No podemos saber si de acuerdo a las circunstancias, de acuerdo a las condiciones que se den en la realidad argentina, nosotros sabremos en su momento si es conveniente, útil, necesario y hasta eficaz, recurrir al foco, que lógicamente no podrá ser el mismo tipo de foquismo que existió, sin vinculación con las masas. Porque ése fue el tremendo error que todos cometimos. No hubo trabajo de masas, no hubo vinculación en absoluto con las masas, hubo elitismo, vanguardismo, y ahí está la creación de zonas libres en Tucumán y cosas así, que ahora el mismo ERP ha autocriticado. Y ése es sólo un ejemplo. Pero no me interesa criticar a un solo grupo, porque para mí ahora prácticamente no existe ninguno. Están todos divididos: los Montoneros, el ERP, nosotros los socialistas; divididos en pequeños grupos, grupúsculos insignificantes, sin ninguna raigambre en la masa obrera, sin incidencia de ninguna naturaleza. Lo único que tenemos es acaso un cierto prestigio, un cierto peso ideológico, como consecuencia de nuestra doctrina. Me refiero a los que somos marxistas, ojo, porque el socialismo tiene varios matices, varias referencias, como se sabe, con las que yo no coincido en absoluto. Porque yo soy marxista, y si me apura un poco le diré que soy marxista-le-

ninista.

P.: A la luz de esta derrota, como usted la caracteriza, y con la consideración que usted hace sobre el socialismo, ¿cuál es la perspectiva que tiene el socialismo en la Argentina? Y esa perspectiva, ¿acaso pasa por una instancia democrática? Y si es así, ¿cuál democracia?

D.T.: Mire: yo creo que el socialismo en nuestro país tiene perspectivas bastante, bastante flojas. Yo no creo, como algunos que son muy optimistas, que el socialismo va a resurgir. Porque yo creo que las masas, aunque habrá divisiones dentro del peronismo, van a continuar siendo peronistas. Eso es indiscutible.

Un esclarecimiento ideológico requiere lógicamente una lucha ideológica, y tiempo. Entonces, primero, para una lucha ideológica, se necesitan condiciones muy especiales: una democracia burguesa restaurada, reconstituida, para que se pueda dar esa lucha ideológica. Y el esclarecimiento que puedan realizar los socialistas, tendrá que ser revolucionario. Y cuando digo revolucionario, excluyo por supuesto a la socialdemocracia. Lo que no quiere decir, claro, que yo esté en contra de la restauración y recuperación de las libertades públicas, individuales, de todas esas condiciones imprescindibles para poder dar la lucha ideológica. Pero yo considero que la socialdemocracia no tiene absolutamente nada que hacer, y menos con la existencia del peronismo.

P.: Se trata de una exclusión que implica toda una definición. ¿Por qué?

D.T.: Porque el peronismo se va a dividir. Pero aun dividido el peronismo y aunque una fracción del peronismo se convierta a la socialdemocracia, no lo hará al estilo de lo que fue el Socialismo Argentino, por ejemplo. Serán peronistas que se manifestarán socialdemócratas, pero al modo que se denominan socialdemócratas aquí, en España, la corriente centrista, la UCD, o el ala derecha del PSOE, o aún los portugueses de Sá Carneiro y compañía. Ellos también son socialdemócratas, pero no en sentido revolucionario, ni gradualmente revolucionario. Es una socialdemocracia de derecha, interesada en mantener el statu quo, interesada en que no se modifiquen las estructuras fundamentales del régimen capitalista.

Entonces, yo creo que un socialismo revolucionario, en Argentina, va a costar mucho esfuerzo y por muchos, muchos años no se va a lograr. Ahora, eso no significa que no haya socialismo, sectores socialdemócratas —que sí los habrá— pero no en el sentido del viejo Partido Socialista. Un sentido que excluye a un socialismo como el de Américo Ghioldi, que es como el de Sá Carneiro, o más a la derecha todavía.

P.: ¿Pero entonces usted cree que esa perspectiva seguirá preñada de antiperonismo? Si usted excluye a toda forma de socialdemocracia, ¿qué alternativa propone, o cree usted que tiene, el socialismo en la Argentina?

D.T.: Bueno, la realidad es que la socialdemocracia en la Argentina ha sido tradicionalmente antiperonista, lo que es inconcebible. No se puede ser antiperonista; yo ya hace mucho tiempo que no lo soy.

De todos modos, un socialismo revolucionario como el que yo describo, requerirá mucho pensamiento, todavía; habrá que pensar en alguna vinculación con los sectores del peronismo más avanzados.

P.: ¿Los Montoneros, acaso?

D.T.: Bueno, . . . , habrá que ver cuál va a ser la posición de los Montoneros, porque están totalmente divididos y con ciertas concepciones que hacen que todavía veamos una nebulosa. Todavía no se puede definir. Yo, por ejemplo, estoy trabajando con gente ex montonera que son marxistas. Esos son sectores avanzados. Yo no quiero poner nombres, por esa nebulosa que le digo. Pero sí estoy convencido de que el camino es el de la vinculación de un movimiento de tipo revolucionario, marxista, que se llame socialista, o no, con las bases obreras, que es obvio que son peronistas en nuestro país. Y es lógico: no se concibe un socialismo sin base obrera, como no se concibe un movimiento revolucionario sin vinculación con las masas.

P.: ¿Debemos entender, de esto que usted dice,

que a su juicio el camino del socialismo es insertarse en el peronismo?

D.T.: No, ni infiltración ni inserción. Significa una coincidencia. No una fagocitación de nosotros al peronismo, o del peronismo a nosotros los socialistas, porque eso tampoco va a poder ocurrir. Pero lo que sí puede ocurrir es que se produzca un acercamiento, o en última instancia un nucleamiento, un entendimiento.

P.: ¿Un frente?

D.T.: Hasta puede ser un frente. Porque hay muchos marxistas independientes, al margen del socialismo y del comunismo, hay muchos marxistas sueltos, importantes. Y la persona, la individualidad, todavía va a jugar un papel importante en la Argentina, queramos o no queramos.

Por ejemplo, nosotros, el Partido Socialista Argentino de Vanguardia, fuimos aliados del peronismo. Yo vine aquí, a Puerta de Hierro, invitado por Perón, e hicimos una alianza, socialistas con peronistas. Porque entendíamos, desde el punto de vista marxista, y revolucionario, que no íbamos a hacer la revolución, o una Argentina socialista, con un grupito de socialistas, de sectores pequeños burgueses radicalizados.

P.: ¿Y ese camino del socialismo en la Argentina, que usted está caracterizando, cómo se manejará frente al camino democrático? Porque hoy casi todos los sectores hablan de democracia, pero quizá las coincidencias no son plenas en cuanto a los contenidos del concepto. ¿Cuál sería su calificación de la palabra "democracia"?

D.T.: Bueno, en principio yo diría lo de siempre. ¿Qué es lo que esperamos? La democracia burguesa, que nos permita realizar lo que nosotros queremos: la lucha ideológica. Si no se dan las condiciones en la Argentina, si no se recuperan las libertades esenciales en el país, se dificultará el espacio para la lucha ideológica. Porque, no nos engañemos, los militares no le van a entregar el país a una izquierda revolucionaria. Se lo van a entregar a un centro-derecha, controlado por ellos, evidentemente. Va a ser una democracia totalmente condicionada, limitada, que

tiene por supuesto un sustento económico indiscutible. Y hay muchos sectores que piden eso, como primer paso: piden la recuperación de la democracia. Lógicamente, para hacer algo, para realizar alguna labor revolucionaria, hacen falta libertades. Si no, hacer una revolución social en el país es imposible, absurdo. Hoy, la correlación de fuerzas está totalmente a favor de la derecha. Ni se puede pensar que esté a favor de la izquierda. La izquierda va a estar proscripta por muchos años. Y el marxismo, no hablemos.

Ahora, cómo va a trabajar la izquierda, el marxismo, en la Argentina, es muy difícil vaticinarlo. Porque no sabemos cómo demonios, ni a qué situación vamos a llegar en el país. Imaginemos, por un momento, que se restablezcan las libertades individuales y públicas —cosa que veo difícil— y que haya libertad para que se pueda dar la lucha ideológica. Bueno, si se da eso, un marco como fue el gobierno de Illia, por ejemplo, dará alguna posibilidad de desarrollar la lucha ideológica. Eso implicará un avance, como sucedió en aquellos años. Se trató de esclarecer a la masa obrera, y se consiguió bastante. Y con alguna eficacia, al punto que con posterioridad se dieron los hechos de Córdoba, o de Rosario, dentro del campo sindical. La lucha ideológica se pudo dar.

P.: Pero yo quiero insistir en el concepto de "democracia". ¿Para usted, entonces, es sólo un medio, un instrumento?

D.T.: Y claro que es un instrumento, nunca es un fin. Lo que es un fin es la democracia social, autogestionaria. Ahí está el contenido que yo le doy a esa palabra. Pero para llegar a la democracia autogestionaria hay que andar mucho, mucho. Incluso hay que terminar con el estado, un poco lo que quieren los anarquistas, pero que el marxismo plantea con la etapa previa de la toma del poder, etapa indispensable, imprescindible.

P.: Pero en esencia, Tieffenberg, todo esto que usted está diciendo, es francamente pesimista, casi diría que utópico.

D.T.: Y claro que soy pesimista; yo no soy muy optimista que digamos, ¿no? ¿O alguien cree que se puede ser optimista, y que en nuestro país, ahora, se dé una revolución de tipo social, con una transformación de las estructuras básicas del régimen capitalista? En absoluto. Yo no soy un iluso, ni soy un ingenuo. Y si creyera en eso, no sería marxista.

A lo más que podemos aspirar, por ahora, es a reinstaurar en lo inmediato la democracia burguesa, la democracia formal, la democracia adocenada, que va a estar controlada. Y eso es lo que yo no quiero.

P.: Pero lo quiere en la etapa.

D.T.: Es que es imprescindible. Porque si se dieran las condiciones para que nosotros pudiéramos hacer la revolución social sin pasar por esa etapa. . . yo no creo en las etapas. Yo creo, en esencia, que es posible llegar a la revolución social sin pasar por la democracia burguesa, y tenemos ejemplos, ¿no? Pero en la Argentina, la relación de fuerzas es tremendamente desfavorable. Baste considerar que allá tenemos a nuestras "queridas" fuerzas armadas, que en la balanza pesan una barbaridad. De modo que la posibilidad del paso directo, en nuestra realidad, es muy difícil que se pueda alcanzar. Pero ojo: no significa que no se pueda dar, que sea imposible. No lo sé, sería demasiado pretender que yo lo supiera.

Porque además, hay que considerar que no podemos analizar la realidad argentina desgajándola de la realidad internacional. Y hoy la dictadura es un engranaje, un pequeño mecanismo, beneficioso para las multinacionales y para el imperialismo norteamericano. Y es evidente que dentro de la política, de los planes de la Trilateral, está jugando un papel. Y ese papel lo juegan los militares, al secundar la política económica de Martínez de Hoz.

P.: Y la Internacional Socialista, ¿qué papel puede llegar a jugar en ese contexto de la realidad internacional?

D.T.: Ah, esa es una pregunta. . . Mire: la Internacional Socialista va a jugar el papel más des-



siglo veintiuno editores

novedades

[CM 74] CHINA DESPUÉS DE LA MUERTE DE MAO TSE TUNG

Charles Bettelheim

[CM 75] NARCISISMO Y SOCIALIZACIÓN Fundamentos psicogenéticos de la conducta social

Igor A. Caruso

EL ESTADO EN LA PERIFERIA CAPITALISTA

Tilman Evers

EL DESARROLLO DE LAS IDEAS REVOLUCIONARIAS EN RUSIA

Aleksandr Herzen

LAS CORPORACIONES TRANSNACIONALES Y LOS TRABAJADORES MEXICANOS

Antonio Juárez

LA TEORÍA DEL SUBDESARROLLO DE LA CEPAL

Octavio Rodríguez

CONTRIBUCIÓN A LA TEORÍA MODERNA ECONÓMICA

Joan Robinson

MOVILIZACIÓN CAMPESINA EN VERACRUZ (1920-1938)

Heather F. Salamini

Solicite información periódica sobre nuestra producción editorial: Siglo XXI Editores, S.A. Apartado postal 20-626

Biblioteca pública Siglo XXI: Ave. Cerro del Agua 248 México 20, D.F.

graciado en esta situación. Porque le va a sacar, al imperialismo norteamericano, las castañas del fuego. El imperialismo y la Trilateral están muy confiados en la Internacional Socialista y en la socialdemocracia.

P.: Y si usted piensa eso de la IS, y en función de la descripción que ha hecho de la socialdemocracia y de lo que usted llama el "socialismo revolucionario", ¿cuál cree, entonces, que es el socialismo posible en la Argentina?

D.T.: El socialismo posible es muy difícil. Porque para mí el socialismo debe ser revolucionario; debe tener una intención, un rumbo revolucionario, que a su vez deben ser consecuencia de la doctrina. Y creo que, con todas las dificultades, eso es posible en la Argentina. Ahí tiene el caso de los chilenos, del Partido Socialista chileno, que para mí es un ejemplo claro, clarito. Por razones personales, no me voy a definir en cuanto a las diferencias que han tenido ahora entre los sectores de Carlos Altamirano y de Clodomiro Almeyda. Yo me refiero al Partido Socialista chileno que era marxista-leninista, que no estaba adscripto a ninguna internacional, que era totalmente independiente frente a los bloques y que se manejaba críticamente frente a ellos, pero lógicamente con una simpatía mayor hacia el bloque socialista.

P.: Pero a mí no me queda claro, al cabo de todo lo dicho por usted, qué relación va a tener este socialismo posible en la Argentina con el proceso democrático que se avecina, sea éste como fuere. Y qué relación va a tener con el peronismo.

D.T.: Bueno, es que esto depende de muchos factores. Habrá que ver cómo es ese proceso democrático, en qué posición se coloca el peronismo. Porque si el peronismo se coloca en una posición de derecha o de centro-derecha, no va a haber relación alguna. Ahora, yo pienso que sí va a haber un peronismo de izquierda, con un cierto contenido marxista. Pero de todos modos, todo esto habrá que verlo en su momento. Es salirse de los marcos del marxismo vaticinar qué es lo que va a ocurrir. Apenas pueden advertirse tendencias.

P.: Pero al menos, para precisar más los términos, ¿podría usted decir cuál sería el tipo de socialismo aplicable a la Argentina?

D.T.: Yo creo que el modelo es el cubano. He estado muchas veces allí, y conozco bien ese modelo. Yo no creo lo que se dice ahora, producto de la propaganda de los medios de comunicación de masas al servicio de las clases dominantes, de que en Cuba ahora hay acritismo y todo eso. No, Cuba es una república socialista, es una democracia pero no a la manera capitalista, y entonces hay que aplicarle una escala de valores diferente. La gente se confunde mucho: mire el caso de Chile, otra vez; ahí Allende aplicó la dictadura del proletariado. Hizo lo que no hizo el nacional-populismo en ninguna parte de América Latina, ni en México, ni en Bolivia, ni en Argentina.

El nacional-populismo expropió exclusivamente al imperialismo norteamericano. Pero Allende, en Chile, expropió en el sector estratégico al imperialismo cualquiera fuera su signo, e incluso a la propia burguesía nacional chilena. Cosa que no ocurrió en ningún movimiento nacional-populista. Y en Argentina lo sabemos. ¿Y qué se hizo en Chile con eso? Se lo puso al servicio del pueblo, se creó el área de propiedad social y el área de propiedad mixta. Y se le dio participación a los trabajadores en la dirección de las empresas y en su administración.

Y la participación de los trabajadores fue distinta, incluso, al que se había dado en algunos países comunistas. Porque, por ejemplo, las asambleas que designaban los delegados a la dirección de la empresa estaban integradas por obreros, empleados, técnicos y profesionales, es decir toda la plantilla de la empresa. Y no el sindicato. Más aún: había una incompatibilidad entre ser miembro de la empresa y ser dirigente sindical. Y eso sin quitarle las otras funciones al sindicato, que propiciaba y fomentaba la participación de los trabajadores y tenía toda una serie de tareas. Era lo que decía Lenin para evitar la burocracia: que los sindicatos debían existir, sí, pero con un rol específico.

Entonces, en Chile, se dio eso para evitar la burocratización. Pero qué faltó: el complemento, la relación de fuerzas. Allende tuvo el parlamento en contra, la justicia en contra, el ejército casi totalmente en contra. La relación de fuerzas estaba para el otro lado.

P.: Pero entonces su propia descripción del modelo es indicativa de la imposibilidad de aplicación de ese modelo.

D.T.: No, porque ese proceso se podía dar, pero a la larga. El proceso chileno se aceleró en gran medida por la acción de la burguesía y del imperialismo norteamericano. Y también hubo algo de presión de las bases. Como ocurrió en Cuba, al principio, cuando al comienzo de la revolución los campesinos fueron a tomar las tierras, y los trabajadores tomaron los ingenios azucareros; y Fidel les dijo: "un momento, un momento, todavía no estamos en condiciones de hacer eso". Y hay que agregar algo más todavía: los medios de comunicación de masas, que están al servicio de la burguesía y del imperialismo. Y en menos de tres años, como estuvo Allende, no se puede quebrar ese poder de la noche a la mañana.

Además, en mi libro *Cuatro revoluciones en América Latina*, yo sostengo que la dictadura del proletariado no se impone así, necesaria, solemnemente, de la noche a la mañana. Puede imponerse suavemente, sin violencia, mientras las clases dominantes no apliquen su violencia reaccionaria. Y sólo cuando ésta se da, es que hay que aplicar la violencia revolucionaria. Y esto es lo que decía también Allende.

P.: ¿Y por qué no la aplicó Allende?

D.T.: Porque no pudo. No pudo. Y el MIR mismo lo reconoció, que la única posibilidad de triunfo que se daba en Chile era dividir a las fuerzas armadas. Entonces, con esa división y contando con el pueblo obrero y campesino, que estaba a su favor, se podía triunfar. Pero si eso no se producía, era muy difícil.

P.: ¿Y por qué no se produjo?

D.T.: Porque no hubo tiempo. Y abrió el factor externo.

P.: Pero, como sea, ¿no cree que todo esto que usted dice indica una limitación a la posibilidad del socialismo revolucionario en América Latina?

D.T.: No, porque todavía no sabemos lo que va a pasar en Nicaragua. Y nadie puede vaticinar lo que va a ocurrir.

P.: Sí, pero ahí la presencia de la Internacional Socialista es muy fuerte.

D.T.: La pucha si es fuerte. Y ése es el gran peli-

gro. Ahí están las declaraciones de Mario Soares, quien dijo que hay que evitar que se radicalice el proceso porque si no el resto de los países de América Latina no van a poder acceder a la democracia.

P.: No puedo menos que insistir: ¿no le parece que se desprende que hay una limitación evidente a la construcción de ese socialismo revolucionario en América Latina?

D.T.: Y bueno, son las condiciones propias de cada país las que van a determinar el camino al socialismo. Pero lo natural es que vamos a llegar al socialismo, en todo el mundo.

P.: Bueno, pero eso es una confianza histórica. No obstante, en los hechos concretos, en lo inmediato y aun en lo mediano, ¿cuál es la posibilidad?

D.T.: No hay ninguna posibilidad. ¡Qué posibilidad va a haber! En la Argentina, aunque ahora los militares dijeran que vamos a volver a un régimen democrático, no digo como el de Cámpora, aunque fuera como el de Illia, tampoco habría posibilidades. Porque incluso Illia estuvo condicionado por las fuerzas armadas, que al final lo voltearon porque tampoco los convenía su política petrolera, porque no quiso mandar fuerzas a Santo Domingo. Entonces, qué posibilidad va a haber.

P.: Su visión es realmente pesimista, casi apocalíptica. ¿Cuál sería, entonces, para concluir, su crítica al socialismo en la Argentina?

D.T.: Pues yo creo que el gran error histórico cometido fue hacerle creer a las masas que no existía otra salida que la salida parlamentaria, la salida electoral. Y aquí crítico a Palacios, a toda la gente, a mí mismo por los cargos que ocupé en el socialismo cuando estuvo unido. Pero creo que tengo un atenuante: que yo siempre me manejé tratando de interpretar el marxismo, al punto que cuando yo combatía Perón, mientras mi partido lo hacía con acusaciones de fascista, yo lo combatía porque él proponía la conciliación de clases. Y como marxista, yo siempre creí, y creo, en la lucha de clases. Y esto es lo que todavía les reprocho a los peronistas, y es lo que me hace desconfiar de todos los que ahora se fascinan con la socialdemocracia. Y aun a los que vienen a descubrir ahora a Gramsci, cuando en realidad Gramsci jamás renegó de la lucha de clases.

P.: Finalmente, Tieffenberg, ¿no se siente muy solo, políticamente?

D.T.: Y sí, estoy solo. Ya le dije: muy optimista no soy. Pero me quedo con la seguridad de que de todo esto podremos sacar mucha enseñanza, una gran experiencia.

Discutir la derrota

Ernesto López

El "hecho maldito" y la maldición del hecho

El 8 de octubre de 1967 ha quedado grabado a fuego en la memoria de toda una generación de militantes latinoamericanos. Desde entonces, la política cubana hacia América Latina vivió un paulatino proceso de repliegue. La OLAS se desvaneció y la agresividad devino prudencia. Sin embargo, el escenario latinoamericano fue testigo de una tendencia de signo inverso. En Centro América, Colombia, Venezuela, Bolivia, Brasil, Argentina, Chile y Uruguay, se mantenían, se iniciaban o se reiniciaban movimientos guerrilleros. Lo que marcó el comienzo del fin de un proyecto para los dirigentes de la Revolución cubana, resultó más bien un acicate para la juventud militante nutrida por las concepciones guevaristas. En lugar de acompañar el repliegue cubano, aquella se mantuvo en sus posiciones. ¿Cómo explicar esta bifurcación de dos elementos que hasta entonces parecían fundidos en el mismo sendero? Sucedió que Cuba tenía sus razones, "de estado" quizá. Y que el Che se había hecho verbo y habitaba ya entre nosotros.

Una indagación sobre las razones de lo que en clave del exilio argentino en México se ha dado en llamar "la derrota", no puede soslayar el análisis del guevarismo y de su prolongación en las teorizaciones sobre la dependencia.¹ Más específicamente aún: el trágico naufragio del proyecto de Montoneros está ligado a la supervivencia de las ideas del Che y a la de ciertas concepciones² que se pusieron en boga a partir de las teorizaciones dependencistas. No es mi intención, sin embargo, efectuar un análisis de la influencia del guevarismo/dependencismo en la guerrilla peronista. Aunque este tema no dejará de estar presente en estas notas, procuro por sobre todo indagar las conexiones entre el movimiento social y el arraigo de determinadas concepciones del Che y de las teorizaciones sobre la dependencia, no sólo en los Montoneros sino también en amplios sectores de la sociedad, en particular la juventud. Parto de la concepción de que los diversos discursos que proponen y sustentan tanto formulaciones teóricas cuanto prácticas políticas específicas, tienen distintas posibilidades de ser escuchados y/o asumidos según: a) su mayor o menor capacidad para dar cuenta de la realidad; b) las condiciones económicas, sociales, culturales y políticas que envuelven a emisores y receptores (a esto es a lo que llamo movimiento social); es decir, según el contexto en que son emitidos.

Son mis tesis, que las ideas del Che sobre América Latina fueron retomadas y —en algunos casos— reelaboradas por las teorizaciones sobre la dependencia. Que ambas tuvieron un impacto significativo sobre amplios sectores del peronismo, sobre sectores políticamente noveles y aun sobre sectores no peronistas que se peronizaron y se radicalizaron. Asimismo, que dicho impacto es solidario con lo que más arriba he denominado el contexto. Es decir, que existían en la Argentina y en el peronismo condiciones particulares para que las concepciones del guevarismo/dependencismo nutrieran discursos políticos que repercutieron de una manera significativa en el sentido de una radicalización y de una peronización que tuvo alcances de masa; esto es, que trascendió el ámbito de la mera militancia. Pero aquellas concepciones no solamente influyeron sobre las organizaciones armadas las que, luego, "enmasarían" sus propuestas. Sino que tuvieron una difusión mas amplia —en la Universidad, en el movimiento obrero a través de la CGT de los Argentinos, en el público lector por intermedio de libros como el de Galeano *Las venas abiertas de América Latina*— que generó algo así como un "caldo de cultivo" a nivel de masas, con independencia de la gestión de las guerrillas. Las propuestas de éstas vendrían a coincidir con —y a formular en un nivel más alto de significación— algo que se encontraba ya como

potencia en amplios sectores de la sociedad. Finalmente, la capacidad de reclutamiento y la receptividad tanto del discurso propiamente político de las organizaciones cuanto de los parámetros doctrinarios guevariano/dependencistas se explicaría por su adecuación con la realidad argentina de entonces. Una Argentina estancada, "desnacionalizada" económicamente desde la caída de Perón, políticamente excluyente, como se verá con algo de detenimiento más adelante. En pocas palabras, en la vigencia de masas de la consigna "Liberación o Dependencia" se conjugaron más elementos —tanto objetivos como subjetivos— que la sola acción propagandística de las organizaciones guerrilleras.

Podría decirse, entonces, que un proceso de "montonerización" afectaba a una vasta porción de la sociedad argentina. Por esto entiendo un proceso de radicalización y de asunción —practicada o contenida— de la violencia ocurrida en el interior del peronismo, o de peronización y guerrillización como fue el caso de las FAR y el de sectores juveniles de reciente incorporación a la vida política. Es, también, una manera de pensar la Argentina y la manera de hacer política en ella. Abarca así a las organizaciones armadas, a sus estructuras de superficie y a los simpatizantes no orgánicos (incluyo aquí a las masas influidas por los primeros), a los intelectuales y a los divulgadores.

Las guerrillas fusionadas en Montoneros, expresaron el más alto nivel de significación política de este proceso que, sin embargo, las excedía y las comprendía. Y del que, por lo tanto, eran al mismo tiempo gestoras y resultado. No pretendo exonerar por este camino a los Montoneros de los cargos que le caben por el fracaso. Al contrario, sostener que "expresaron el más alto nivel de significación política implica decir que efectuaron la síntesis teórico-práctica más elevada del proceso. Y que, por consiguiente, les cabe la cuota más alta de responsabilidad por el fracaso de la fuerza que contribuyeron en buena medida a constituir. Es conveniente, sin embargo, retener la distinción entre Montoneros y "montonerización" (o "montonerismo"). Por las implicaciones autocráticas que inevitablemente acarrea, pero además, porque está en danza una interpretación de "la derrota" que, aunque necesaria, es también insuficiente. Me refiero a la que se expresa, por ejemplo, en un reciente artículo de Bernetti.³ Es cierto, como éste señala, que hubo un menosprecio por parte de los Montoneros del espacio democrático abierto por Perón. Y es cierto también que hubo una fuerte tendencia a la burocratización en dicha organización. Sin embargo, ¿es lo primero responsabilidad exclusiva de la conducción de Montoneros o existía en amplios sectores del "montonerismo" una concepción menospreciante de la democracia que operaba con el vigor de un prejuicio? ¿La burocratización fue impuesta a sangre y fuego por la conducción o estaba legitimada a lo largo de la cadena de cuadros y aun en los encuadramientos de masa? Entonces de nuevo. No se trata de "absolver" a los Montoneros sino de *no satanizarlos*. De no convertirlos en el chivo expiatorio, en el exclusivo culpable del fracaso. Pues los riesgos están a la vista. Por un lado no tener en consideración el "prejuicio" generalizado del que los Montoneros expresaron el más alto nivel de significación. Lo que equivale a privarse del análisis de una de las dimensiones fundantes de "la derrota". Por otro, proceder a una recuperación incólume del "hecho maldito" por la vía de la maldición del hecho, que confunda "la derrota" con la Derrota. ¿Es acaso el naufragio del proyecto de conjunto del peronismo responsabilidad exclusiva de los Montoneros?⁴

Otra cuestión es la que plantea Caletti.⁵ Este propone que existiría un denominador ideológico común tanto a las organizaciones armadas cuanto a las desarmadas. Tal denominador ideológico común, que permitiría hablar de "focos

armados" y "focos desarmados" (¡sic!), pero ambos focos en definitiva, radicaría en una "reconversión del marxismo en una filosofía idealista" (p.18). El origen de este proceso de reconversión estaría en las concepciones leninistas sobre el estado y sobre el partido. Y entre sus difusores más importantes se contarían tanto "el marxismo militante" como la "Academia de ciencias de Moscú" (p.18).

No sabría decir yo a ciencia cierta si el foquismo produce una reconversión idealista del marxismo. Lo que sí sé es que no se puede meter en la misma bolsa a los "focos armados" y a los "desarmados" (uso sus propios conceptos, que como se verá, no comparto). Encontrar una matriz ideológica común a ambos en las concepciones leninistas del estado y del partido no puede hacernos perder de vista las gruesas diferencias que en política *distinguen* —aún hoy— a las organizaciones armadas de las desarmadas. La concepción guevariana (y su prolongación en el dependencismo) se construyó en una profunda controversia con aquellos que sí eran, en esa época, una expresión obtusa del leninismo y una extensión de algo más que la mera Academia de ciencias: la mayoría de los PC latinoamericanos. ¿Debo recordar que dicha controversia condujo virtualmente a la ruptura? ¿Que el único PC que concurrió a las OLAS fue el uruguayo? ¿Que Mario Monje tuvo el descaro de disputarle al Che —previo ofrecimiento de renuncia a su cargo de Secretario general, con lo que dejaba fuera del proyecto a su partido— la conducción de las operaciones en Bolivia? Caletti postula que situarse exclusivamente en el nivel de análisis de las "matrices ideológicas del foquismo" es autoesterilizante (p. 18). Tengo para mí, por el contrario, que lo que es estéril es la búsqueda de una matriz de la matriz: la matriz leninista/idealista de la matriz foquista, igualando en un mismo movimiento "focos armados" y "desarmados". Así, pues, sigue siendo útil para una indagación acerca de "la derrota" la reflexión sobre las características del impacto del guevarismo/dependencismo sobre el "montonerismo", en las condiciones particulares de la Argentina y del peronismo.

Condiciones subjetivas, condiciones objetivas: "el valor de la rebeldía" y las teorizaciones sobre la dependencia

No es preciso esperar a que estén dadas todas las condiciones para iniciar un proceso revolucionario, el foco puede crearlas, estimaba el Che. Prolijo en la descripción y en la explicación de los mecanismos que llevarían a la generación de las condiciones subjetivas —"enseñar el valor de la rebeldía" diría en su mensaje *Al primer congreso latinoamericano de juventudes*— es más bien escueto en la caracterización de aquellas condiciones que estimaba dadas en América Latina: las objetivas. El "subdesarrollo" latinoamericano, ese enano de cabeza enorme, tórax henchido y "miembros que no articulan con el resto de su anatomía"⁶ era, en su opinión, el resultado de la armonización de los intereses del latifundio con los del imperialismo.⁷ Este, además de mantener una "supremacía absoluta" en todo el territorio (o mejor, por lo mismo) operaba una "distorsión" (¡sic!) de las economías de los países subordinados.⁸ Los resultados del subdesarrollo eran, a su juicio: bajos salarios, subempleo, desempleo y explotación. Situación que se resumía en el concepto de HAMBRE DE PUEBLO (así con mayúsculas).⁹ Esta HAMBRE constituía el subseco objetivo que abonaba la posibilidad del desarrollo de las condiciones subjetivas. Es terminante respecto de su convicción acerca de la incapacidad de las burguesías nacionales de llevar adelante una lucha ant imperialista.¹⁰ Caracteriza, además, a los gobiernos de los estados latinoamericanos como títeres, cuando no débiles e impotentes frente al imperialismo;¹¹ dictatoriales en el amplio sentido de que producen una violación sistemática de la legalidad que ellos mismos instauran¹² y a los ejércitos respectivos como mercenarios.¹³ En este contexto, la revolución debería ser socialista en América Latina, y la vía, inevitablemente armada.

El Ché era, qué duda cabe, por sobre todo un hombre de acción. Estos "hilos" de su pensamiento —que coexisten junto a otros que no consideramos aquí: el socialismo, el hombre nuevo— quedaron sin mayor desarrollo. Aparecen en sus escritos más bien como enunciados que como cuestiones problematizadas y analizadas en profundidad. Y es natural, pues sus urgencias eran otras. Sus temas, sin embargo,



EL JUGLAR

LIBROS

DISCOS

PZA. DE LA RUEDA AVE. REVOLUCION 1915

TEL. 548-26-97

MEXICO 20, D. F.

secciones

méxico • américa latina • marxismo
antropología • historia • feminismo
comunicación • psicología • teatro
literatura • economía • lingüística
poesía • sociología • educación

fueron retomados por otros pensadores. Y era natural también que esto sucediera. La teorización sobre las condiciones objetivas no podía quedar relegada. Además de constituir un insumo para el desarrollo de la teoría acerca de cómo precipitar las condiciones subjetivas (esto es, creo, en definitiva la teoría del foco), ésta se desarrollaba en el marco de una polémica con las concepciones tradicionales de los PC latinoamericanos. En este contexto surgen hacia 1965 (la fecha significativa, pues es con posterioridad a que el Che esbozara las líneas de su pensamiento) las primeras teorizaciones sobre la dependencia. O. Ianni publicaba su *Sociología de la sociología en América Latina* y R. Stavenhagen daba a conocer sus *Siete tesis equivocadas sobre América Latina*. Por la misma época André G. Frank, en conferencias realizadas en México, anticipaba las líneas generales de lo que más tarde sería su *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*.

Ciertamente, el dependantismo reconoce otro antecedente sumamente significativo: el de las tesis de la CEPAL. Fundada en 1948, para la época que nos ocupa había desarrollado ya plenamente su cuerpo doctrinario. Quizá las siguientes palabras de A.G. Frank sintetizan bien el papel jugado por las tesis cepalinas sobre las concepciones dependantistas: la CEPAL logró "desarrollar los elementos de un análisis incisivo de los síntomas del subdesarrollo latinoamericano" pero no alcanzó a "realizar un análisis igualmente incisivo de las causas del subdesarrollo y de una estrategia igualmente capaz de superarlo" (curs.: E.L.).¹⁴ Las relaciones guevarismo-CEPAL-dependantismo merecerían ser objeto de un trabajo específico. No puedo ir aquí, empero, más allá del rescate sintético de la relación guevarismo-dependantismo.

Los temas del Che son los temas del dependantismo. La distorsión de las economías dependientes, por ejemplo, por parte del imperialismo, ha sido tratada según sus perspectivas particulares, entre otros, por: A.G. Frank: *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*; T. Dos Santos: *El nuevo carácter de la dependencia*; R. M. Marini: *Dialéctica de la dependencia*; Cardoso y Faletto: *Dependencia y desarrollo en América Latina*; (menciono uno de entre varios trabajos de cada autor). La funcionalidad del "atraso" (el "latifundio" guevariano) respecto del "mundo desarrollado" y sus influencias recíprocas, por Frank, Dos Santos, Marini, (en los trabajos mencionados), González Casanova (a través, v.g., del concepto de colonialismo interno en su *Sociología de la explotación*), para citar sólo a algunos. El tema de la explotación de la fuerza de trabajo latinoamericana, así como la tendencia a la claudicación de las burguesías nacionales, por Frank, Marini, Dos Santos y Bambirra (*El capitalismo dependiente latinoamericano*), entre otros. Lo mismo podría señalarse en relación a los problemas de empleo (otro tema guevariano) derivados de la articulación del "atraso" a las zonas desarrolladas de las sociedades dependientes y del uso de una tecnología industrial capital-intensiva. La conclusión de Frank —compartida en líneas generales por los teóricos de la dependencia— de que desarrollo y subdesarrollo eran las dos caras de una misma moneda, y que por lo tanto y a pesar de su dinamismo posible el mundo dependiente nunca abandonaría su situación de tal dentro del capitalismo,¹⁵ avala el carácter inevitablemente socialista de la revolución latinoamericana.

En el contexto de una discusión que nacida en el terreno de la política se resuma en la oposición entre vía pacífica = reformismo vs. vía armada = revolución, las teorizaciones depen-

dentistas se ubicaban dándole "aire académico" a la vía armada. La Revolución cubana (y las concepciones del Che) resultaron una sacudida para la conciencia teórico-política latinoamericana. Y por lo mismo, una fuente de inspiración. No puede sin embargo decirse que de una manera directa las teorizaciones sobre la dependencia se pusieran al servicio de la teoría del foco. Pero sí se puede proponer, en cambio, una relación de complementariedad en términos generales. No obstante, dado que no había organicidad en la relación entre una y otras y que las líneas guevaristas sobre América Latina son más bien descriptivas, la autonomía de las teorizaciones sobre la dependencia resultaba amplia. Lo que permite explicar —sin ser, empero, una condición necesaria y suficiente— las diversidades internas de dichas teorizaciones.

Guevarismo, dependantismo y "montonerización"

Que el guevarismo y el dependantismo influyeron sobre el proceso de "montonerización" en el plano de la teoría, es un hecho que no requiere de mayores elementos probatorios. La dependencia económica, la dependencia tecnológica y el colonialismo cultural fueron temas del peronismo incluso con anterioridad a la efervescencia de las teorizaciones sobre la dependencia. Estas, no vinieron más que a reforzar las interpretaciones que ya existían como un "ambiente" en el peronismo. A modo de metáfora podría proponerse que así como la "Tercera posición" anticipaba la noción de "Tercer mundo", así también sucedía con aquel "ambiente" y las teorizaciones sobre la dependencia. Sin embargo, no sería ocioso puntualizar algunas condiciones de la Argentina en el período post 1955, que abonaban el terreno de la relación guevarismo/dependantismo/ "montonerización" y el de la masificación de ésta. Por un lado, el proceso de re-sujeción de nuestra economía a los centros hegemónicos del "mundo occidental". Con los resultados consiguientes: la pérdida de perspectiva nacional de nuestro país, la sucesión de proyectos económicos incapaces de resolver los problemas de este nivel, la tendencia a la caída de la participación de los trabajadores en el ingreso, etc. En el plano político, la proscripción del peronismo y la permanente ruptura por parte de los sectores dominantes de la legalidad democrática que ellos mismos pretendían instaurar. La recomposición del bloque oligarquía/imperialismo, a su turno, empalidecía la percepción del rol que podría llegar a jugar la burguesía nacional. Esta era vista sin más como "socia menor" del imperialismo. O sea, que los temas del Che parecían haberse hecho carne en la Argentina de entonces. Por añadidura, la exclusión del peronismo en tanto entrañaba la negación de la vía pacífica y la saña represiva demostrada por los "libertadores", otorgaban credibilidad a la tesis que sostenía que la guerra le había sido declarada al pueblo en 1955. Que la violencia de abajo era justa frente a la violencia de arriba. Completando el cuadro, la Resistencia ofrecía un ejemplo de asunción de la violencia por parte de las masas y, en su momento, Perón mismo legitimaría las "formaciones especiales". Como último rasgo valedero para caracterizar las alternativas de izquierda en general, no sólo peronista, merece destacarse la sistemática claudicación del PC argentino. Si el guerrillerismo se abría paso en América Latina a través de una dura porfía con los PC de la región, el argentino no tenía nada que ofrecerles a quienes pretendieran desarrollar una práctica verdaderamente transformadora.

Tales, pues, en líneas generales, las condiciones de la Argentina y del peronismo que posibilitaron el procesamiento político de las concepciones guevaristas/dependantistas por parte de amplios sectores de aquel, por sectores juveniles de reciente incorporación a la vida política y de sectores que fueron primero guerrilleros (o "duros" en general) para peronizarse con posterioridad.

Quedan, sin duda, temas por desarrollar. Por un lado, sería necesario analizar las peculiaridades que la "montonerización" cosechó de su inserción en el peronismo. Cuestiones tales como la subestimación de la actividad teórica o la pérdida de nitidez en el valor de los principios —cierta ética de la "avivada" que, por ejemplo, explicó a su hora la muerte de Rucci— estarían en relación con las tradiciones peronistas de "libros no, alargatas sí" y de imposición negociación de posiciones en el Movimiento, respectivamente. Por otro lado, valdría la pena prestarle atención al vínculo que existiría entre el desconocimiento del espacio democrático abierto por Perón y la negación de las posibilidades de desarrollo capitalista de la Argentina. Explicar el menosprecio de lo democrático por lo militarista parece insuficiente. Lo democrático era para Perón un instrumento consustancial a un objetivo: transitar una vía de desarrollo capitalista con los mayores márgenes de autonomía posibles. Si tal vía de "capitalismo nacional" era negada, resulta razonable pensar que no se le reconociera mayor utilidad al instrumento. Tanto más si se considera que la "democracia" que conoció toda una generación de argentinos hasta 1973, fue siempre un arma del antiperonismo.

Estos temas, sin embargo, no podrán sino ser objetos de trabajos futuros.

1. Me refiero a aquellas teorizaciones que suelen ser caracterizadas como de la izquierda dependantista, en la que se cuentan nombres como los de T. Dos Santos, R. M. Marini, A. G. Frank, etc. Por otra parte, prefiero hablar de guevarismo antes que de foquismo pues con ello me remito a las concepciones que el Che tenía sobre América Latina más que a sus concepciones militaristas.
2. Tal sería el caso, v.g., del dilema socialismo o fascismo enunciado por Dos Santos, que transmutaba su convicción acerca de las dificultades de los países latinoamericanos para encontrar vías eficientes de desarrollo capitalista.
3. J. L. Bernetti "Izquierda derrota y proceso democrático" en *Cuadernos de Marcha*, núm. 2, México, octubre de 1979.
4. Justo es reconocer que Bernetti previene contra esta segunda posibilidad.
5. R. Caletti "Los marxismos que supimos conseguir", 1ª. parte, en *Controversia*, núm. 1, México, octubre de 1979.
6. "Che Guevara "Cuba: excepción histórica o vanguardia de lucha anticolonialista?", en *El socialismo y el hombre en Cuba*, Grijalbo, México, 1971, p. 30. En adelante todos los escritos del Che citados remiten a esta recopilación.
7. *Ibid.*, "Cuba..." pp. 30 y 31; "Táctica y estrategia de la revolución latinoamericana" p. 152; "Mensaje a la Tricontinental" pp. 138-139.
8. *Ibid.*, "Cuba..." p. 30; "Táctica..." p. 148.
9. *Ibid.*, "Cuba..." p. 31.
10. *Ibid.*, "Cuba..." p. 34; "Guerra de guerrillas un método" pp. 70 y 86; "Táctica..." p. 148; "Mensaje..." p. 133.
11. *Ibid.*, "Cuba..." p. 31; "Táctica..." p. 152; "Mensaje..." p. 132.
12. *Ibid.*, "Guerra..." p. 72.
13. *Ibid.*, "Guerra..." p. 76; "Mensaje..." p. 133.
14. A. G. Frank, "Cepal política del subdesarrollo", cit. por González Casanova "Corrientes críticas de la sociología latinoamericana", en *Nexus* núm. 5, México, mayo 1978. En un sentido similar se expide V. Bambirra *Teoría de la dependencia una antiteoría*, ERA, México, 1978. No habría que despreciar la influencia que sobre el plano teórico tuvieron también las concepciones de P. Baran. Como así mismo, en el plano más propiamente político, la de la revolución argentina.
15. Cabe aclarar que Cardoso y Faletto se distancian de esta coincidencia a través del concepto de desarrollo asociado.

DOCUMENTOS

Inauguramos esta sección con la publicación de textos políticos de Rodolfo Walsh. Si bien una versión de ellos empezó a circular en estos días, la publicación por parte de *Controversia* ayudará a una mayor difusión de los mismos. Y esto importa, porque, al margen de que hayan sido producidos para la discusión interna de una organización determinada, los temas que aborda y las observaciones que hace trascienden los límites de cualquier organización para inscribirse en un ámbito más amplio. Hoy, preocupados por reconstruir nuestra historia, especialmente nuestro pasado inmediato, las reflexiones de Walsh ayudan, sin lugar a dudas, en la discusión que estamos iniciando para entender las causas de una derrota.

Los textos que se publican van precedidos del testimonio, doloroso y lúcido a la vez, de su compañera, Lilia Walsh.

Por otro lado, Nicolás Cassullo emprende un primer análisis del pensamiento político de Walsh.

Rigor e inteligencia en la vida de Rodolfo Walsh

Lilia Walsh

Rodolfo Walsh escribió estos documentos durante el año 1976: son aportes críticos, de alcance estratégico, vinculados con la línea seguida por la organización Montoneros; su propósito era modificar una política que, según él, llevaba al aniquilamiento.

En los años anteriores prácticamente no produjo documentos políticos porque se había entregado de lleno a una militancia que entendía debía ser rigurosa, sin tregua, dados los objetivos que se había fijado la organización político-militar a la que pertenecía. Es decir, el trabajo concreto, cotidiano, requirió de todos sus esfuerzos y tuvo que postergar los enfoques analíticos.

El rigor de ese momento se funda en su concepción de lo que debía ser un proyecto político-militar. Para él, ese proyecto no podía asentarse sólo en la calidad revolucionaria de sus ejecutores, sino fundamentalmente en una correcta comprensión de la fuerza del enemigo y en la elaboración de una estrategia política global.

Toda su actividad estuvo, por eso, dirigida a conocer la inteligencia del enemigo, su estrategia militar y política y, de una manera más abarcadora, su ideología, sus sistemas y las bases en que se asienta su poder. Cuestionaba el idealismo en que muchas veces caían sus compañeros. Un ejemplo, entre otros: a principios de 1975 salió en Evita Montonera una nota cuyo mensaje era que la "tortura es un combate que cada compañero puede vencer". Rodolfo cuestionó esa posición considerándola totalmente idealista porque dejaba al compañero solo en una situación límite, como era la tortura. Pensaba que la organización debía tener un funcionamiento interno perfectamente establecido, de modo que la seguridad del conjunto no cayera exclusivamente sobre la fortaleza moral o física del individuo.

En abril de 1976 escribió un documento titulado "Aporte a la hipótesis de guerra y al plan nacional de operaciones" en el que analizaba el proyecto de su organización. Ese análisis es después retomado en "Curso de la guerra en enero-junio de 1977 según la hipótesis enemiga", escrito en enero de 1977. Este documento que más abajo reproducimos, quedó inconcluso. Ahora bien, en el primero él ya había descrito con claridad la estrategia del enemigo para aniquilar a las organizaciones armadas. Había dibujado un mapa del país e, incluso, había marcado en él las prioridades operativas del enemigo. Fue tal la precisión y el rigor con que logró analizar el avance del enemigo que, cuando en enero de 1977 volvió sobre ese documento de 1976, era asombroso ver cómo había acertado en sus previsiones. Se indignó porque aquel primer documento no sólo no había quedado en un cajón de su escritorio, sino que había sido elevado a sus responsables dentro de la organización, la cual no dio ninguna respuesta.

Si algo caracterizó a Rodolfo fue su coherencia. Integrado a un proyecto político-militar, trató permanentemente de hacer tomar conciencia al conjunto de sus compañeros sobre la racionalidad de la guerra, una lógica, si se quiere una ciencia, que no admitía improvisaciones. Por eso eligió trabajar en el aparato de inteligencia de la organización que él mismo creó y trató de imponer durante años, convencido de que sin la inteligencia no se gana ninguna guerra.

Era un intelectual estricto: si estaba comprometido en una lucha político-militar, se imponía estudiar y analizar el fenómeno de la guerra con un criterio científico; si en su trabajo de inteligencia tenía que ocuparse, por ejemplo, de los sistemas de comunicación propios o del enemigo, estudiaba radiotelefonía; si había que descifrar un texto en clave, aprendía criptografía.

Una vez descartada la posibilidad de triunfo a través del enfrentamiento militar, en él pasa a primer plano la necesidad de una producción política que permitiendo evitar el aniquilamiento corrigiera las concepciones que habían llevado a esa situación sin salida. Los aportes políticos —de los que transcribimos sólo aquellos que lograron salvarse después de su secuestro—, los fragmentos de diario que reproducimos, son algunas de las manifestaciones de esa línea. Como se desprende del encabezamiento de estos escritos, hay que mencionar que en gran parte fueron el fruto de la elaboración colectiva. Su tarea no fue sólo impulsar y estimular el pensamiento crítico de sus compañeros, sino sintetizar las ideas de quienes lo

rodearon, una tarea tal vez más difícil que la crítica individual.

Así como en su trabajo organizativo de inteligencia fue más allá de lo que sus compañeros tal vez estaban en condiciones de entender, lamentablemente sus críticas políticas no pudieron ser oídas: nada tenían en común con una interpretación maniquea de la realidad en la que ésta aparece negada o distorsionada en beneficio de esquemas previos.

Ojalá que estos documentos —que por otra parte han sido ya dados a conocer— sirvan para estimular una discusión seria y profunda sobre fines y medios y contribuyan así a la consolidación de una mayor racionalidad en un proceso dramático en el que todavía nos debatimos.

En los momentos más difíciles, cuando el enemigo intensificaba sus propósitos de aniquilamiento, también se intensificaba en Rodolfo su empeño por encontrar una salida y una respuesta eficaz. El dolor exacerba en él el odio y, consecuentemente, la necesidad de una lucidez implacable: "Tendríamos que ser muy sabios para encontrar la salida correcta", decía. Ante la derrota militar trata de encontrar en el repliegue el tiempo y el espacio propicios para la reflexión: "Tal vez haya que hallar otros medios, otras vías, otras concepciones que nos aseguren el triunfo."

Sus propuestas de repliegue caen en el vacío. A comienzos de 1977, Rodolfo empieza a preparar su propio repliegue. Se trata para él de alejarse del "territorio cercado", Buenos Aires, de recuperar su identidad y, con ello toda su trayectoria personal, de hacerla valer como un arma. Durante años, como miembro de la organización Montoneros había sido un militante más. "Vuelvo a ser Rodolfo Walsh", decía ahora. Su propio nombre, conocido en los medios intelectuales, habría de servirle en esta nueva etapa de denuncia del gobierno militar. La Carta a las FFAA del 24 de marzo de 1977 es el primer documento en el que reaparece su firma. Un hilo que había quedado suspendido en 1968, luego de ¿Quién mató a Rosendo? es recuperado. A tres años de la Carta, y de su secuestro, se puede sentir que ese hilo retomado era y es una línea tendida hacia el futuro.

Concebía su nueva forma de acción política como una producción totalizadora que abarcaba la denuncia, el testimonio, el análisis político o ideológico, el relato literario. Sus "cartas polémicas" —como las llamaba— tenían un objetivo: denunciar no sólo la represión del poder o la política económica, sino todas las otras manifestaciones ideológicas del régimen militar.

Había elegido un estilo para esas cartas, el de la invectiva de los latinos. Por las tardes, en la última casa en que vivimos, solía oírse la voz de Rodolfo recitando, en un tono entre épico e irónico, los primeros versos de La Eneida y la primera invectiva de las Catalinarias. ¡Quousque tandem, Videla, abutere patientia nostra!

Escribía también sus memorias, que había organizado en tres temas: su relación con la literatura; su relación con la política; y un tercero que llamaba "Los caballos". "Los caballos" eran el campo, la tierra, los amigos, la infancia, las mujeres, es decir la dimensión afectiva de su existencia. A su padre lo había matado un caballo. En un galope, el animal pisó una vizcachera, rodó y cayó sobre el padre. La madre y los hijos tuvieron que dejar el campo. Rodolfo tenía 18 años. Solo, para salvar el caballo de su padre, hizo un viaje de 200 km por el sur, desde su casa hasta el campo de un tío donde podía dejarlo. A caballo, en medio de la pampa, su viaje es el símbolo del final de una época.

Para hablar de su relación con la literatura, Rodolfo rescataba su primera experiencia como narrador. Cuando tenía 8 o 9 años, un verano, durante las vacaciones que pasaba con sus padres en el campo, la madre le leyó a él y a su hermano mayor. Los miserables de Victor Hugo. De regreso a su colegio en Buenos Aires —un internado irlandés—, cayó enfermo y lo mandaron por unos días a la enfermería. Allí, cada noche contaba a los otros chicos un capítulo de Los Miserables, las aventuras y desventuras de Jean Valjean. Toma conciencia entonces de la atención y de la expectativa que genera el relato en los demás.

Escribía constantemente. El 31 de diciembre de 1976 fue nuestro último fin de año juntos. Al terminar una partida de GO, a las 12 menos diez de la noche, él se sentó a escribir. Cuando se escucharon las sirenas del año nuevo, se levantó de la máquina. Me abrazó diciendo: "Así quería empezar este año, escribiendo contra estos hijos de puta". Y lo que había escrito era una imagen triste y melancólica de Buenos Aires.

Su último cuento, del que no tengo copia, se llama Juan se iba por el río. Empezaba así: "Juan Antonio lo llamó su madre. Duda era su apellidado, su mejor amigo, Ansinia, y su mujer, Teresa." Al final del cuento, Juan, que ha evocado su pasado, su historia y la historia de su país, sentado en un banquito frente al río, empieza a desprenderse de todo el pasado. Mira hacia la Colonia, del otro lado del río, a donde él quiere ir. Una tarde, las aguas se retiran y el río se seca. Juan monta en su caballo y empieza a cruzarlo. Arriba, los pájaros vuelan en redondo sobre los peces muertos. Cuando en el horizonte se hacen cada vez más nítidas las casitas blancas de la Colonia, las aguas retornan; las patas del caballo empiezan a enterrarse en el fango; su tranco es chapoteo. El río crece oponiéndose cada vez más al avance del hombre y su caballo.

Ese final es para mí una parábola del final de Rodolfo. Él quería llegar a las lagunas del sur de la provincia de Buenos Aires, a esas tierras que recorrió con el caballo de su padre. Como Juan, quería despojarse, pero para alcanzar algo nuevo. Llegar al sur era para él salir del "territorio cercado", triunfar sobre la muerte. El 25 de marzo de 1977 un grupo operativo de la Escuela de Mecánica de la Armada intentó secuestrarlo en una calle de Buenos Aires. Rodolfo resistió con su arma hasta morir.

libros-discos-café-galería

gancini

miguel angel de quevedo 128/130 tels. 548 19 90 / 550 18 84

Textos políticos de Rodolfo Walsh

Aporte a la discusión del informe del consejo

Se hace referencia a los ítems numerados del informe. En aquellos que se saltean debe interpretarse que no han surgido aportes de interés. Algunas de las cuestiones que se plantean han surgido también en el ámbito de oficinas subordinadas.

1.2.2. Situación de las fuerzas populares

Los elementos que se señalan no están numerados en orden de importancia. Debe emprezarse por la situación de las masas, que es de retirada para la clase obrera, derrota para las capas medias y desbande en sectores intelectuales y profesionales.

Dentro de ese cuadro solamente sectores del peronismo sindical—Luz y Fuerza y Portuarios— han conseguido frenar el avance enemigo librando conflictos que terminaron en empate. La posibilidad de tal resultado está dada en ambos casos por la naturaleza crítica de la producción, que es permanente en el caso de los servicios eléctricos y estacional en el servicio portuario (próxima exportación de cosechas). En el caso de Luz y Fuerza debe computarse además la permanencia de una organización reivindicativa de calidad superior.

Los conflictos mecánicos y metalúrgicos carecen en cambio de esa perspectiva por no afectar producciones críticas en la coyuntura recesiva y deben terminar en derrotas a pesar de una superior calidad combativa de los cuadros.

Esto vuelve a poner sobre el tapete la primacía de la infraestructura básica de servicios y de los sectores obreros ligados a ella. Priorizar la industria textil o la administración pública como línea sindical me parece un error; en el primer caso porque al subconsumo recesivo debe corresponder un achicamiento de la industria, y la lucha se da entonces en terreno elegido por el enemigo, del mismo modo librar batalla en la administración—salvo sectores metalúrgicos—es allanar el campo a la ola de despidos que reclama un sector del régimen.

Se insiste, en suma, en la posición ya conocida de este sector del D-I, a saber que mientras dure el actual proceso de retirada la clase trabajadora sólo podrá dar combate en sectores críticos delimitados, que son la producción de energía, la exportación de cereales y carnes, la producción y transporte de combustible, las telecomunicaciones, el sistema bancario y el sistema de computación de datos.

1.4. Situación militar

La descripción de la situación militar del enemigo es correcta, pero la nuestra es incompleta y en algunos pasajes inexacta. Por ejemplo cuando afirma que "nuestro Ejército dio un salto cualitativo" (p.5, línea 1) para reconocer enseguida que "no hemos correspondido al salto de calidad dado por el enemigo" (p. 5, línea 6). Igualmente cuando dice que "hemos aumentado la movilidad" (p. 5).

La lectura del ámbito subordinado de este pasaje deja la impresión de que soslaya la real gravedad de nuestra situación militar y omite datos importantes para su comprensión, por ejemplo porcentajes de pérdidas, territorios evacuados, etc. En consecuencia, ha suscitado desconfianza y malestar.

2.2 Nuestra estrategia en el espacio

El punto principal de la autocrítica es, como dice el informe, "la insuficiencia de nuestra política de poder para las masas" y efectivamente ella se refleja, ante todo, en nuestra actitud frente al peronismo.

Mi opinión, compartida por el ámbito subordinado, es que se ha hecho un pronunciamiento prematuro sobre el agotamiento del peronismo y que de ese pronunciamiento derivaron decisiones de importancia capital que

hoy están sometidas a prueba.

El punto crítico a partir del cual se decretó el agotamiento del peronismo fueron las movilizaciones obreras de julio de 1975 contra el "Rodrigazo". Allí pareció efectivamente que la clase obrera, al combatir contra un gobierno peronista, firmaba el acta de defunción del movimiento peronista. Este análisis omitió dos cosas: una, que sectores de vanguardia de la clase obrera estaban dispuestos a rebozar el peronismo siempre y cuando se diera una dirección de avance contra un gobierno vacilante como el de Isabel Martínez, pero que dentro de esa misma dinámica la clase trabajadora en conjunto, incluyendo las vanguardias, iban a retroceder hacia el peronismo cuando la marea se invirtiese por la presencia militar; otra, el peso efectivo que en tales movilizaciones tuvo la burocracia sindical peronista.

Cabe suponer que las masas están condenadas al uso del sentido común. Forzadas a replegarse ante la irrupción militar, se están replegando hacia el peronismo que nosotros dimos por agotado y la dirección del peronismo se ha visto subrayada por el gorilismo del gobierno. En suma, las masas no se replegan hacia el vacío, sino al terreno malo pero conocido, hacia relaciones que dominan, hacia prácticas comunes, en definitiva hacia su propia historia, su propia cultura y su propia psicología, o sea los componentes de su identidad social y política. Suponer, como a veces hacemos, que las masas pueden replegarse hacia el montonismo, es negar la esencia del repliegue, que consiste en desplazarse de posiciones más expuestas hacia posiciones menos expuestas; y es merecer el calificativo de idealismo que a veces nos aplican hombres del pueblo. En síntesis, creo que el Partido debió, y aún debe replegarse el mismo hacia el peronismo y que la propuesta inversa no es una verdadera propuesta para las masas en esta etapa, aunque pueda llegar a serlo en otra, pero en ese caso ya no se trataría de un repliegue sino de un avance.

Otra línea de análisis que concurrió para decretar el agotamiento del peronismo es la que, también a priori, ha resuelto que en la Argentina asistimos a la "crisis definitiva del capitalismo". Afirmaciones desmesuradas de este tipo proceden, a mi juicio, de una falta de formación histórica. El capitalismo en decenas de países ha sobrevivido a crisis más graves que la actual crisis argentina. Para dar un solo ejemplo, "la crisis definitiva" del capitalismo en Alemania debió enunciarse por primera vez en 1848, y aunque generaciones de revolucionarios reiteraron ese anuncio durante un siglo y cuarto, no se concretó ni siquiera en el período terrible—para los capitalistas—de 1919 a 1923, ni impidió que Alemania hoy sea el modelo de capitalismo.

Naturalmente si nosotros pensamos que la crisis del capitalismo es definitiva, no nos queda otra propuesta política, que no sea el socialismo más o menos inmediato, acolchado en un período de transición, y esa propuesta contribuye a relegar el peronismo al museo. Todos deseáramos que fuera así, pero en la práctica sucede que nuestra teoría ha galopado kilómetros adelante de la realidad. Cuando eso ocurre, la vanguardia corre el riesgo de convertirse en patrulla perdida.

Creo que estos son los ejes de nuestra equivocada estrategia, y que en cambio son secundarias o derivadas las contradicciones masas-parato, interior-Buenos Aires, etc., ya que la resolución de las mismas es materia de ejecución, mientras que los ejes políticos que planteamos son materia de concepción.

Aun esas antinomias, si se toman como subordinantes y no como subordinadas, encierran peligros considerables, y el mayor de ellos es omitir la singularidad de la configuración geográfica, histórica y social argentina, que es su núcleo urbano de 12 millones de habitantes y 60 % de la población obrera, de la que necesariamente—a mi juicio—debe brotar también la singularidad de nuestro proceso revolucionario. Hecho que por ahora apuntamos sin perjuicio de intentar desarrollarlo por separado.

3.1.1. Objetivos políticos para la fuerza propia.

Los objetivos que a mi juicio deberíamos perseguir, surgen de lo que se acaba de expresar y no coinciden con lo que sustenta el documento. Más precisamente, no creo en la factibilidad de construir el Movimiento Montonero a partir del peronismo en este momento ni creo que ese Movimiento vaya a ser otra cosa que una estructura más del Partido Montonero.

Entiendo que Montoneros debe seguir la dirección de retirada marcado por el pueblo, que es hacia el peronismo, y que la única propuesta aglutinante que podemos formular a las masas es la resistencia popular, cuya vanguardia en la clase trabajadora debe ser nuevamente la resistencia peronista, que Montoneros tiene méritos históricos para encabezar. Esta si me parece una propuesta inteligible y aglutinante para las masas porque se funda en su experiencia concreta y en su percepción de la actual relación de fuerzas.

Esto no significa que el Partido vaya a renunciar a sus objetivos estratégicos, su propuesta intermedia de Movimiento Montonero, su propuesta final de poder socialista, su programa a largo plazo, en suma; significa poner la correcta distancia entre esos objetivos lejanos y la dura realidad actual, que no permite a las masas ni siquiera pensar el poder, sino resistir para sobrevivir.

3.2.

Coincidiendo con el grueso de lo que se afirma de aquí en adelante, creo que de esas afirmaciones surge la necesidad de ser aún más radicales en las medidas que se proponen, y que, interpolando las reflexiones anteriores, yo formularía así:

a) Reconocer que las OPM han sufrido en 1976 una derrota militar que amenaza convertirse en exterminio, lo que privaría al pueblo no sólo de toda perspectiva de poder socialista sino de toda posibilidad de defensa inmediata ante la agresión de las clases dominantes.

b) Definir la etapa como retirada en el aspecto táctico, sin fijarles límites temporales. Definir el conjunto del pueblo y en particular al pueblo peronista como terreno donde debe verificarse la retirada.

c) Definir el peronismo y la clase trabajadora como sujeto principal de la resistencia, y a la resistencia Montonera como parte de la resistencia popular.

d) Retirar del territorio nacional a la Conducción Estratégica y a las figuras "históricas" que, independientemente de sus actuales niveles o funciones, son tanto para el enemigo, como para el pueblo, la encarnación de Montoneros, de Juventud Peronista o del peronismo Auténtico, para quitar al enemigo la posibilidad de infligirnos derrotas decisivas al capturarlos o matarlos.

e) Mantener la actual estructura de Partido, asignando a la Conducción Estratégica en el exilio la función de conducir la retirada y a la conducción táctica que permanezca en el país la función de conducir la resistencia.

f) Definir la seguridad individual y colectiva como criterio dominante en la resistencia y elegir la CT con arreglo a ese criterio, flexibilizando los criterios de nivel y acentuando los criterios de compartimentación, desconocimiento por el enemigo y resultados obtenidos hasta ahora en la preservación de las estructuras confiadas a su mando.

g) Ligar la resistencia en forma absoluta a la política de masas, privilegiando en primer término las estructuras militares defensivas (documentación, información, comunicaciones) y las estructuras políticas ofensivas (propaganda, agitación, prensa clandestina y descentralizada en lo interno, prensa internacional).

23 de noviembre de 1976.

Aporte a una hipótesis de resistencia

I. Naturaleza del aporte

Este trabajo se eleva para su discusión en el ámbito partidario. Es el complemento del "Aporte a la discusión del documento del Consejo" y al "Curso de la guerra enero-julio de 1977 según la hipótesis enemiga". Recoge elementos de discusión surgidos en el ámbito propio y en el subordinado.

II. Consideraciones generales sobre la guerra y la resistencia

1. Marcha de la guerra

Se parte de la hipótesis de que la guerra en la forma en que la hemos planteado en 1975-1976 está perdida en el plano militar (ver "Curso . . . etc.") y que la derrota militar se corresponde en el plano político con el repliegue de las masas, que no asumen la guerra porque no vislumbran posibilidades de triunfo en la actual estrategia montonera (ver "Aporte a la discusión . . . etc.).

2. Posibilidad de la resistencia

El fin de la guerra no significa la desaparición de formas significativas de lucha salvo que previamente se haya producido el exterminio de la vanguardia conforme a la hipótesis enemiga para enero-junio de 1977. Si tal exterminio puede evitarse, será posible y hasta cierto punto conducir esas formas significativas de lucha configurando una etapa de resistencia capaz de prolongarse largo tiempo. Un centenar de oficiales dispersos en el territorio, sin otro lazo orgánico que la unidad de doctrina, es suficiente para sostener la resistencia si se cuenta con recursos adecuados en dinero, documentación, propaganda y explosivos. Al analizar esta hipótesis el enemigo habría llegado a la conclusión de que puede tardar hasta dos años en liquidar la resistencia de hasta dos años en liquidar la resistencia de estos "grupos chicos" si las circunstancias políticas le resultan favorables. (C-2)

Lo que diferencia a la guerra de la resistencia es la respuesta a la pregunta sobre el poder. La guerra pone en la orden del día la conservación del poder que se dispone o la toma del poder que se carece.

La resistencia cuestiona los efectos inmediatos del orden social, incluso por la violencia, pero al interrogarse por el poder, responde negativamente porque no está en condiciones de apostar por él. El punto principal en su orden del día es la preservación de las fuerzas populares hasta que aparezca una nueva posibilidad de apostar al poder.

3. Objetivos de la resistencia

La obtención de ese objetivo de supervivencia está ligada a la desaceleración del enfrentamiento militar y a la aceleración del enfrentamiento político a partir del ingreso en el mismo de fuerzas actualmente espectadoras. En un momento como éste la guerra actúa convulsivamente a las fuerzas sociales y políticas del desentimiento, sin que ella misma ofrezca posibilidades de triunfo en sus propios términos, o sea en términos militares. Al librarla recogemos sólo sus desventajas.

Desatar las fuerzas abrumadoramente mayoritarias de la oposición, y aun las del desacuerdo en las filas enemigas, es imposible mientras persiste un estado de guerra que tiende a volverse unilateral y ejemplificador al revés: 10 bajas propias por cada baja enemiga.

Ese objetivo se vuelve posible, en cambio, si el bando perdedor utiliza el "privilegio de la defensa", que consiste en no dar batalla en ese terreno, sustraerse como blanco masivo al accionar enemigo, reclamar por la paz y aunque no lo consiga, demostrar que la responsabilidad de la guerra recae en el enemigo.

En este punto aparece la posibilidad y la legitimación de la resistencia; forma de guerra diluida que, sin fijarse plazos, puede arraigar en el pueblo si le propone formas de acción que estén a su alcance y aparezcan ligadas a su propia supervivencia.

La preservación de las fuerzas populares, incluidas su vanguardia y la liberación de

las fuerzas sociales y políticas del desacuerdo a través de una perspectiva de paz, tiende en última instancia a impedir que el enemigo pueda convertir el triunfo militar en victoria política integral, modelando un tipo de sociedad estable fundado en la explotación.

III. Transición de la guerra a la resistencia

El tránsito de la guerra a la resistencia, que debe asumirse como un retroceso cualitativo cuya alternativa es el exterminio, implica maniobras de gran complejidad, cuyos espacios políticos, organizativos y militares se tratarán de esbozar con el desparejo nivel de procesamiento que permiten el tiempo disponible y las limitaciones personales, que incluyen un déficit de información interna.

1. La maniobra política

1.1. El ofrecimiento de paz

El pasaje a la resistencia debe ser precedido de un ofrecimiento de paz, que al mismo tiempo que reafirme los principios justos de la lucha liberadora, reconozca la derrota militar. Ese ofrecimiento debe girar alrededor de dos puntos mínimos:

1) Reconocimiento por ambas partes de la Declaración Universal de los Derechos Humanos y vigencia de sus principios bajo el control internacional.

2) Reconocimiento por ambas partes de que el futuro del país debe resolverse por vías democráticas.

El primer punto implica por parte del gobierno militar el cese de fusilamientos ilegales y torturas, la publicación de la nómina de detenidos, la vigencia del recurso de Habeas Corpus y el reestablecimiento de la opción para abandonar el país para los detenidos no procesados.

Para Montoneros implica el cese de toda acción militar antipersonal, y el uso de las armas solamente en defensa de la vida o la libertad.

1.1.1. Perspectiva del ofrecimiento de paz

La primera reacción del enemigo ante el ofrecimiento de paz será, seguramente, ignorarlo, pero no ocurrirá lo mismo con los partidos políticos, la iglesia, capas medias, profesionales y empresarios y la opinión internacional. Si la propuesta es energicamente publicitada bajo el lema "La paz es posible en 48 horas", el gobierno militar puede verse obligado a responder formulando las condiciones inaceptables de rigor (rendición incondicional, etc.) que serán rechazadas en tanto no se cumpla con el punto 1 de la propuesta, etc.

Entretanto Montoneros cumplirá unilateralmente una tregua limitada (de 30 a 60 días) durante la cual denunciará cada muerte que produzca el enemigo como una demostración de que es él quien lleva adelante la guerra.

1.2. Llamamiento a la resistencia

Ignorado o rechazado el ofrecimiento de paz, Montoneros se dirigirá al pueblo mediante un documento con los siguientes puntos:

a) Durante siete años Montoneros ha encabezado la lucha del pueblo a un costo terrible de vidas, sufrimiento y heroísmo.

b) Reiteradamente Montoneros ha ofrecido la paz a las FF. AA. como lo demuestran el Operativo Dorrego,¹ las relaciones sostenidas con los generales Carcagno, Anaya y Dalla Tea, las conversaciones con el almirante Massera y las negociaciones con el general Harguindeguy tras la detención de Roberto Quieto.²

c) La paz ha sido de nuevo rechazada por las FF. AA. a pesar de que las condiciones de Montoneros eran mínimas: vigencia de los derechos humanos y de la voluntad popular.

d) Ello demuestra que las FF. AA. no persiguen solamente el exterminio de Montoneros sino la esclavización del pueblo y la supresión de toda forma política democrática.

e) En consecuencia Montoneros, convoca a la resistencia popular y explica en qué consiste.

2. El cambio organizativo

La organización para la resistencia difiere en aspectos sustanciales de la organización para la guerra. Esta última es centralizada, homogeneizada a través del funcionamiento partidario y dependiente de un aparato especializado. La or-

ganización de la resistencia se basa en grupos reducidos e independientes cuyo nexo principal es la unidad por la doctrina (a expensas de la unidad funcional) y que en función de una gran autonomía táctica rescatan hasta cierto punto la "integralidad" del cuadro individual.

2.1. Conducción estratégica y conducción táctica

La conducción estratégica es el Partido y conduce a la retirada desde posiciones que no están expuestas al azar del combate. La conducción táctica dirige la resistencia como maniobra principal en el terreno. (ver Aporte a la discusión, etc.).

2.2. Disolución de estructuras penetradas

Las estructuras penetradas (conocidas) por el enemigo deben disolverse obedeciendo al criterio de que una estructura tiene un plazo fijo de extinción, (ver Curso de la guerra, etc.).

2.3. Reubicación de los cuadros

La reubicación de los cuadros en la etapa inicial de la resistencia obedece al principio de que la obligación central del cuadro penetrado es zafar de la penetración.

La reubicación del cuadro penetrado es requisito de su incorporación a la resistencia y sólo debe considerarse efectiva cuando disponga de vivienda cerrada³ en una zona donde es desconocido, documentación aceptable y cobertura⁴ de trabajo.

El lugar de la reubicación debe ser elegido individualmente para mantener la compartimentación, dentro de zonas prefijadas por la CT del Área⁵ para mantener la posibilidad de políticas zonales de resistencia.

2.4. Reducción de estructuras zonales

La reubicación de cuadros debe ir acompañada de la reducción de las estructuras zonales. La conducción zonal puede quedar reducida a tres miembros; el responsable zonal (oficial mayor) un secretario político y un secretario militar (oficiales primeros).

El módulo de tres se reproduce hacia abajo a nivel de partido y de pueblo o barrio. La reducción numérica debe ir acompañada de una reducción en el funcionamiento con un máximo de una reunión mensual por ámbito a nivel de pelotón y una reunión trimestral a nivel de conducción de zona.

Los cuadros "regenerados" tras un período de reubicación se incorporarán localmente a la resistencia por métodos de reunión preestablecidos.

Ninguna estructura llevará constancias escritas de su funcionamiento, presupuesto, etc. y se fijan topes individuales y colectivos de compartimentación que al ser superados impliquen la disolución del ámbito, la reubicación de los cuadros y su posterior regeneración.

2.5. Reducción del Área Federal

Las secretarías del Área pueden reducirse a tres: Secretaría General (incluye Prensa), Internacional y Conducción Táctica. Las dos primeras funcionarán en el extranjero.

Los servicios del Área se disolverán y su personal y recursos se distribuirán en las resistencias zonales.

La excepción es el servicio de documentación que debe considerarse prioritario ya que de él dependen la reubicación de los cuadros penetrados y la regeneración constante de la resistencia. Por lo tanto debe reforzarse allí donde existe, crearse en las zonas en que no existe, y organizar un servicio central de documentación en el extranjero.

El servicio de finanzas debe asegurar la autonomía táctica de las zonas de resistencia distribuyendo los recursos con gran anticipación y por períodos prolongados (mínimo de seis meses). El esfuerzo prioritario debe ponerse en la reubicación de los cuadros.

La prensa debe descentralizarse a nivel de pelotón de resistencia, conservando a nivel de la conducción táctica *El Montonero* y a nivel de Secretaría General la Agencia Clandestina y eventualmente un órgano doctrinario editado en el extranjero.

El Departamento de Producción debe reestructurarse en función de la resistencia abando-

nando la fabricación de armas de guerra y fabricando y enseñando a fabricar explosivos, caños caseros⁶ y bombas incendiarias.

3. Los métodos de acción

Las líneas de acción de la resistencia son conocidas por el Partido y por el pueblo. Están admirablemente teorizadas en la "Correspondencia Perón-Cooke", a la que nos remitimos.

La línea militar de la resistencia se sintetiza en los siguientes principios:

— Ninguna acción militar que no esté ligada en forma directa inconfundible con un interés inmediato de las masas.

— Ninguna acción militar indiscriminada que impida hacer política en el seno del enemigo o nos quite la bandera fundamental de los Derechos Humanos.

— Énfasis sobre el ataque a la estructura productiva y abandono del terror individual que "desorganiza más a las propias fuerzas que a las del enemigo" (Lenin). El atentado antipersonal debe ser un recurso excepcional resuelto en juicio, cuya comprensión popular exige un despliegue de propaganda muy superior al esfuerzo del atentado mismo.

— Énfasis sobre "los millares de pequeñas victorias" más que sobre las operaciones espectaculares en que se fundamentan las grandes represalias.

— Propaganda infatigable por medios artesanales. Si las armas de la guerra que hemos perdido eran el FAL7 y la Energa⁸ las armas de la resistencia que debemos librar son el mimeógrafo y el caño.

2 de enero de 1977

Curso de la guerra en enero-junio de 1977 según la hipótesis enemiga

1. Origen

Este trabajo ha sido redactado por JS, previa discusión con sus dos oficiales, desaparecidos en diciembre. Se funda en información disponible tanto en el Sector como en el Departamento.

2. Situación militar a fines de 1976

La situación militar en diciembre de 1976 coincide, en términos generales, con las previsiones que hizo el Sector el 12 de abril en un papel titulado "Aporte a la hipótesis de guerra y al plan nacional de operaciones", y está reflejada en el mapa núm. 3 de ese aporte.

Durante 1976 el enemigo cumplió todos los objetivos de la Fase 2 de su plan de operaciones y pasó a la Fase 3 con varios meses de anticipación sobre lo que él mismo preveía.

Las correcciones que habría que hacer al mapa 3 son pocas y todas favorables al enemigo. Córdoba ha dejado de existir incluso como foco aislado. El enemigo irrumpió en Zona Paraná rompiendo la continuidad del eje Rosario-La Plata, Zona Norte y La Plata están sometidas a un cerco creciente.

En definitiva el enemigo ha resuelto en 1976 el aspecto territorial de su guerra y encara en 1977 la liquidación del aparato partidario.

3. Objetivo de la Fase 3, enero-junio 1977

El plan de operaciones enemigo en este período apunta a los siguientes objetivos:

a) Destrucción de las Conducciones nacionales del Partido (CN y Secretaría Nacional).

b) Destrucción de los aparatos federales de finanzas, documentación, información y logística.

c) Eventual destrucción de los secretariados zonales de Buenos Aires y Rosario.

El sector estima que el enemigo cuenta con suficiente inteligencia acumulada sobre la fuerza propia como para alcanzar sus objetivos en proporciones que oscilan entre el 60 y el 90 %, sin que deba descartarse un acortamiento del plazo que analiza.

4. Descripción de la inteligencia enemiga

El rasgo principal de la inteligencia enemiga es el análisis estructural. Lo determinante es el conocimiento de nuestra estructura en sus aspectos político, ideológico, organizativo espacial,

temporal y relacional, partiendo del supuesto de que conociendo los objetivos que persigue el adversario, virtudes y debilidades de sus cuadros, cadena de mandos, asentamiento zonal, funcionamiento y comunicación, se sabe lo necesario para destruirlo si se cuenta con superioridad de fuego y movimiento.

Dentro de esta concepción, la tortura, la delación y la formación de agentes conversos deben calificarse como procedimientos o técnicas de búsqueda, y no confundirse con el método principal. La cita cantada y la casa que cae son "accidentes lógicos" que derivan naturalmente del análisis estructural y en progresión geométrica con la inteligencia acumulada.

inconcluso

2 de enero de 1977

Cuadro de situación del enemigo militar a comienzos de 1977

1. Durante 1976 el enemigo cumplió todos los objetivos de la Fase 2 de su plan de Operaciones, pasó a la Fase 3 y se apresta en 1977 a realizar la Fase 4 que denomina de exterminio.

2. En el último trimestre de 1976 el número de muertos en el campo popular osciló entre 200 y 300 por mes.

3. Tras el aniquilamiento de la conducción del ERP en julio, el enemigo concentró su esfuerzo en Montoneros. A partir de fines de septiembre logró la destrucción de su Secretaría Política Nacional, conducciones zonales de La Plata y Norte, y muerte de un miembro de la CN. Asestó fuertes golpes a las conducciones zonales de Sur, Oeste, Capital y estructuras de Prensa e Informaciones de AF.⁹ En el mismo período se produjo la caída de numerosos oficiales, aspirantes y soldados.¹⁰

4. La inteligencia enemiga ha avanzado hacia un tipo de análisis estructural que le permitirá en grado creciente la búsqueda de estructuras prioritarias de conducción o del aparato federal. El conocimiento de la propia estructura le permite la selectividad de los blancos y el volumen de caídas y confesiones obtenidas por tortura facilita una renovación constante del ciclo de inteligencia.

5. El presupuesto de guerra, superior a los mil millones de dólares anuales es el más alto de la historia. La PPBA¹¹ ha sido reequipada mejorando notablemente en movilidad y armamento. La PF¹² ha dado un salto cualitativo en su sistema de comunicaciones con la incorporación del sistema DIGICON.¹³

6. El enemigo no experimenta carencia de personal y no ha necesitado apelar a reservas tácticas o estratégicas. Los planes de reclutamiento de PF se cumplen con anticipación.

7. La propaganda militar enemiga dispone de todos los medios de difusión, que utiliza para pregonar el aislamiento de la guerrilla y su próximo aniquilamiento, y para ocultar el fusilamiento de rehenes disfrazado como enfrentamiento.

8. La moral de combate enemiga se ve realzada por la certidumbre general de que el triunfo sobre la guerrilla está próximo.

9. La evaluación sintética de esos elementos es que la situación militar enemiga es la mejor desde que en febrero de 1975 las FF. AA. asumieron la conducción directa de las operaciones. La aparición de contradicciones entre ellos gira sobre políticas a seguir después de la derrota de la guerrilla que sigue siendo el factor unificador.

10. Curso probable de acción enemiga, enero-junio 1977

— El enemigo iniciará sin dificultades la Fase 4 de su Plan de Operaciones lo que en términos generales significa una intensificación global de su ofensiva con vistas al triunfo antes de junio.

— En relación con la propia fuerza, el plan de operaciones enemigo apunta a la destrucción de las Conducciones Nacionales del Partido, aparatos federales de Finanzas, Informaciones, Logística y Documentación, y conducciones zonales del Área Sur y Rosario.

Esta estimación del Departamento de Información no coincide enteramente con el panorama militar del último documento del Consejo ni con la estimación de CN¹⁴ que llega a través de SN¹⁵ según la cual la ofensiva enemiga, estaría llegando a su fin.

1. Operativo conjunto de acción cívica entre los Mon-

toneros y el Ejército Argentino, desarrollado durante el gobierno de Cámpora.

2. Miembro de la conducción nacional de Montoneros, secuestrado en diciembre de 1976.

3. Compartimentada, "tabicada", es decir desconocida por el resto de los miembros de la organización.

4. Trabajo real, o justificación real para los cuadros profesionalizados.

5. Conducción Táctica del Área.

6. Bombas de fabricación artesanal.

7. Fusil automático liviano, de dotación regular en el Ejército Argentino.

8. Granada de fusil.

9. Área Federal, estructura centralizada dependiente de la conducción nacional.

10. Diferentes grados dentro de la estructuración jerárquica de la Organización Política Montoneros (OPM).

11. Policía de la Provincia de Buenos Aires.

12. Policía Federal.

13. Sistema de computación de dígitos, utilizado por la Policía Federal como forma de control de la población a través de la documentación.

14. Conducción nacional de la OPM.

15. Secretariado nacional de la OPM.

Reflexiones sobre la situación partidaria

El objetivo de este trabajo es presentar algunos puntos de vista, no suficientemente sistematizados, sobre la etapa que vive nuestro Partido. Probablemente aparecerán en ellos algunas divergencias o por lo menos algunas dudas sobre la línea política y militar, e incluso sobre el método de análisis que la sustenta. Situarlos por escrito no debe entenderse como una forma de cuestionamiento sino de diálogo interno.

Los métodos de análisis

La línea del Partido y los documentos que la expresan en los últimos 18 meses revelan, a mi juicio, una fuerte influencia del pensamiento maoísta en el aspecto político y de la doctrina de Clausewitz, en el aspecto militar. Obviamente no se trata de cuestionar la utilidad de instrumentos que reposan en las experiencias fundamentales, sino de verlos como productos históricos. De esa visión surge la necesidad del propio producto histórico.

Establecida esta necesidad aparece lo que a mi juicio es la principal falencia del "pensamiento montonero", que es un déficit de historicidad.

Este déficit no estaba en la mente de los compañeros que para darle un nombre a la organización acudieron a la historia argentina (y latinoamericana) que va de 1815 a 1870. Esa visión inicial, sin embargo, se agotó en sí misma. En los actuales documentos montoneros apenas figuran referencias de historia argentina anteriores a 1945, ni siquiera a los propios caudillos montoneros.

Creo que en ese vacío histórico subyacen las "leyes" de la toma del poder en la Argentina y que esa determinación es más fuerte que las que surgen de cualquier otro producto histórico, ya que es la determinación espacial y temporal concreta que nos corresponde a nosotros.

Hay dos fallas del pensamiento de izquierda en las que recae, a mi juicio, el pensamiento montonero cuando analiza su problema central, que es la toma del poder. Una, privilegia las lecciones de la historia en que la clase obrera toma el poder y desdén a aquellas otras en que el poder es tomado por la aristocracia, por la burguesía. Ni Marx ni Lenin procedieron así. Ambos dieron a la toma del poder por otras clases un carácter ejemplar. La segunda falla deriva de la primera, y remite al punto de partida, a saber, la historicidad de nuestro pensamiento. Puesto que las lecciones de historia en que la clase obrera toma el poder se dan solamente a partir de 1917 y solamente en otros países, ese es el nivel cero donde empieza nuestro análisis. Un oficial montonero, conoce, en general, cómo Lenin y Trotsky se adueñan de San Petersburgo en 1917, pero ignora cómo Martín Rodríguez y Rosas se apoderan de Buenos Aires en 1821.

La toma del poder en la Argentina debería ser, sin embargo, nuestro principal tema de estudio como lo fue de aquellas clases y de aquellos hombres que efectivamente lo tomaron. Perón desconocía a Marx y Lenin, pero conocía muy bien a Irigoyen, Roca y Rosas, cada uno de los cuales estudió a fondo a sus predecesores.

Walsh y su pensamiento político en 1976

Nicolás Casullo

Los cinco textos que se publican fueron escritos por Rodolfo Walsh entre agosto de 1976 y enero de 1977. A diferencia de otros trabajos suyos, éstos no fueron concebidos para aquel amplio público que, en tantas ocasiones, se conectó con sus artículos periodísticos, con sus libros de denuncias, con sus cuentos.

Estos documentos en cambio tuvieron un carácter *orgánico*, formaron parte de la vida de la organización guerrillera Montoneros. Fueron pensados por lo tanto para un destinatario preciso: la conducción de dicho partido. Buscaron describir, con la urgencia de todo escrito intrínseco a la militancia, una coyuntura que exigía capacidad de síntesis y, sobre todo —como Walsh lo consigue—, imprescindible riqueza conceptual en cada síntesis.

Al mismo tiempo, son textos resultantes de discusiones: planteos asumidos por Walsh y redactados desde su particular manera de sentir la lucha de un pueblo y de integrar la palabra racionalizadora a ese sentimiento.

Una de las importancias de estos textos, es que exponen las gruesas equivocaciones cometidas por una política y, desde esa mirada, de muchas maneras vislumbran su disolución. Otra de sus trascendencias —como documentación para una historia— reside en que esta visión de Walsh no es la que prevaleció en la vida interna del montonismo. Pero, como otros testimonios que registran discusiones de este tipo, esta suerte de "dobles derrotas" que sufre un pensamiento, atesora [de] los elementos más valiosos para comprender el por qué de un proyecto político vendido.

En su postura crítica, Rodolfo Walsh habla desde un espacio de pertenencia: es montonero. Es integrante de una perspectiva, a la cual analiza en sus errores y ceguerras, sin poner centralmente en cuestión los fundamentos con que se instituyó la alternativa foquista en el proceso nacional.

Desde nuestro presente y a partir de esta última peculiaridad, es posible inferir, en muchos de los párrafos, la tensión político-existencial de su pensamiento. Walsh escribe para persuadir, no para historiar un pro-

ceso. Escribe para que se corrijan formulaciones, para señalar incertidumbres. Escribe descarnadamente, pero desde un compromiso al no pone en tela de juicio. Desde la conciencia crítica, elige otra vez su esperanza.

Sus frases se deslizan, entonces, por esa difícil *frontera* que conecta y al mismo tiempo separa su pensamiento político personal —hijo de historias y saberes propios— y la fidelidad a una causa que dolorosamente ve derrumbarse.

Los textos de Walsh remiten, entre otros mensajes, al desgarramiento intelectual del que los escribe: instancia dramática en una vida política, en la más objetiva significación de estas palabras. Walsh opta por no renegar de su experiencia ni de su capacidad teórica, en una encrucijada donde lo predominante, quizás, era el voluntarismo de las conductas obedientes: donde lo que se procuraba, en lo organizativo, era la subordinación del pensamiento cuestionador a una idea de cohesión mítica.

A partir de esta capacidad salvaguardada, lo que critica Walsh no son equivocaciones de "ejecución" sino de "concepción" para la etapa. Lo que denuncia del proyecto es "omitir la singularidad" nacional en sus decisiones. Lo que define es "la derrota" en pleno apogeo de documentos que hablan de próximas victorias. Lo que reclama es "la preservación de cuadros" para cuando el pueblo produzca sus alzas en la lucha. Lo que propone es "la paz" frente a los insensatos declamadores de la guerra. Lo que exige es "hacer política" desde las masas y "el abandono del terror individual". Lo que postula es alentar "las vías democráticas". Lo que plantea, para retener los sueños estratégicos, es reencontrarse con el pueblo peronista: con un nuevo tiempo, de esa extensa resistencia en la cual el propio Walsh aprendió casi todo.

Estos textos de Walsh buscando infructuosamente *otra historia* para la guerrilla, se transforman —desde una lectura que los incorpora cuatro años más tarde— en partes de una radiografía del fracaso del montonismo en el proceso nacional. Se vuelven, por la importancia de los temas a los que Walsh alude, en materiales para un juicio lapidario sobre la concep-



ción foquista en la Argentina, a elaborar política y colectivamente.

Walsh escribe en circunstancias en que el vanguardismo armado sufre el aniquilamiento militar, pero sus propios datos y opiniones patentizan una derrota previa y mucho más decisiva, de carácter político. Un derrumbe de concepciones que se venía dando como paulatino proceso, en el marco de la desarticulación general del proyecto popular.

Por encima del propósito con que fueron elaborados en 1976, la publicación de estos fragmentos apuntan hoy a un destinatario distinto. Walsh los redactó para una conducción que sepultó su pensamiento en el desván de lo prescindible o inoportuno. Por eso, encontrarse ahora con estos textos, se convierte en un hecho significativo: el rescate de las ideas de un hombre que vive la política como recreación, sin soberbias y sin necesidad de hablar desde "mandos naturales". Los escritos de Walsh reformulan entonces su valor: pertenecer a muchos. Y en una realidad de precaria reflexión que la nos circunda, sus argumentos aparecen como uno de los primeros y pocos aportes de análisis para ir comprendiendo lo sucedido.

NUEVA SOCIEDAD



Envío a ustedes la cantidad de _____

importa de mi suscripción a "Nueva Sociedad" por seis números, a partir del número _____
Pago mediante cheque bancario a la orden de "Nueva Sociedad" o giro postal.

Seis números: US\$ 10 o su equivalente en moneda nacional.

Nombre _____

Dirección _____

DIRECCION Y REDACCION:

Dr. Karl-Ludolf Hubener (Director)

Adjuntos a la Dirección:

Diana Maggiolo

Daniel González

DIRECCION, REDACCION Y DISTRIBUCION:

Apartado 61712. Chacao. Caracas 106.

Venezuela

Oficinas: Edif. IASA. 6o. piso Of. 602.

Plaza La Castellana

Teléfonos: 313189 313397 329975 320593

Télex: 25163 ILDIS. Cables: ILDIS-CARACAS

Caracas. VENEZUELA.

SUSCRIPCIONES:

Apartado Postal 874. San José. Costa Rica

Oficina: Edificio Plaza Artillería. 6o. Piso

Teléfono: 22-62-69

San José. COSTA RICA.

Suscripción 1978

6 Números US Dólares 10.

© by Editorial Nueva Sociedad Ltda.

San José. Costa Rica

Impreso en los talleres de Italgraf. S. A.

Bogotá. Colombia

Printed and Made in Colombia. 1978.

Edición al cuidado de

Ediciones Internacionales S.R.L.

Apartado Aéreo 91373 Bogotá. 8 - Colombia

Juicios y responsabilidades: ¿Pero, quién nos quitó la democracia?

Javier Roberto Eliecer

En los años posteriores al golpe de estado de 1955 que puso fin al gobierno peronista la palabra democracia se convirtió automáticamente en una contrasena negativa para el movimiento popular. El peronismo había enfatizado desde el poder la defensa de la soberanía nacional como una de sus banderas principales, pero la gestión pluralista y abierta del proceso político nunca fue lo suficientemente intensa como para que durante el ejercicio del gobierno y luego en el exilio pudiera disputar el patrimonio de la palabra *democracia* al régimen militar que se prolongó hasta 1958 y a los que lo sucedieron años después.

En las naciones de sistema capitalista y régimen liberal de Occidente el peronismo sigue siendo caracterizado como una "dictadura" y el general Juan Perón aún es conocido como un "dictador", tal como se patentizó recientemente con el llamativo éxito del musical *Evita* en Londres, Los Angeles y Nueva York. ¿Seguirá siendo esto el producto de un gigantesco equívoco mundial, 21 años después de aquella caída del primer gobierno peronista?

Si bien aquella inicial experiencia significó para el país en general y para el sector obrero industrial en particular el mayor y más amplio ejercicio de soberanía popular que se hubiera producido en la Argentina desde el nacimiento de la República, el peronismo sigue siendo conocido décadas después como una dictadura totalitaria. Hasta tal punto los peronistas y los intelectuales del movimiento popular asumieron la caracterización y no creyeron indispensable cuestionarla que ambos juicios fueron irresponsablemente incorporados al vocabulario propio, abandonando un ancho terreno de reivindicación y aceptando voluntariamente un apelativo que endilgaban las fuerzas conservadoras e incluso amplios sectores democráticos de la clase media.

Es cierto que los 18 años de lucha contra la proscripción colocaban al peronismo de una manera directa como víctima de la falta de democracia política de la sociedad argentina. Ningún intento, ningún experimento y ninguna combinación alentadas por fuerzas no peronistas que trataran de integrar, neutralizar o suprimir a la expresión política del movimiento popular podía desarrollar perfil democrático legítimo en la medida en que edificara sus supuestos sobre la anulación de los derechos constitucionales de la mayoría de los argentinos.

Es cierto también que en 1973, luego de las grandes jornadas electorales del 11 de marzo y del 23 de septiembre,¹ la opinión pública mundial comenzó a tomar conciencia de que en la Argentina había recuperado el poder una fuerza política popular proscripta durante casi dos décadas, pero sin embargo nunca extinguida sino, al contrario, crecida en la adversidad.

Pero pese a sus antecedentes conocidos (el peronismo ganó el gobierno en 1946 en elecciones libres y en los años subsiguientes toleró a una minoría que ocupaba posiciones en el Congreso) y pese a que desde 1955 fue sucedido por una seguidilla de regímenes castrenses o gobiernos civiles minoritarios, el peronismo nunca logró despojarse de la etiqueta de antidemocrático y totalitario al cual no solamente lo condenaron sus enemigos de la izquierda (los comunistas, por ejemplo), sino también su propia y fatal renuncia al ejercicio y a la defensa activa del concepto de democracia y a lo que ese concepto significa.

Como ha sucedido con numerosas experiencias en el resto del mundo,² se fue afirmando que la lucha contra la adversidad, el combate contra el enemigo político, requería un alto grado de centralidad y verticalismo. La función dirigente de Perón, que tuvo un papel relativamente específico durante su primer gobier-

no (1946-1952), fue así exaltada, extremada y finalmente vaciada de contenido.

Hoy es necesario admitir con generosidad que, si bien las fuerzas populares enfrentaban enemigos poderosos, articulados bajo la forma de dictaduras militares, y por consiguiente ello exigía una dirección unificada para luchar por la recuperación del poder, gran parte de ese proceso estuvo caracterizado por una inútil cesión de la soberanía popular y un inconsciente abandono de la responsabilidad política que suponía consolidar una amplia participación popular en la conducción del estado.

Lo más asombroso es que los intelectuales que supuestamente otorgaban comprensión o racionalidad al proceso hicieron mucho más que las propias masas por acentuar —por encima de lo necesario— el marco no democrático en el cual se desenvolvía la relación de Perón con el pueblo peronista.³

La verticalidad absoluta, la "orden", la "cinta grabada" y toda la parafernalia acompañante de un manejo de tipo cesarista del Movimiento no siempre tuvieron que ver con los deseos, las aspiraciones y —mucho más importante— con la propia práctica de la gente. El voto en blanco de 1958 y la dispersión relativa del voto peronista en 1963, así como numerosas experiencias parciales en las provincias eran suficiente evidencia de que el pueblo peronista era mucho más discriminatorio y alerta de lo que pensaban aquellos que invocaban supuestos mandatos "de la base" para tronchar todo reclamo de democracia y participación.

La falta de vocación democrática que se halla en los orígenes de la experiencia política moderna de la Argentina fue agravada, consolidada y hasta exaltada por los totalitarios de derecha y los foquistas de izquierda que alegaban diferentes razones para identificarse en el común llamamiento a la autoridad fuerte y a la ausencia de juego libre y plural de pensamientos divergentes.

Pereza intelectual

La actitud perezosa de la intelectualidad peronista y de aquella que no siéndolo se sumó al peronismo era halagar a la autoridad de Perón cuando ésta convergía con sus intereses y en criticarla cuando se volvió contra ellos. Si bien ya desde mediados de la década de 1960⁴ la izquierda peronista fue articulando su propio discurso de diferenciación de Perón, la identificación anterior la llevaba a caracterizar como "traición" aquello que no era sino consecuencia natural del pensamiento, la práctica y las posibilidades de Perón.

En medio de su tenaz pero honesto romanticismo, los "peronistas de base" tenían al menos en aquella época la enorme ventaja de no mitificar a Perón ni al Movimiento, aunque esa virtud fuera a menudo apunhalada por una suicida inmersión excluyente en-la-clase y la consecuente crónica incapacidad para generar políticas factibles.⁵

El peronismo había reaccionado con fuertes arrebatos democráticos cuando se negó a votar por otros partidos en las elecciones constituyentes de 1957, en lógica respuesta a la proscripción de la mayoría. Ese debería haber sido el momento histórico ideal para apoderarse de las banderas y la mitología de la democracia y no abandonarla jamás. Cuando Perón pactó en 1958 el apoyo a Arturo Frondizi hubo sustanciales columnas del justicialismo que no avalaron esa política y se rebelaron contra ella. Aún no había sido creado el vocablo "verticalismo" y a nadie le parecía un pecado mortal manejarse políticamente de modo diverso al de Perón.

A medida que pasaron los años y la no existencia de una democracia política se fue ha-

ciendo algo crónico para los argentinos, las élites políticas y las vanguardias intelectuales abandonaron por completo un discurso serio y una lucha comprometida por la democracia. Las diversas facetas y variantes del autoritarismo y el totalitarismo crecieron y se afincaron, aun en aquellos que decían portar consigo las banderas de un mundo nuevo y de una reestructuración total de la sociedad.

Raíces del antidemocratismo

Que la llamada "nueva izquierda" surgida en la década del '60 fuera por naturaleza elitista y excluyente no fue, por lo tanto, sino una consecuencia natural previsible de una situación social y un clima político-intelectual en el cual la democracia había sido efectivamente relegada a la categoría de "lujo" y donde, paradoja de paradojas, la derecha podía pavonearse con ella y con sus postulados sin renunciar a la protección de un *statu quo* fundamentalmente antidemocrático.⁶

No podía preocupar, o sorprender, que los totalitarismos cuya armazón doctrinaria era conservadora fueran por definición antidemocráticos. En cambio, las izquierdas argentinas no quisieron advertir, ni les importó tener una sólida autoconciencia de que eran ellas quienes debían recuperar y enriquecer los postulados de la democracia liberal, pero no aplastándolos o ridiculizándolos, sino protegiéndolos para poder así ampliarlos.

Durante un largo período de la historia reciente del país protagonistas centrales de coyunturas del momento parecían asumir con inocultable alegría la identificación que sus aliados les concedían, sin cuestionar la abismal ubicación que eso significaba. "Formaciones especiales", por ejemplo, fueron las palabras que Perón reservó para identificar a los grupos guerrilleros, a los cuales así, y desde el vamos, los cercenaba toda posible autoconstrucción como organizaciones políticas. ¿Por qué razón habrían de asumir esa identidad los guerrilleros? La única explicación es un profundo, a menudo poco consciente y casi tácito, consentimiento del carácter verticalista, autoritario del peronismo.

Democracia en el peronismo

Hubo brotes y experiencias, muy parciales y muy restringidos, en los que fuerzas progresistas se plantearon experiencias de desarrollo democrático en la base social, apelando para ello a una tarea de organización popular de largo aliento y ancho espectro. Pero durante muchos años, hasta la debacle del '76, la marcha hasta ese desenlace estuvo signada por un paroxismo azulado por las fuerzas de izquierda, convencidas profundamente de que la crisis argentina no podía sino desarrollarse y definirse en términos de confrontación de autoridad y de aparato.

Si la democracia era inviable, remota y —en definitiva— poco útil, era necesario construir esquemas de concentración de poder que no fueran otra cosa que la contrafigura del proceder del enemigo. De allí el partido leninista, el ejército vietnamita, el frente argelino; toda experiencia ajena era valorada y estudiada, sobre todo si en ella había rasgos de concentración de poder y de cuestionamiento simétricamente frontal al poder del enemigo.

Cuando ese enemigo fue a la guerra en serio y demostró que era capaz de llevar a la práctica aquello que predicaba (1976-1979), el nuevo poder recurrió a la divertida paradoja de identificarse con el retrato de sí mismo que le asignaban sus rivales. Si la "guerra sucia" de los guerrilleros fue la respuesta a la "revancha gorila" de los años anteriores, la "guerra contra la subversión" habría de ser la respuesta del poder militar a sus adversarios. Considerado en su conjunto, el drama argentino parece hegemonizado por fuerzas que aun cuando conservan diferencias sustantivas muy obvias, tienen la desgracia de conculgar en criterios autoritarios, violentos y fatalistas.⁷ No puede olvidarse que en los primeros años de la década del '70 decenas de millares de jóvenes argentinos recorrieron las calles del país pidiendo la muerte de aquellos que no pensasen como ellos e incluso de quienes, dentro del llamado "campo del pueblo", discrepaban tácticamente con esta o aquella circunstancia.

El abismo de la intolerancia

La intolerancia no quedó circunscripta sino que fue alentada a desarrollarse, el exclusivismo se convirtió en patente de corsario, la violenta em-

bestida por el control de los aparatos reemplazó a la persuasión y al discurso político. En los meses turbulentos de 1973 para los Montoneros era una cuestión de prestigio y de poder obtener de cualquier manera la primera fila de una concentración popular desde la cual enarbolar sus banderas, no importa cuántos atropellos fuera necesario consumir para que eso sucediera. Lo sugestivo de todo este proceder es que para los Montoneros no sólo era importante que sus banderas estuvieran delante de otras, sino que impresionasen al "líder" como las más grandes, o las únicas, y que las otras quedaran cubiertas o relegadas. La lucha por el consenso en el seno de las masas había cedido lugar a una irritada y virulenta pelea por impresionar "como" los más y los primeros. La política no cabía en la puja de los aparatos, una puja que otorgaba singular importancia a la visión que de ella ofrecieran los medios de comunicación.

Fueron prolongados e interminables los años en los cuales la capacidad crítica de la izquierda argentina fue reiteradamente cercenada, hasta reducir a la nada, por esos propios militantes de un movimiento que (aunque no lo confesaran plenamente) revelaban claramente considerarse iluminados y poseedores de una verdad excluyente.

La asunción de la identificación antidemocrática caló tan hondamente en la conducta política de las generaciones más jóvenes que cuando se abrieron posibilidades de una real democratización en las filas del Partido Justicialista, en 1971, la mayor parte del activismo optó por darle la espalda a esa apertura. En una transparente confesión de desprecio por la lucha política, se renunció a la incorporación masiva a ella cuando era posible. Prevalían las explicaciones conspirativas. Si para la ultraizquierda terrorista (ERP y otros) toda la realidad política era un gigantesco escenario destinado a "engañar" a la clase obrera y el peronismo, por consiguiente, era una enorme estafa, para la guerrilla totalitaria de persuasión peronista toda democratización del Movimiento era una pérdida de tiempo que no valía la pena, una mera maniobra de la burocracia.

Cumplimiento de una profecía

La dialéctica de desprecio y destrucción del juego democrático tuvo y tiene la característica de fecundar con rapidez y en variadas direcciones, ofreciendo a sus cultores la posibilidad de ver los frutos en el corto plazo y así mostrar lo "justo" de sus postulados, en una suerte de fatalismo predeterminado. El discurso sería así: "La democracia no sirve y es una trampa y cuando la democracia no funciona ni aparece ello confirma las sospechas iniciales, sospechas que llevaron a abandonar el intento sin dar siquiera los primeros pasos."

Así creció el esquema básico de los totalitarismos recientes de la Argentina. En lo que los norteamericanos llaman una *self-fulfilling prophecy*, o sea una profecía que se cumple a sí misma de tanto augurarla, se hizo lo posible por apresurar el deterioro de una situación, de cuya descomposición se pensaban extraer frutos especiales. Ahora se sabe que los guerrilleros no sabían (según proclaman) que las cosas iban a ser lo que fueron luego de marzo del '76.

Fue mucho más que un error de cálculo. Esta grosera equivocación en la lectura de la realidad sólo se explica como subproducto previsible de una concepción popularmente bautizada "cuanto-peor, cuanto-mejor". Los militares argentinos, sin embargo, no estaban para tomar el té y una vez en el poder les enseñaron a los guerrilleros, y a todos aquellos que quedaban comprometidos con ellos que "cuanto-peor, cuanto-peor", o sea: nada es posible esperar de la provocación. ¿Aprendieron la lección los principales responsables? No parece. Luego de su derrota militar y política, los grupos guerrilleros argentinos no han producido una sola pieza de elaboración ideológica que aspire a entender su fracaso y a extraer de él las debidas lecciones.

En Argentina no ha surgido hasta ahora nada parecido a la admirable autocritica que en Venezuela dio origen al Movimiento al socialismo (MAS). Los argentinos nunca se equivocan. Luego de haber sido liquidados en su propio país, los Montoneros han emergido en el

Líbano con los palestinos, en Nicaragua con los sandinistas y en Tanzania con los rhodesianos. Esa embriagante autosuficiencia que parece paralizar a los demás por lo asombroso de su audacia alcanzó sus máximos niveles en los meses recientes, cuando los Montoneros lanzaron su supuesta "contraofensiva", al cabo de la cual murió el dirigente Horacio Mendizábal, que fungía como "comandante" del llamado "ejército" montonero. Mendizábal fue el hombre que reunía ruedas de prensa en Francia y España uniformado con chaqueta de cuero negro y las insignias militares con las que se decora ese grupo, y en ellas ofrecía declaraciones junto a un denominado "capellán" montonero. Mendizábal fue el hombre que durante el campeonato mundial de fútbol de junio de 1978 afirmaba en el exterior que sus hombres estaban atacando la Casa Rosada con fuego de bazookas, pero que las agencias noticiosas internacionales acallaban la noticia.

En la medida en que admitían el verticalismo a ultranza y lo estimulaban públicamente, los Montoneros no tenían ni intenciones ni posibilidades verdaderas de practicar la democracia dentro de su propia organización, demasiado pautada por su criterio militar y elitista con la que surgió a la vida a fines de los años '60.

¿Qué es la autocritica?

La izquierda argentina, en sus diversas variantes, se sentía tradicionalmente bastante inmune e impermeable a la autocritica como para que su postulado de un nuevo orden tuviera un núcleo legítimo de credibilidad democrática. Dicha credibilidad no podía existir, y ellos lo sabían en realidad, para con aquellos que asesinaban al ex ministro del Interior, Arturo Mor Roig, a fin de conducir negociaciones "en mejores condiciones" con los radicales, o ametrallaban al secretario general de la CGT, José Rucci, para "mejorar" los términos de su relación con Perón.

El ejercicio de la violencia en la Argentina estuvo más bien confinado en estos últimos siete años a una sistemática y en momentos incesante campaña de asesinatos y secuestros. Su desarrollo y climax revela hasta qué punto hubo actos de

alianza editorial mexicana, s.a. novedades

EL LIBRO DE BOLSILLO

BENJAMIN JARNES:
726 EL CANTAR DE ROLDAN

HERMANN HESSE:
727 LECTURA PARA MINUTOS, 2

H.J. EYSENCK:
**728 LA RATA O EL DIVAN

ALIANZA UNIVERSIDAD

231 KARL BUHLER:
TEORIA DEL LENGUAJE
448 págs.

232 ROY HARROD:
DINAMICA ECONOMICA
208 págs.

233 JONATHAN BENNETT:
LA "CRITICA DE LA RAZON
PURA" DE KANT
1. La analítica
272 págs.

234 PETER CALVOCORESSI:
GUERRA TOTAL
1. La Segunda Guerra Mundial
en Occidente
592 págs.

235 PETER CALVOCORESSI:
GUERRA TOTAL
2. La Segunda Guerra Mundial
en Oriente
432 págs.

236 ANTHONY GIDDENS:
LA ESTRUCTURA DE CLASES
EN LAS SOCIEDADES AVAN-
ZADAS
360 págs.

238 ARON GURWITSCH:
EL CAMPO DE LA
CONCIENCIA
Un análisis fenomenológico
496 págs.

237 JULIUS KLEIN:
LA MESTA
464 págs.

239 ROBERT NISBET, THOMAS S.
KUHN, LYNN WHITE Y OTROS:
CAMBIO SOCIAL
256 págs.

240 ALVIN W. GOULDNER:
LA SOCIOLOGIA ACTUAL:
RENOVACION Y CRITICA
429 págs.

ALIANZA FORMA

2 BONFANTI, BONICALZI, ROSSI,
SCOLARI, VITALE:
ARQUITECTURA RACIONAL
304 págs.

3 RUDOLF ARNHEIM:
ARTE Y PERCEPCION VISUAL
560 págs.

4 ERWIN PANOFSKY:
EL SIGNIFICADO EN LAS
ARTES VISUALES
432 págs.

suprema discrecionalidad, en los que grupos por naturaleza clandestinos operaban de modo rutinario, como respondiendo a una especie de deformación delictiva⁸ que no puede ser conceptualizada ni explicada sólo en términos políticos. Todo montonero sobreviviente sabe que en la tarde del 25 de septiembre de 1973, horas después del asesinato de Rucci, la mayor parte de los miembros de su propia organización calificaban al episodio como “una provocación de la CIA”.

Los pecados de la clase dirigente argentina, su debilidad, su precariedad como formación social, sus frecuentes y recurrentes tentaciones totalitarias, se convirtieron no en desafío y estímulo para formular en los hechos una visión política superadora, sino en una coartada para justificar las inconsistencias y debilidades propias. Derrotero tan confuso y tan atormentado ha llevado a la liquidación política de grupos de acción directa que nunca pretendieron en verdad reclamarse como entidades políticas civiles.

La confusión borró todas las fronteras. Nadie puede en su sano juicio, por ejemplo, acusar al Partido comunista italiano de ser la mano secreta tras las Brigadas rojas, no importa cuán revolucionario o reformista se juzgue a dicho partido. En la Argentina, en cambio, no ha habido un solo hecho de violencia en los últimos 10 años que no pudiera ser atribuido a alguno de los grupos guerrilleros, los que —por la propia naturaleza de su accionar y como producto directo de su filosofía— terminaron en una nebulosa siniestra, como artifices probables de cualquier hecho de violencia que pudiera haber ocurrido en el país.⁹

Si la democracia era negada como continuidad y superación, si la democracia como articulación interna y convicción política real era inexistente, ¿cómo podían los izquierdistas argentinos pretender que en 1976, luego del golpe militar, fuera fácil para la opinión pública mundial identificar lo sucedido como una derrota de las fuerzas democráticas a manos de fuerzas totalitarias? Era imposible, porque a la confusión de 30 años diseminada por quienes no quisieron entender al peronismo, ni acercarse a él para mejorarlo, se agregaba la propia práctica de las nuevas víctimas, lo cual tornaba a la empresa en algo condenado al fracaso.

El mesianismo y la drástica de métodos y criterios con los que se movían las organizaciones guerrilleras no permitieron suponer nunca que de ellas surgirían actitudes autocríticas serias o reevaluaciones dramáticas, capaces de atraer la pasión y el cerebro del país, mediante el expediente de enfatizar las propias faltas, ventilar los propios errores y horrores, decirle la verdad a la gente y abandonar toda presunción de que el derrotero político de las izquierdas es siempre un camino coronado de éxitos y aciertos, en el que prevalece de modo metafísico la buena fe. Si bien esta opción es humanamente dolorosa y reviste costos políticos muy altos, no podrían plantearse otra dirigidos y activistas que tras una década de acción han tenido la experiencia que tuvieron.

En términos de relación con el país y con su gente el desprecio por la democracia expresa soberbia y falta de vocación política verdadera; en términos de vida cotidiana ninguna reconstrucción democrática podrá tener vigencia sin el público *mea culpa* de protagonistas centrales de la reciente realidad nacional. La postergación de dicha reconstrucción, por otra parte, no sólo sigue demorando año tras año que Argentina se ubique a la altura de las exigencias mundiales, sino que significa de por sí una condena a mayores sufrimientos y nuevas tribulaciones para el tantas veces invocado hombre común.

Tras cuatro años de una feroz dictadura militar que parece consolidada en el poder luego de haber ejercido una represión sin paralelos en la historia de nuestro país, ningún maximalismo parece plausible. Esto es: la derecha argentina en general, y las Fuerzas armadas en particular deberán reorientar de manera sensible su conducta, pero tal como la realidad aparece a comienzos de 1980, no parece probable una suerte de “vuelta de la tortilla” o un Waterloo de los militares que prolongue el establecimiento de un gobierno popular. Para decirlo de manera más descarnada aún: no creo que haya un Nuremberg en la Argentina, aun cuando en el proceso de la reconstrucción democrática de nuestro país todos tendrán que aportar su propio ajuste de cuentas, enfatizando las responsabilidades propias más que las culpas ajenas. Y si bien esto dolerá a muchos, que tal vez se resistan a admitirlo, imaginar otro curso político no

significará concretamente nada demasiado posible.

Las jergas sociológicas y las criptologías políticas, en este punto, no pueden seguir ocultando que las prioridades son recuperar la conexión básica que convierte en un humanismo real a una política democrática de principios, de la cual pueda surgir y afianzarse un nuevo nivel de tolerancia y una efectiva pluralidad de opiniones.

Secretamente, los argentinos envidian la democracia que no tienen. Sin embargo, la responsabilidad mayor por su ausencia no reside en fuerzas reaccionarias de actitud previsible sino de aquellas pretendidamente progresistas, que deberían haber sido las primeras en evaluar adecuadamente quiénes son los primeros beneficiados de una paz democrática y quiénes los primeros perjudicados por su violación.

Toda fuerza de salvación nacional que se proponga intervenir en la Argentina del medio y a largo plazo deberá concretar una profunda revisión de su pasado y criticarlo en público y a viva voz. En dicha revisión la idea primordial no deberá ser subrayar los males que otros hicieron sino limitarse a los propios errores y aportar con seriedad las propias propuestas. Esto es esencial como lavaje interno y para comenzar a admitir que una gran porción de la democracia que ahora no tienen los argentinos no nos fue quitada tanto por los enemigos de siempre sino por la esencia antidemocrática de muchos planteos formalmente revolucionarios. La pregunta ¿quién nos quitó la democracia? no debe servir para sacralizar a aquellos que en estos últimos años han estado en el poder sino para apuntar hacia aquellos que históricamente más responsabilidades tenían y siguen teniendo.

Estados Unidos, diciembre de 1979.

1. El Frente Justicialista de Liberación triunfó en ambas ocasiones logrando el 49 y el 62% de los votos, respectivamente.
2. Invariablemente, la práctica de las revoluciones coloniales o de la construcción del socialismo en países atrasados parece conducir a una curiosa racionalización del autoritarismo con la excusa de las condiciones adversas que enfrenta cada proceso. Sin duda que el mayor exponente de esta perversión es el estalinismo, pero decenas de experiencias progresistas en América Latina, África y Asia han terminado en dictaduras que no son —precisamente— “del proletariado”. La izquierda internacional aún no ha ofrecido una explicación convincente del por qué y el cómo de Pol Pot, por ejemplo.
3. Fueron los teóricos del peronismo de izquierda en general, y de los Montoneros en particular, quienes más abundaron en detalles para confeccionar explicaciones supuestamente satisfactorias de la necesidad de verticalismo en el Movimiento. Du-

rante años, Perón fue identificado por esta izquierda como el sínónimo de la línea justa, mientras que el neoperonismo era vituperado básicamente por su violación del verticalismo, más que por el contenido de su programa.

4. Véase en *Controversia* núm. 1 el espeso y polémico estudio de Nicolás Casullo, “La cuestión sindical en la Argentina: peronismo revolucionario y sindicalismo peronista”, que ilumina notablemente aspectos no estudiados de la relación entre la izquierda peronista y Perón.

5. Es preciso recordar que en los años virulentos de la influencia montonera, el mayor pecado que esa organización endilgaba a los peronistas de base era su marginación del movimiento peronista. Los años habrían de demostrar que, al margen de los propios errores del PB, eran precisamente los montoneros quienes más pecaban de ultraizquierdismo, en este caso de sabotaje y ataque frontal al conjunto del peronismo. Una característica típica de los Montoneros fue (y esto lo ilustra) su asombrosa capacidad de oscilar entre el movimientismo más acrílico y el gorilismo más audaz. No de otro modo puede llamarse al asesinato de Rucci.

6. Matiz intrigante de una Argentina que enloquecía a quienes quisieran entenderla desde afuera es que el golpe del '55 fue en nombre de la democracia, mientras que los militares que derrocaron en marzo de 1962 al gobierno civil de Frondizi a los pocos meses le decían a la población que ellos luchaban “para que el pueblo pueda votar”. Estas brutales incongruencias se alimentaban, entre otras razones, de la débil defensa y el temerario apego a la democracia que durante lustros exhibió el movimiento popular argentino. En una conversación de café, un activista peronista podía llegar a calificar a los partidarios de las Fuerzas Armadas como “democráticos”, pero sin comillas.

7. Los documentos póstumos de Rodolfo J. Walsh, además de ser una lápida para las aventuras montoneras, echan luz sobre aspectos dramáticos que se vivieron en los meses finales de 1976, cuando las Fuerzas Armadas comenzaron a poner fuera de combate a la guerrilla. Una reciente publicación de la Secretaría de Prensa del Movimiento Peronista Montonero afirma que la muerte de María Victoria Walsh, lo llevó a este último “incluso a una exaltación de la muerte como el camino de la dignidad”. Hay que decir que similar camino emprendieron centenares de jóvenes encuadrados en Montoneros. Era la época en la cual el hoy oficialista Firmenich y el hoy “disidente” Galimberti declaraban a la prensa extranjera que las bajas sufridas por su organización serían rápidamente compensadas por nuevos reclutamientos. Firmenich incluso llegó a decir en un reportaje a Gabriel García Márquez que ellos tenían estimaciones matemáticas de los muertos que sufrirían luego del golpe del '76 y que, por lo tanto, eso les parecía natural. . .

8. Muchísimos asesinatos de dirigentes peronistas (como, por ejemplo, los de Rogelio Coria y Adolfo Cavalli) fueron explicados dentro de Montoneros como “boletas” consumadas porque estaba listo desde hacía tiempo el trabajo de “chequeo”, aun cuando se admitía que ambos sindicalistas ya no contaban políticamente nada.

9. Los recientes atentados contra los funcionarios Guillermo Walter Klein (h) y Juan Alemann, así como el asesinato del banquero Francisco Soldati en Buenos Aires fueron atribuidos a los Montoneros, aunque medio país anda diciendo que en realidad fueron obra de los “duros” o de gente allegada —por ejemplo— al general Menéndez. De todos modos, el hecho de que no se sepa, ni se pueda saber, hay que agradecerlo a la filosofía nebulosa del terror sostenida por el grupo de Firmenich.

cuadernos de pasado y presente

SOBRE EL PROBLEMA NACIONAL Y COLONIAL

- **PP 30 MATERIALES PARA LA HISTORIA DE AMÉRICA LATINA**
K. Marx y F. Engels
- **PP 52 LA INTERNACIONAL COMUNISTA Y EL PROBLEMA COLONIAL**
R. Schlesinger
- **PP 69 LA CUESTIÓN NACIONAL Y LA FORMACIÓN DE LOS ESTADOS**
K. Marx y F. Engels
- **PP 71 EL DESARROLLO INDUSTRIAL EN POLONIA Y OTROS ESCRITOS SOBRE EL PROBLEMA NACIONAL**
R. Luxemburg
- **PP 72 IMPERIO Y COLONIA. ESCRITOS SOBRE IRLANDA**
K. Marx y F. Engels
- **PP 73 LA II INTERNACIONAL Y EL PROBLEMA NACIONAL Y COLONIAL. Vol. 1**
K. Kautsky y otros
- **PP 74 LA II INTERNACIONAL Y EL PROBLEMA NACIONAL Y COLONIAL. Vol. 2**
K. Kautsky y otros
- **PP 80 LA INTERNACIONAL COMUNISTA Y AMÉRICA LATINA. LA SECCIÓN VENEZOLANA**
M. Caballero
- **PP 81 LA CUESTIÓN NACIONAL Y LA AUTONOMÍA**
R. Luxemburg
- **PP 83 NACIONALISMO Y LUCHA DE CLASES**
Ber Borjov

CRISIS ECONÓMICA MUNDIAL

La nueva onda larga depresiva del capitalismo

Carlos Ábalo

La economía capitalista pasará por una larga y profunda crisis que podría prolongarse hasta más allá de los primeros años del próximo siglo, según pronósticos que tienen su origen en fuentes capitalistas. Durante mucho tiempo el marxismo consideró natural la posibilidad de una agonia del capitalismo, pero —consciente o inconscientemente— tendía a suponer que el derumbe del sistema acortaría la agonia. Tales pronósticos jamás fueron compartidos por los economistas burgueses, hasta hace poco opacados por el espejismo del progreso continuado a que dio lugar la larga expansión de la posguerra. Sin embargo, ahora el pesimismo sobre el futuro capitalista también cunde entre ellos. En la edición correspondiente al 50º aniversario de su aparición, “Business Week”¹ traza un panorama del pasado, con especial referencia a la Gran depresión, y ofrece una perspectiva para el próximo medio siglo, que culminará el año 2029.

La revista recoge la opinión de diferentes especialistas, que plantean su angustia ante el problema de la energía y de la inflación, el convencimiento de que será muy difícil elevar los ingresos netos de los trabajadores —a precios constantes— sobre los niveles actuales, los peligros de la creciente competencia, la no menos seria amenaza del proteccionismo y el fantasma —¿o la solución?— del capitalismo de estado. Según uno de los gráficos incluidos en el trabajo, la economía de Estados Unidos creció a una tasa anual promedio de 2,7% entre 1929 y 1954; la expansión se elevó a 3,4% de promedio anual para el período 1954-1979, pero el ritmo de aumento descenderá a 2,5% anual entre 1979 y 1985. Entre 1985 y 2000, el crecimiento será un poco superior, de 2,9%, pero en los primeros 29 años del próximo siglo caerá a una tasa de 2,2% anual, inferior a la de la etapa mencionada en primer término, que comprende los años de la Gran depresión. En síntesis: la euforia de la prosperidad sin límites se ha desvanecido y en su lugar sólo queda el temor ante el futuro.

El propósito de este artículo es analizar las características generales de la crisis económica mundial capitalista, con una especial referencia a las naciones menos desarrolladas y, dentro de ellas, a las que pueden hacer uso de ventajas comparativas basadas en la disponibilidad de recursos naturales no reproducibles. Para abordar con mayor profundidad este último tema en una ocasión próxima, será necesario previamente dar cuenta de las posibilidades de reconstrucción del capitalismo en los países avanzados. El análisis se basa en la hipótesis de que el capitalismo no se derrumba por sí solo, aunque su porvenir no ofrezca otra posibilidad que la de la crisis. Sin embargo, la crisis es, también, la preparación para una nueva etapa de inversión, la concentración de capitales para el próximo período de acumulación. De esta manera, la crisis no está reñida con el reordenamiento; es más, el reordenamiento —que será complejo, difícil y cargado de amenazas— sólo puede prepararse en medio de la crisis.

Características generales de la expansión y la crisis

Después de un largo período de expansión que culminó a fines de los sesentas, la economía capitalista mundial se encaminó por una senda de sucesivas y reiteradas crisis monetarias que, finalmente, llevó a la recesión de 1974-1975 y que amenaza conducir a otra aún más profunda, después de haber pasado por una expansión débil y excesivamente corta.

El paso de un largo período expansivo a otro caracterizado por la depresión actualizó el estudio de las denominadas ondas largas de Nikolai Kondratiev, viceministro del gobierno provisio-

nal de Kerensky, quien planteó no sólo la existencia de ciclos cortos en la economía, sino también la interrelación de éstos con otros más largos, presumiblemente de unos cincuenta años de duración, que contienen a los primeros.

Antes de Kondratiev, el problema había atraído la atención de otros economistas y dirigentes del movimiento obrero internacional, entre ellos Kautsky. Cuando Kondratiev dio a conocer sus conclusiones, Trotsky elaboró un informe crítico sobre el tema, asignándole una gran importancia. Más tarde, un economista burgués, Joseph Schumpeter, estudió las ondas largas y las asoció estrechamente con las innovaciones tecnológicas, es decir, con la aplicación en gran escala a la industria de nuevas tecnologías originadas en descubrimientos científicos previos. En los últimos años, Ernest Mandel trató de buscar los fundamentos teóricos de la cuestión, despojando a las ondas largas de su vinculación mecánica y exclusiva con la innovación tecnológica.²

La larga onda expansiva iniciada en la posguerra se basó en un aumento acelerado de la tasa de plusvalor (incremento de la explotación del trabajo y de la productividad, mediante la incorporación de nuevos equipos), lo que permitió una recuperación de la tasa de ganancia. Ambos fenómenos fueron posibles por la profunda derrota sufrida por la clase obrera, la que —por medio del fascismo en los países vencidos y del compromiso para la economía de guerra en las naciones vencedoras— vio descender sus salarios reales.

La destrucción de grandes masas de capital y de mercancías sentó las bases para una recuperación de la demanda, sostenida en este caso por el aumento de la tasa de ganancia y las enormes perspectivas de inversión que aparecieron en el horizonte. Dichas perspectivas alentaron la incorporación a la industria de técnicas de producción automática y semi-atómica. Los bajos salarios relativos pudieron mantenerse por la reconstitución del ejército industrial de reserva y, más adelante, cuando la recuperación de Europa y Japón estaba en plena marcha, por el aporte de los trabajadores inmigrantes proveniente de Europa mediterránea, del norte de África y, en menor medida, de Alemania del este, y también con la incorporación masiva del trabajo femenino a la producción. Otro factor favorable fue el mantenimiento de un bajo precio para las materias primas, debido a la inversión masiva de capital en la periferia y a la organización monopolística de la explotación y comercialización de esas materias por parte de las grandes corporaciones internacionales.

La larga fase de expansión se fue agotando por la desaparición de las premisas que la hicieron posible. Con el correr de los años, la desocupación disminuyó en Estados Unidos, Europa y Japón y las economías capitalistas industrializadas se aproximaron a una situación de pleno empleo. Entonces sobrevino la ofensiva de los sindicatos, aumentaron los salarios reales y volvió a aparecer la tendencia histórica a la caída de la tasa de ganancia, que refleja no sólo el incremento de los salarios, sino también el peso creciente del capital constante con relación al variable, necesario para acrecentar la productividad del trabajo vivo. Al parecer, la tasa de ganancia promedio para los países capitalistas desarrollados bajó de 13% a 8% entre 1950 y 1968.³

La economía no se contrajo antes por la acción de los factores que, en el desarrollo del capitalismo, contrarrestan la tendencia declinante de la tasa de ganancia. Entre esos factores hay que mencionar el enorme aumento de la productividad del trabajo, la concentración y la centralización del capital, la producción de armas, los gastos militares y espaciales, la inter-

vención del estado en la economía —encaminada a garantizar la continuidad del proceso de valorización y de acumulación del capital— y la inflación permanente.

Los gastos militares, la inflación y la intervención estatal no constituyen remedios definitivos para la caída de la tasa de ganancia y la crisis. Sólo postergan, a veces por muchos años, las medidas draconianas de austeridad llamadas a restituir el nivel de la tasa de ganancia. Los gastos militares constituyen verdaderos estímulos para la extensión del mercado capitalista, por la actividad directa e indirecta a la que dan lugar. Las mercancías elaboradas por la industria militar no entran en el proceso de reproducción; simplemente, se consumen o se deterioran improductivamente, sin transferir su valor a otros productos, pero su capacidad de estimular la economía se debe a que su demanda no depende de la capacidad adquisitiva de los trabajadores y ni siquiera del mercado en general, sino de la política del estado.

Por esa misma razón, la expansión de la industria de guerra está directamente relacionada con el desarrollo de la inflación, dado que los armamentos son un gasto presupuestario. Si la tasa de plusvalor es alta, pueden financiarse mediante impuestos, pero la carrera armamentista lleva indefectiblemente a superar esa marca y pronto sus recursos deben obtenerse de la deuda pública o del crédito directo, ambos de repercusiones inflacionarias.

Por su parte, la inflación se vuelve permanente cuando la reproducción ampliada del capital no puede realizarse sin el concurso del crédito a la producción y al consumo en gran escala. Cuando la tasa de ganancia descende, el capital se acumula con más rapidez que las oportunidades de colocarlo productivamente, a la tasa media de ganancia. El crédito estimula el consumo abriendo nuevos flancos y facilita la inversión si la tasa de interés es más baja que la inflación. En ese caso, el crédito es como un capital adicional, facilitado por los bancos o por el mercado de capitales.

Cuando la tasa de interés sube y las oportunidades de inversión productiva disminuyen, el capital debe conformarse con obtener la tasa media de interés, colocándose en préstamos y financiando la deuda pública del gobierno, que se acrecienta con los gastos militares.

Si la inflación surge de la excesiva extensión del crédito, su origen debe imputarse al mismo proceso de valorización del capital. Si la causa que la desencadena es, en cambio, la expansión de los gastos militares, debe tenerse en cuenta que éstos constituyen una forma de asegurar la ampliación de los mercados. Cuando el ejército industrial de reserva disminuye, los salarios suben; si la productividad aumenta con lentitud, la expansión se extingue y se establece una verdadera carrera entre el capital y los asalariados, que se expresa en el alza de los precios para contrarrestar los aumentos de salarios. Cuando se combinan las alzas de precios ininterrumpidas, encaminadas a evitar la caída de la tasa de ganancia, con el gasto creciente en armamentos, ha llegado la era de la inflación permanente, típica de la actual fase del capitalismo.

Aspectos específicos del capitalismo de posguerra

Hasta aquí enunciamos algunas de las características más generales del largo período de expansión de la posguerra, pero, para considerar los rasgos más sobresalientes de la crisis actual, hay que especificar que el capitalismo de la posguerra es un capitalismo bajo la hegemonía de la burguesía estadounidense, en condiciones de un debilitamiento relativo de la economía nacional de ese país con respecto a otras economías nacionales capitalistas.

Esta consideración es esencial si se tiene en cuenta que el capitalismo es un sistema mundial, pese a que la acumulación del capital en escala internacional coexiste con la subsistencia de los estados nacionales y de las burguesías nacionales ligadas a esos estados nacionales.

El capital no está internacionalmente unificado, pero se valoriza cada vez más en el mercado mundial. Las economías nacionales constituyen ámbitos específicos de acumulación, modalidades peculiares de la economía mundial capitalista en las que rigen sistemas de precios, niveles de salarios y de productividad, condiciones de crédito y tasas de ganancia diferentes. El capital con cierto grado de desarrollo es capaz de sobrepasar las fronteras del estado de origen y

explotar las distintas modalidades nacionales del mercado mundial, aun asociándose con capitales de otros orígenes.

El capital estadounidense y el capital supranacional con primacía estadounidense se valorizan no sólo en Estados Unidos, sino también —en gran medida— fuera de este país, en las naciones periféricas, en Japón y especialmente en las economías europeas, en busca de materias primas, nuevos mercados o una mayor tasa de ganancia. La salida masiva de capital fuera de Estados Unidos y el resurgimiento de las burguesías de Europa Occidental y Japón provocó un mayor desarrollo relativo de estas economías con respecto a la economía nacional territorial de Estados Unidos. Esto dio lugar a una pérdida relativa de terreno de la economía de Estados Unidos, pero ese hecho no significa un retroceso similar de la burguesía estadounidense, que también acumula en otras economías nacionales y está asociada con otros capitales. Puede decirse, en realidad, que mientras la economía nacional de Estados Unidos ha retrocedido en sus ventajas relativas con respecto a otras economías nacionales, la burguesía de ese país sigue conservando la hegemonía en la acumulación mundial de capitales, aunque se enfrenta con una creciente competencia de capitales y de asociaciones de capitales de otro origen.

Precisamente, a medida que se acelera la concentración y la centralización de capitales, se agudiza la competencia en el mercado mundial. La competencia creció en la segunda fase del largo auge de la posguerra y se está acrecentando en la nueva etapa recesiva. El capitalismo mundial no es una asociación uniforme de burguesías, sino un sistema jerarquizado de burguesías, las cuales disputan con agresividad creciente su capacidad de acumulación en sus mercados nacionales y en el mercado mundial.

El estado y la intervención estatal en la economía son una forma de defender la capacidad de acumulación de cada burguesía nacional. La hegemonía mundial de la burguesía estadounidense se debe no sólo a la fortaleza de su economía nacional, a las ventajas con la que emergió de la segunda guerra mundial frente a sus aliados y adversarios y a la consiguiente amplitud de las posibilidades de acumulación que se le ofrecieron en la inmediata posguerra, sino también a la acción del estado norteamericano frente a los otros estados nacionales capitalistas. Dicha acción estuvo encaminada primero a asegurar y reafirmar esas ventajas —lo que dio lugar al ordenamiento comercial y financiero de la posguerra— y después a sostenerlas, frente al paulatino retroceso relativo de la economía nacional de Estados Unidos ante otras economías nacionales capitalistas.

La acción defensiva del estado de la primera potencia capitalista para asegurar sus ventajas de comercio y de acumulación han tenido y tienen profundas repercusiones en la economía mundial. Algunos pocos ejemplos bastan para resaltarla.⁴ Después de la última guerra mundial, la concesión de la asistencia financiera a Gran Bretaña forzó a este país a liquidar la mitad de sus inversiones en el exterior, a otorgar el libre acceso de las manufacturas estadounidenses a los mercados ingleses de la pre-guerra y a apoyar —por consiguiente— la estrategia de libre comercio que Estados Unidos desarrollaría en la posguerra. Asimismo, en 1944, cuando se produjo el reordenamiento financiero mundial, Gran Bretaña debió postergar por unos años la devaluación de la libra para dejar que Estados Unidos afirmara sus ventajas comparativas frente a las exportaciones británicas.

El tratamiento diferencial favorable a Estados Unidos también se refleja en el Acuerdo general sobre tarifas y comercio (GATT). Estados Unidos presiona a todos los países para ingresar al GATT y obligarlos a aceptar sus acuerdos. Sin embargo, el Congreso de Estados Unidos se reserva el derecho de decidir con posterioridad a la toma de esos acuerdos si dicho país los acepta o no, porque la adhesión estadounidense al GATT se estableció con el orden presidencial, debido a que el Congreso no renunció a decidir sobre las normas comerciales que afectan al intercambio de ese país. Esta prerrogativa, inimaginable para cualquier otro socio del GATT, no llama la atención de la opinión pública, que ya las toma como la cosa más natural del mundo.

El sistema del Fondo monetario internacional (FMI), que Estados Unidos controla por un virtual poder de veto, se basa en la promoción de la liquidez de ese país y en el bloqueo de la



ajena. Cuando Estados Unidos tenía en su poder la mayor parte del oro mundial, el Fondo estableció la ligazón de las monedas con el oro y las paridades fijas. Cuando Estados Unidos se transformó en deudor neto y sus reservas áureas fueron menores que sus obligaciones a corto plazo, el Fondo cambió sus principios, adoptó las paridades flotantes e inició la sustitución del oro como moneda de reserva. En realidad, el proceso de tránsito de un sistema a otro no definió en el Fondo, sino en 1971, cuando Estados Unidos canceló unilateralmente la convertibilidad áurea de su moneda. Entonces, el gobierno estadounidense decidió defender la competitividad y el empleo dentro del país mediante la depreciación continuada del dólar, una medida hasta entonces no autorizada por el Fondo, salvo en los casos especiales en que los países decidieron someterse a rigurosos programas de estabilidad, de los que Estados Unidos se vio exento.

La clave para entender este comportamiento reside en la enorme gravitación de la economía estadounidense en la posguerra, que permitió que el dólar fuera ungido en 1944 con atribuciones iguales al oro. De esta manera, Estados Unidos financió sus déficit con simples emisiones de moneda, aceptadas como oro por todos los otros bancos centrales. Cuando Estados Unidos se transformó en deudor y sus dólares se empezaron a depreciar, transfirió la depreciación a los tenedores de dólares, que ya no tienen la opción de transformarlos en oro ante la tesorería de ese país, sino que deben cambiarlos en el mercado libre del oro a un precio más de once veces superior al que sirvió de base al reordenamiento monetario de la posguerra. Los países capitalistas de Europa Occidental resistieron estas medidas, pero terminaron aceptándolas porque, de otra manera, sin la base monetaria del dólar, se interrumpiría la acumulación capitalista en escala mundial.

Hay otro aspecto, no menos complejo, que también es indispensable tener presente para juzgar la crisis actual. El mercado mundial es capitalista y está dominado por el capital monopolista. Pero la reconstitución del mercado mundial de la posguerra no fue completa, porque en la Unión Soviética y los países que integran el Consejo de ayuda mutua económica (CAME), que es el “mercado común socialista”, así como en la República Popular China, la formación de los precios internos y la acumulación siguen pautas diferentes a las del mercado mundial. El CAME representa en la actualidad el 10% del comercio mundial, pero su capacidad de suministro y de mercado puede tener una influencia mayor que la sugerida por aquella proporción.

De ahí que el “mercado socialista” constituya también un punto de apoyo para la acumulación capitalista que se plantea un cierto grado de autonomía en el mercado mundial. Cuando un país capitalista central o periférico recurre a él está relativizando el condicionamiento de la burguesía hegemónica estadounidense, quien, en ese caso, promueve algún tipo de sanción o de bloqueo. Esta posible relación entre burgue-

sías que buscan mayor autonomía para afianzar su propio capitalismo y el “mercado socialista” explica algunas conexiones comerciales y diplomáticas que de otra manera serían difíciles de entender, y tienen su efecto en el reordenamiento económico que se presenta junto a la crisis mundial capitalista.

El recorrido de la crisis

Por ahora bastan estas consideraciones generales y específicas para dar un breve panorama de la crisis económica mundial y sus perspectivas.

El agotamiento de la onda larga expansiva de la posguerra se produjo en los últimos años de los sesentas. El factor desencadenante fue la sobreinversión relativa. La carrera por la competencia y los cambios tecnológicos acelerados aumentaron notablemente el valor relativo del capital constante (máquinas y productos intermedios) con respecto al variable (salarios), o sea, la composición orgánica del capital. El aumento de la composición orgánica, unido a la elevación de los salarios, produjo una caída en la tasa de ganancia. La reducción en la tasa de ganancia, sólo parcialmente contrarrestada por el incremento de la tasa de plusvalor, empezó a reducir el ritmo de las inversiones.

Paralelamente se había asistido a una inflación creciente que se afirmó en 1968 y 1969, debido a la carrera de los precios y al vuelco de la economía estadounidense hacia el gasto bélico y la intensificación de la guerra en Vietnam. Estados Unidos se empujó allí en el conflicto que terminó desquiciando el sistema monetario y que debilitó su capacidad de competencia en el mercado mundial. Este es un aspecto que no debe desvincularse de la extensión de la guerra y de la modalidad que asumió en ella la ayuda soviética a los vietnamitas.

El retraso relativo de la productividad en Estados Unidos, las profundas modificaciones que se operaban en el comercio mundial y en las reservas internacionales, el diferente ritmo de inflación en los países capitalistas desarrollados y la creciente debilidad del dólar dieron origen a la crisis monetaria de esos años, que se prolonga hasta el presente. La inflación continuada, la acumulación creciente y las perspectivas poco favorables de la inversión, provocaron un desplazamiento de grandes masas de capitales hacia la especulación y el atesoramiento. El atesoramiento se expresa en la compra de oro, que es el único capital líquido fuera del alcance de las políticas monetarias de los distintos gobiernos, la única moneda mundial con valor propio. La conversión de dólares a oro denota la falta de confianza en la estabilidad de la divisa estadounidense y el convencimiento de que la manera más efectiva de resguardar los capitales es transformándolos en metal. Por eso, la amenaza de recesión económica hace ascender el precio del oro. El alza del oro significa capital monetario atesorado, quitado de la esfera productiva y, por ello, amenaza de crisis y de desempleo en la economía mundial capitalista.

Puede decirse que la crisis monetaria fue la primera gran evidencia de una próxima crisis económica mundial generalizada. La recesión se presentó en 1974 y vino precedida, como es habitual, por un breve período de auge y especulación (1972-1973). El aumento de la actividad económica de esos años, promovido más que nunca por el crédito (endeudamiento interno y externo) y la inflación, elevó la demanda de materias primas, lo que dio un impulso renovador a las burguesías periféricas.

El petróleo, la renta agraria y el capital monopolista

Hemos señalado que uno de los factores que alentaron la persistencia de la onda larga expansiva fueron los precios bajos de las materias primas. En algunos casos, el capital monopolista sustituyó materias primas por productos sintéticos obtenidos con alta productividad del trabajo y menores costos de producción, pero en otros casos no hubo interés en promover la sustitución o bien no había manera de lograrla. El petróleo se encuentra entre los productos que no se buscó sustituir, debido al control oligopólico que ejercían directa o indirectamente las grandes trasnacionales del ramo sobre los yacimientos con bajo costo de producción. Esos bajos costos permitían la coexistencia de una *renta agraria* considerable (originada en la propiedad o en la disponibilidad de las tierras donde se encontraban dichos yacimientos) y, a la vez,

de precios de mercado bajos para el petróleo, si se tiene en cuenta el costo de otras mercancías capaces de sustituirlo, como el petróleo sintético o la energía proveniente de otras fuentes.

El rápido crecimiento de la demanda de energéticos al final de la onda larga expansiva empezó a plantear el problema de la búsqueda de petróleo en yacimientos con costos de extracción más elevados. Ello, unido a los acontecimientos políticos del Cercano Oriente, hizo que los jefes dueños de las tierras en que se encontraban los yacimientos, la burguesía o la burocracia estatal que por ese medio controlaba los yacimientos, decidieran elevar los precios y reclamar, por consiguiente, una parte mayor de la *renta agraria diferencial petrolera* en escala internacional.⁵ Como el precio del petróleo era muy bajo, las trasnacionales petroleras pudieron, a su vez, elevar los precios para el consumo y acrecentar sus propios beneficios. Ello les permitió capitalizarse para la etapa de explotación de yacimientos con costos más elevados y para encargar la diversificación de las fuentes energéticas, o —más exactamente— para su intervención en el mercado de la energía atómica y el carbón. La burguesía estadounidense alentó al principio la elevación de los precios no sólo porque era una necesidad para encargar la explotación de otras fuentes energéticas, sino también porque el alza deterioraba la competitividad de las burguesías de Europa Occidental y Japón y daba lugar a una vasta operación de financiamiento bancario a los países dueños, en un momento en que disminuían las oportunidades de colocar capitales en forma rentable. Lo cierto es que el aumento del precio del petróleo terminó con la era de las mercancías energéticas baratas y, en ese sentido, contribuyó a deteriorar aún más la tasa de ganancia general, ya en franco proceso de descenso.

La recuperación de fines de 1975 y la nueva recesión

En Estados Unidos, la rentabilidad neta sobre las ventas, que en el cuarto trimestre de 1973 estaba en 6%, descendió a 5.8% en el primer trimestre de 1974; a 5.5% en el tercer trimestre de ese mismo año y a 4.2% en el primer trimestre de 1975. Paralelamente, la capacidad utilizada en la industria descendió de 83% en 1973 a 78% a fines de 1974. En consecuencia, la producción industrial cayó 3% en Estados Unidos, en el último trimestre de 1974 (el descenso fue similar en la República Federal de Alemania y de 5% en Japón) y, en el primer trimestre de 1975 ya era inferior en 12.1% con relación a igual período de 1974 (en la RFA la caída fue de 8.5% y en Japón de 16%). Mientras, el desempleo afectaba a 16 millones de trabajadores en los países capitalistas industrializados en conjunto. Era la primera gran recesión capitalista de la posguerra.⁶

En la segunda mitad de 1975 se empezaron a advertir síntomas de recuperación. Se volvió a recurrir a la política de lanzamiento de la economía mediante la inflación, pero ya el método no se podía aplicar con la confianza y la amplitud con que se lo había hecho en el auge que precedió al receso (1972-1973). A pesar de que la rentabilidad mejoró y que el producto nacional bruto de los siete países más importante de la Organización para la cooperación y el desarrollo económico (OCDE) —Estados Unidos, RFA, Japón, Reino Unido, Francia, Italia y Canadá— creció 5.4 % en 1976, en los grandes medios empresarios se tenía la certeza de que la recuperación no podía ser duradera. El aumento de los costos fijos, para hacer frente a las nuevas exigencias tecnológicas y a la competencia, llevó finalmente a una reacción generalizada contra la vieja política keynesiana y se pasó a aplicar programas de austeridad. Sin embargo, en Estados Unidos se mantuvo elevado el gasto público, para evitar una nueva recesión.

En 1977 la inversión fue baja y hubo retroceso industrial en Europa. En 1978 se trató de llegar a una expansión concertada en la reunión del Consejo europeo de Bremen y el aumento de la producción se basó en el equipamiento existente, para aprovechar la capacidad instalada ociosa, pero —por ese motivo— se mantuvo baja la inversión. Los capitales acumulados se volcaron a la especulación. Se expandió el crédito y se mantuvo la inflación, y —a pesar del incremento en la tasa de interés— hubo una cierta recuperación en la tasa de ganancia en Estados Unidos. La política de Carter, que empezó siendo expansionista, pasó —hacia el final de 1978—

al método de la recesión moderada, por temor a los riesgos políticos que hubiera implicado una nueva depresión generalizada.

Empero, la austeridad moderada de Carter falló, porque no hubo una expansión compensadora suficientemente fuerte en la RFA y Japón. A menos de cuatro años de la anterior recesión, se desvanecieron las ilusiones en el resurgimiento económico. Los datos sobre la rentabilidad de las empresas se tornan confusos, por la influencia de las distorsiones inflacionarias. Sin embargo, hay motivos para pensar que se ha vuelto a presentar la tendencia declinante en la tasa de ganancia. En efecto, el volumen absoluto de las ganancias declaradas (*masa de ganancias*) subió en 1978 en Estados Unidos. Si se ajustan las cifras para contrarrestar la inflación y la apreciación de inventarios se nota una línea ascendente en la *masa de ganancias* desde 1974, a un ritmo cada vez más débil. Ahora bien, si el cálculo se hace descontando los impuestos y los dividendos pagados a los accionistas (que han sido elevados, para evitar la venta de sus acciones y la colocación de sus capitales en mercados más atractivos, como el financiero o la especulación), se obtiene una *masa de ganancias* destinada a la acumulación que *desciende* en 1978. Ello implica una caída en la rentabilidad sobre las ventas, y los pronósticos para 1980 indican que las ganancias de las empresas, después de pagados los impuestos, serán 1.5% más bajas que en 1979.⁷

En los países capitalistas industrializados, ya no queda nada a qué apelar para reconstituir las ganancias y la inversión, salvo el ataque directo contra el nivel de vida y las condiciones de trabajo de los asalariados. En realidad, la ofensiva ya se inició, porque el porcentaje de los sueldos y salarios sobre el ingreso nacional en Estados Unidos pasó de 64.5% en 1977 a 64% en 1978 y a 63.6% en 1979.⁸ Resurge el liberalismo económico, arrecia la lucha ideológica contra el keynesianismo y aparece una ofensiva conservadora destinada a restaurar las ganancias a costa de los salarios, a reconstituir la inversión y a preparar el reordenamiento capitalista. La ofensiva tiene varias fachadas, desde Margaret Thatcher en Gran Bretaña hasta el renacimiento del liberalismo conservador en Estados Unidos y de los sistemas policiales o militares en las naciones menos desarrolladas o con tradición democrática más débil. Si la plena recuperación de la acumulación requiriera un retroceso más profundo de la clase obrera en el terreno político y económico recrudescerán el armamentismo y las perspectivas de guerra. Habrá, de alguna manera, una mayor hostilidad del mundo capitalista hacia la Unión Soviética, ya que este país y sus aliados constituyen la única fractura orgánica del mercado mundial capitalista y representan, por ese motivo, un punto de apoyo para aquellos países que han subvertido las relaciones capitalistas de producción, pero también para las burguesías y las burocracias estatales que buscan una mayor autonomía de acumulación frente al capital monopolista, sea cual fuere su orientación política. Esta política de hostilidad cuenta en este momento con el concurso de China, que se monta en ella para preparar su propia aproximación negociada al mercado mundial capitalista.

Algunas premisas económicas del futuro.

La crisis será larga. Si los grandes países capitalistas pasan esta etapa sin afrontar modificaciones sustanciales en el poder político, llegará un momento en que la inversión se intensificará. La onda larga depresiva que se ha iniciado —y que tendrá ciclos de pequeñas recuperaciones y recesiones más profundas— se extinguirá, en ese caso, posiblemente en el último decenio del siglo. Las líneas de la reactivación del futuro podrían tenderse a lo largo de la automatización, la aplicación en gran escala de la computación y la electrónica y el cambio tecnológico para la nueva era energética.

Los países subdesarrollados de la periferia capitalista sentirán con más fuerza que nunca los efectos descapitalizadores del intercambio desigual basado en las diferencias de productividad, el desempleo masivo, la inflación, el endeudamiento en gran escala y el autoritarismo político. Sin embargo, la evolución no será uniforme. Las modificaciones que se producirán en el mercado mundial, el cambio en el mercado de la energía y en el precio de algunas materias primas, pueden producir intentos de mayor autonomía en las naciones más favorecidas.

La agudización de la competencia llevará a algunas burguesías periféricas a reclamar una mayor cuota de acumulación en el mercado mundial a partir del monopolio de ciertos recursos naturales, como los yacimientos petrolíferos o las tierras aptas para cultivar materias primas alimenticias a bajos costos, destinadas al mercado mundial de la energía y al de los alimentos, cuyos precios tendrán tendencia al alza en los próximos años. La crisis capitalista modificó la relación de poder de muchas burguesías y estados árabes e inició una vasta transformación social en dichos países, basada en un nuevo impulso capitalista.

Por otra parte, la periferia del sistema sufrirá los golpes más duros y deberá afrontar las crisis sociales más terribles, que abrirán nuevas perspectivas a cambios profundos en el poder. Sin embargo, en aquellos países cuyas posibilidades capitalistas se han ampliado con motivo de las transformaciones en curso en el mercado mundial, la burguesía tendrá nuevas fuerzas para disputar al proletariado y a otras clases populares la dirección de este proceso. En algunos casos, la burguesía estará más firme para tomar en sus manos la dirección del movimiento de liberación nacional, como ya ha venido sucediendo en muchos países del Tercer Mundo desde la iniciación de la posguerra. Por ese motivo, la discusión sobre los movimientos de liberación nacional no se agota con la fórmula histórica de que la burguesía no tiene perspectivas. La crisis implica un reordenamiento del capitalismo y un espacio relativamente más amplio para algunas burguesías nacionales de la periferia, a pesar de la profundidad que alcanzará la crisis social. En todo caso, ésta es una cuestión que se definirá en el terreno social y político, pero conviene conocer cuál es el carácter de algunas premisas económicas que gravitarán en la definición política.

En medio de la crisis, el proceso de recomposición apenas ha comenzado y todavía está muy lejos de su culminación. Los mercados que enfrentarán mayores transformaciones son los de bienes de equipo más sofisticados y la electrónica, cuyas consecuencias se advertirán especialmente en los países desarrollados. En cambio, el reordenamiento de los precios de la energía y de los alimentos tendrá una fuerte influencia en el desarrollo de la periferia capitalista.

La economía no rige la suerte de las transformaciones sociales y, sobre todo, de la dirección política de las transformaciones sociales. Sin embargo, las cuestiones aquí planteadas deberán ser motivo de discusión a medida que la crisis económica se profundice y que las distintas clases sociales afinen sus estrategias y sus políticas para este período crítico.

1. Business Week, Nueva York, 3 de septiembre de 1979.

2. No cuesta mucho advertir que el planteo de los largos períodos formulado por Business Week —algunos de cuyos aspectos se destacan en la nota— está asociado con las “ondas largas” de Kondratieff. Esto se confirma porque la revista publicó una semana después del número del 50º aniversario (ed. del 10 de septiembre de 1979, p. 122), un artículo referido expresamente al economista ruso. No fue una excepción: el interés de los medios capitalistas por las teorías de Kondratieff y se había manifestado en 1978, cuando el *Lloyds Bank Review* publicó un ensayo del economista ruso editado en alemán en 1926, en la misma línea de los artículos que, unos años antes de aquella fecha habían merecido la atención de Trotsky. También en 1978, National Journal publicó partes del ensayo con una especie de prólogo del economista Robert J. Samuelson. Finalmente, la revista informativa del gobierno de Estados Unidos, *Perspectivas económicas*, reprodujo en español el trabajo de Samuelson seguido de partes del ensayo de Kondratieff bajo el título de *Grandes oleadas en la vida económica*, en el número 26 de 1979.

3. Datos tomados de Pedro López Díaz, *Imperialismo y crisis: algunas tendencias estructurales del capitalismo en su fase monopolista*, México, mimeo, s/f., quien cita como fuente el *Anuario estadístico. Países capitalistas*, Moscú, ed. de Literatura Política, 1973.

4. Michael Hudson, *Super imperialismo*. La estrategia económica del imperio norteamericano Barcelona, (Dopesa, 1973) hay un interesante desarrollo de estas políticas, aunque las bases teóricas son muy discutibles.

5. El desarrollo teórico de la ley del valor en el sector de la energía ha sido expuesto en líneas generales por M. Massarat, en *Crisis de la energía o crisis del capitalismo*, Barcelona, (Puntamara, 1979), aunque algunos aspectos de ese desarrollo deberán ser objeto de discusión.

6. Los datos sobre rentabilidad fueron obtenidos de varios números de Business Week, los otros han sido confeccionados sobre la base de datos de la OCDE. 7. “The profit rate in the U.S. economy”, Business Week, Nueva York, 19 de marzo de 1979. El pronóstico de ganancias para 1980, tomado de “US Business. Trends that shape the future”, en U.S. News & World Report, Washington, 1 de octubre de 1979.

8. Los datos sobre el porcentaje de sueldos y salarios sobre el ingreso nacional fueron obtenidos del Departamento de Comercio de Estados Unidos, *Survey of Current Business*, vol. 59, núm. 7, Washington, julio de 1979.

Lucha de liberación nacional y crisis del "nuevo orden" económico internacional

Samir Amin

El fracaso de la llamada estrategia del "nuevo orden económico internacional" y la descomposición del Tercer Mundo no pueden hacernos olvidar la persistencia de la crisis y el desarrollo de desajustes reales en las relaciones este (bloque soviético y China)/oeste. No basta pues con describir el fracaso de las "negociaciones" norte/sur.

El análisis impone situar la evolución de esta problemática en relación con los cambios que se producen en el conjunto del sistema mundial a nivel político y económico.

La estrategia de los monopolios: reestructuración-descentralización

Los objetivos del "nuevo orden económico internacional" constituían un programa coherente con las aspiraciones de los estados del Tercer Mundo. La lógica interna del programa —aumento de precios de las materias primas exportadas por el Tercer Mundo; nuevo impulso de la industrialización para la exportación hacia los países desarrollados, basada en la mano de obra barata y en la abundancia de recursos naturales; aceleración de las transferencias tecnológicas y reducción del coste de las mismas— refleja el carácter contradictorio de la acumulación del capital a escala mundial. Por una parte, en efecto, este programa se inscribe, de entrada, en la perspectiva de una ampliación de la división internacional del trabajo: permite, con el aumento de la tasa de plusvalor (la sobreexplotación de la fuerza de trabajo periférica), el aumento de la tasa de ganancia a escala mundial, y se presenta, por consiguiente, como un programa de desarrollo capitalista a esta escala. Pero, por otra parte, en el marco de este objetivo común del desarrollo capitalista, las estrategias propias de los monopolios y de los estados imperialistas entran en contradicción con las de las burguesías y estados periféricos.

Los monopolios imperialistas dan una interpretación limitada del "nuevo orden". Se trata, para ellos, de obtener aún más beneficios de la mano de obra barata y de los recursos naturales del Tercer Mundo a base de transferir segmentos de procesos productivos que están bajo su control. En esta estrategia, la descentralización no persigue el objetivo de crear economías industriales nacionales integradas con el Tercer Mundo y abiertas al exterior. Al contrario, el interés de los monopolios es exportar segmentos no articulados entre sí con el fin de conservar el control "del conjunto de la vida económica a escala mundial". En este contexto, los monopolios pueden incluso hacer concesiones marginales a los "países huéspedes" y, en casos extremos, pueden llegar a renunciar a la propiedad formal del capital. La competencia entre los países del Tercer Mundo, la falta de integración de los segmentos transferidos, su dependencia, tanto la tecnológica como la derivada de la obligación de exportar los productos a los mercados metropolitanos controlados por los monopolios, reducen la importancia de la propiedad formal del capital y permite a los monopolios imponerles a sus *partners* unos vínculos extraordinariamente gravosos. Es el *laissez faire* en el ámbito de un mundo dominado por los monopolios. En estas condiciones, la propia financiación de esta descentralización con medios propios por parte de los países del Tercer Mundo representaría un beneficio ulterior para los monopolios vendedores de fábricas ("llave en mano"). Esta extorsión realizada en su beneficio está efectivamente insita en la estructura de los precios. La extorsión puede, por lo demás, aumentar considerablemente con las transferencias financieras procedentes de la venta de tecnología, patentes y marcas comerciales, o bien de los intereses por préstamos concedidos para sostener la expansión

de las unidades productivas. Puede llegar a suceder que la propia estructura de los precios esté tan deformada que prive a los segmentos transferidos de su aparente rentabilidad: los préstamos destinados a colmar "los déficits de gestión" no son otra cosa que formas de resurrección de la eterna tendencia del capital al saqueo.

Un nuevo capital financiero, a imagen y semejanza del viejo capital mercantil, aparece de nuevo, como en el alba del capitalismo: la acumulación "primitiva" es permanente.

Esta estrategia lleva un nombre que no tiene nada de casual: reestructuración-descentralización. Activamente apoyada por el Banco Mundial, el FMI y las demás instancias de las organizaciones de los estados capitalistas desarrollados, hace pasar por un "nuevo orden" la multiplicación de nuevas cabezas de puente, las "zonas francas". Esta estrategia reduce evidentemente al mínimo el rol del estado local, confinado a las funciones de una administración cuya única tarea es el gobierno policial de la fuerza de trabajo explotada. Trata también de dividir al Tercer Mundo, no sólo ensanchando el abismo existente entre países "de crecimiento fuerte" y "países estancados", sino obligándolos a competir entre sí.

En todas las negociaciones sobre la división internacional industrial del trabajo y la "descentralización", se ha manifestado una oposición entre dos "interpretaciones" distintas del nuevo orden. Los puntos más controvertidos son los relativos a la naturaleza y elección de las instalaciones, al grado de descentralización de las decisiones, a las modalidades de financiación y transferencia, a la formación del personal y a la gestión, a la apertura de mercados exteriores. Los estados del Tercer Mundo insisten generalmente para obtener instalaciones industriales lo más completas posibles y ligadas, al principio y al final, entre sí; por la definición de acuerdos que permitan someter la gestión de las unidades industriales a las políticas industriales estatales; por la elección de cuadros nacionales para la gestión de las unidades productivas; por la apertura de redes internacionales de distribución de los productos elaborados en las empresas descentralizadas (considerando la reducción de las barreras proteccionistas de los países desarrollados insuficientes para permitir la penetración en estos mercados); por el apoyo a la investigación tecnológica nacional; por la reglamentación de las modalidades de financiación; por la reglamentación de las transferencias (división de los riesgos, techos a los beneficios exportables, obligación de invertir parte de los mismos en la economía nacional, etc.).

Estas "exigencias" siempre han sido consideradas inaceptables por las multinacionales, interesadas sólo en una descentralización parcial mediante filiales prácticamente controladas por ellas mismas. En el límite, la propia negociación carece de sentido. De todos modos, la mayoría de países del Tercer Mundo se ha alineado progresivamente, de hecho, en la estrategia de la "descentralización productiva". Sólo están en condiciones de negociar aquellos países que rechazan la instalación directa de las filiales y tratan de sustituirla por la adquisición de fábricas "llave en mano" en el marco de un programa global de industrialización.

La estrategia de estos estados contaba con la posibilidad de modificar en sentido favorable el orden internacional mediante acciones combinadas, unilaterales, unas veces; basadas en negociaciones colectivas entre estados (norte/sur), otras. El objetivo era, hay que recordarlo, organizar cárteles de productores del Tercer Mundo que pudiesen imponer la revisión de los precios de las materias primas. El control nacional de los recursos naturales tenía que permitir no sólo intervenir en la oferta, sino también y sobre todo organizar una política de explotación de dichos

recursos que tuviese en cuenta los intereses nacionales a largo plazo y terminase con los ritmos de explotación exclusivamente determinados por las necesidades del país desarrollado. Reforzados de este modo, los países del Tercer Mundo esperaban disponer de un poder de negociación real que obligase al norte a hacer algunas concesiones: apertura de mercados, códigos de conducta en materia de transferencias tecnológicas, etc. La cooperación entre países del Tercer Mundo (la "autonomía colectiva", *collective self-reliance*) se inscribían en esta perspectiva para reforzarla.

Las derrotas y los desengaños del Tercer Mundo

De todos modos, el balance de las "negociaciones" iniciadas con la crisis petrolífera de 1973 y con la adopción de la Carta del "nuevo orden económico internacional" en 1974, es, de hecho, negativo. El objetivo que los países del Tercer Mundo se habían fijado en Lima —el 25 % de la producción y del comercio de productos manufacturados para el año 2000— ha sido progresivamente sustituido por un incierto programa de "liberalismo comercial a escala mundial" que acompaña a las transferencias parciales en el marco de la descentralización de las multinacionales. Pero ni siquiera se puede decir que este programa se haya puesto en práctica, ni por parte de las multinacionales ni por parte de los estados desarrollados (véase, por ejemplo, las medidas proteccionistas tomadas en el campo de los textiles).

En el ámbito de las transferencias financieras, cansado del fracaso de la "ayuda exterior" (recuérdese que originalmente el objetivo era transferir el 1,1 % del PNB; que cada año este objetivo se aleja más; y que desde el punto de vista "cualitativo" las ayudas han dejado mucho que desear), el Tercer Mundo había pasado a la ofensiva, tomando posiciones acerca de la reforma del sistema monetario internacional. Con este propósito había propuesto la creación de nuevas unidades de pago internacionales basadas en productos básicos y en la elaboración de unas reglas que permitiesen apoyar los esfuerzos de desarrollo estableciendo un "vínculo" entre la emisión de esta nueva liquidez y las necesidades de los países del Tercer Mundo. Se trataba, sin duda, de un proyecto utópico.

Sea como sea, el hecho es que la ofensiva del Tercer Mundo en esta dirección ha ido decayendo. El centro de gravedad de las preocupaciones se ha desplazado progresivamente hacia el problema de la deuda que divide al Tercer Mundo. El FMI y los países acreedores imponen a menudo (mediante la constitución de una auténtica tutela que recuerda los protectorados creados en el siglo XIX en Oriente y América Latina) políticas que, sin excepciones ni matices, sacrifican globalmente el desarrollo al equilibrio externo, afectando particularmente a los trabajadores y a las capas menos favorecidas, a desecho de tantos discursos sobre las "necesidades básicas".

En el ámbito de las "transferencias de tecnología", como es sabido, el proyecto de un "código de conducta" ha sido rechazado por los *partners* desarrollados. En otros campos, como el de los derechos jurisdiccionales de las zonas marítimas, las aspiraciones del Tercer Mundo han sido tratadas con el mayor de los desprecios.

Se podría alargar indefinidamente el catálogo de "fracasos" y de "desengaños". Al mismo tiempo, podríamos preocuparnos del ritmo con que se proponen "nuevos temas", la mayoría de las veces ambiguos y que, por ello, son sospechosos de constituir maniobras dilatorias. "Población", "ambiente", "crecimiento cero", "prioridad de las necesidades básicas", "prioridad del pleno empleo", "redistribución de la renta", "tecnologías intermedias o apropiadas", "cooperación entre países en vías de desarrollo", "ciencia y tecnología al servicio del desarrollo": se suceden y se sustituyen sin que nada cambie realmente en el campo de las relaciones internacionales.

¿Qué relaciones se delinean entre las grandes áreas sociales y económicas con la nueva división internacional del trabajo?

No basta con comprobar el fracaso. Es preciso analizar sus causas. ¿Son puramente coyunturales (crisis económica)? ¿Pueden atribuirse a los "errores tácticos" del Tercer Mundo (su división y su debilidad)? ¿O es que esta coyuntura y esta

debilidad expresan la imposibilidad de un desarrollo concentrado en la periferia del sistema capitalista contemporáneo?

No hay duda que la crisis, a la que consideramos principalmente como una crisis estructural de la división internacional del trabajo, es una crisis profunda, como lo atestiguan el fracaso de las políticas coyunturales "elásticas" (monetarias) o neokeynesianas. La crisis, iniciada a mediados de los años 60 en el campo de las relaciones interimperialistas con la caída del sistema monetario de Bretton Woods, ha invadido ya otros campos y flagela duramente la vida económica y el sistema de producción.

No es posible "prever" la evolución de una crisis que lleva en su seno posibilidades contradictorias. El conjunto de luchas que acompañan a la crisis puede, efectivamente, producir una ruptura en el mercado internacional integrado que ha caracterizado —juntamente con la hegemonía de los Estados Unidos— al sistema mundial en el último cuarto de siglo. Las rupturas en el sistema monetario internacional, las medidas proteccionistas —por limitadas que sean—, la renovación de las "preferencias imperiales" que sustituyen al "liberalismo sin fronteras" recuerdan que los "repliegues imperiales", análogos a los que siguieron a la crisis de los años 30, no son imposibles. Es evidente que la repetición de una *crack* financiero global podría desencadenar una evolución de este tipo. Pero, ¿acaso la base para una *crack* de esta clase no existe ya en el endeudamiento de los países del Tercer Mundo y del este?

Es preciso, sin embargo, constatar que, de inmediato, las reacciones de los centros capitalistas van en sentido contrario. El realineamiento de los imperialismos secundarios con el imperialismo americano es una realidad atestiguada por muchos hechos: los esfuerzos conjuntos para mantener un sistema de pagos multilaterales basado de hecho en el dólar (a pesar del progreso en la coordinación monetaria europea, pudiendo el Fondo monetario europeo convertirse sólo en una parte de un conjunto que preserve la hegemonía de los Estados Unidos), la misma opción europea, con la "estabilización" en Francia, en Portugal, en España y en Grecia, refuerza la hegemonía alemana, hasta ahora creía de transmisión de la de los Estados Unidos. ¿Acaso el propio movimiento obrero no tiende a desplazar el énfasis hacia la estabilidad monetaria a pesar de los riesgos de paro y de la pérdida de unidad de la clase obrera (sacrificando los intereses de las fracciones "no integradas" de trabajadores —emigrados, mujeres, jóvenes— afectados por el paro, a los de la "aristocracia obrera" que padece sólo la inflación)? ¿Acaso esta tendencia no refuerza el realineamiento? Falta saber, evidentemente, si el realineamiento actual será duradero, es decir, si el mercado mundial tendrá la capacidad de resistir, tanto en el plano económico como en el plano político, a una larga crisis.

Se trata de ubicar en este marco la negativa a hacer concesiones al Tercer Mundo. Las tendencias efectivas que operan en el campo de la descentralización deben analizarse en este contexto —en estrecha relación con la cuestión de la circulación mundial del capital (y por consiguiente, con las deudas). Efectivamente, el actual período se caracteriza por la gran abundancia de capitales disponibles por múltiples razones: ralentización del crecimiento y de las inversiones en numerosos sectores (particularmente en las zonas no monopolizadas de la economía) y, al mismo tiempo, mantenimiento de elevados beneficios en el sector de los monopolios con un exceso de liquidez de las multinacionales; emisiones inflacionistas en los países desarrollados; reciclaje de los fondos petrolíferos, etc. Y las multinacionales industriales y financieras están en posición privilegiada para hacer circular estos capitales a escala mundial, a desecho, en caso necesario, de las políticas estatales. Al mismo tiempo, causa y efecto de las fluctuaciones especulativas de los cambios, estas liquideces han sido abundantemente colocadas en los estados del este y del sur.

Hay que distinguir entre el endeudamiento de los países del este y el de los estados del Tercer Mundo. En efecto, los capitales prestados a los países del este, aunque provengan de consorcios privados con el aval de los gobiernos contribuyen ciertamente a la aceleración de la industrialización estatal de estos países e invitan a integrar esta industrialización en los intercambios mundiales (aunque sólo sea para garantizar el pago de las deudas). Viceversa, en los países del Tercer Mundo sólo una fracción menor de este

endeudamiento se destina a sostener directamente la industria. En efecto, las exportaciones industriales del sur han aumentado poco, exceptuando las de cuatro países: Corea del Sur, Taiwan, Singapur y Hong-Kong. La fracción mayor del endeudamiento, proveniente también en este caso de consorcios privados, se destina a pagar las importaciones corrientes y a sostener a los aparatos estatales en dificultades.

Evidentemente, habría que matizar esta diferencia. Después de todo, el acceso de los países del este al mercado financiero representa un alivio en la porción de sus rentas que dedican a gastos militares. Por su naturaleza política, los países del este y del sur son demasiado diferentes para no tener en cuenta que los efectos del endeudamiento exterior no son iguales.

¿Hay que plantearse el problema relativo a este "resurgir del capital financiero"? ¿Podría ello conducir, en definitiva, a la aceleración de la industrialización en el Tercer Mundo, siendo la inversión en las industrias de exportación retardada sólo por causas coyunturales? ¿O bien esta deuda seguirá siendo un peso muerto al servicio del cual se producirá, como ya pasó en el siglo XIX, un recorte parasitario suplementario sobre la renta? En este caso, el sistema se revela en toda su vulnerabilidad como basado en una serie de equilibrios frágiles resultantes de las contradicciones entre la movilidad de los capitales, por una parte, y su inmovilización en sus



destinos, de hecho no líquidos, por otra. En este caso, no se puede excluir las perspectivas de una *crack* financiero.

Los desarrollos precedentes invitan a reflexionar sobre las modificaciones reales en curso en las relaciones internacionales, económicas y políticas. Una estadística significativa: entre 1974 y 1978, mientras la producción de acero disminuía en 36 millones de toneladas en el conjunto de los países capitalistas desarrollados, en otras regiones del mundo crecía en la misma proporción sobre todo gracias al aumento de la producción de los países del este (URSS, Polonia, Rumania, Checoslovaquia) y de China y, por consiguiente, sólo en una mínima medida en relación con el aumento de la de los países en vías de desarrollo (por lo demás, esta contribución se limitaba prácticamente a cinco países: Brasil, México, India, Corea del Sur y Taiwan). Esta es la realidad: si las relaciones económicas se modifican a escala mundial, ello sucede entre el oeste, el este y China, y no entre norte y sur.

El desarrollo del este y de China ¿va acompañado, como parece, de la voluntad de integrarse en la división internacional del trabajo? ¿Con qué condiciones? ¿Los monopolios que dominan las sociedades del oeste y del sur extenderían su dominio al este y a China, como proclamaban algunos? ¿El sistema capitalista volvería a ser realmente un sistema mundial después de haber estado amenazado durante un tiempo por las construcciones socialistas autárquicas?

Independencia política y balcanización económica

Los defensores de la estrategia del "nuevo orden económico internacional" dan respuestas alternativas poco precisas a las preguntas anteriores. Argumentan que la construcción de una economía nacional autocentrada y la participación en la división internacional del trabajo no son incompatibles. Si la URSS, y también China, no obstante la naturaleza no capitalista de su economía, aspiran a integrarse en el intercambio mundial e incluso a tratar con las multinacionales, los estados del Tercer Mundo, que no tienen las ventajas de estos países-continentes, ¿pueden tomar en consideración una autarquía absurda que les condenaría irremediablemente al estancamiento?

La posibilidad de conciliar la integración en el sistema mundial con una estrategia de desarrollo nacional tenía que demostrarlo el "nuevo orden económico internacional" ya que la división internacional del trabajo tenía que adaptarse a las exigencias del desarrollo nacional de los países del Tercer Mundo.

El período 1970-1975, con una coyuntura favorable, dio la impresión de que este proyecto era realizable. No olvidemos la serie de victorias políticas del Tercer Mundo durante estos años: la guerra de octubre del 73 y la perspectiva de un retroceso del sionismo, la independencia de las colonias portuguesas en 1974, la victoria de los pueblos de Vietnam y Camboya en 1975, el incremento de las luchas en Zimbabwe, Namibia y en África del Sur, la revolución campesina en Etiopía, los movimientos populares de Benin y Madagascar. Incluso en la Europa meridional la desestabilización parecía amenazar al sistema en Italia, en Francia, en Grecia, en Portugal y en España, con el fin de las dictaduras. Todos estos acontecimientos se produjeron en un plazo relativamente breve de tiempo. Su contemporaneidad con la crisis económica se tradujo en una "oleada de pánico": la hegemonía americana parecía definitivamente superada; se hablaba de un desmembramiento de Europa. Y fue en este marco cuando el grupo de no alineados, presidido por el presidente Bumedien, definió la plataforma del "nuevo orden económico internacional".

Pero la experiencia histórica del desarrollo ¿no era acaso una prueba en contra de la tesis del "nuevo orden económico internacional"? ¿No enseña la experiencia histórica de los países capitalistas desarrollados que la industrialización y la creación de una economía nacional se han realizado siempre negando la división internacional del trabajo, es decir, dejando de colocarse de un modo pasivo en líneas con las "ventajas comparativas" del momento? Y esta es la razón, por lo demás, de que la construcción de una economía nacional haya tenido siempre la implicación de una política estatal.

El estado-nación de la burguesía decimonónica, desde la Francia republicana a la Alemania y al Japón imperiales, fue un instrumento indispensable para esta construcción. Y si esto no se produjo en un marco de autarquía, lo cierto es que las relaciones internacionales se vieron sometidas a las exigencias de la construcción interna. A menudo, por lo demás, estas relaciones externas, centradas en la explotación de las periferias, aceleraron simplemente los ritmos de la acumulación interna (como fue, en particular, el caso de Inglaterra y de Francia). Para los países llegados más tarde, pero antes de la época imperialista —Alemania, Italia, Estados Unidos, Japón, Austria-Hungría y Rusia— la construcción autocentrada siempre ha implicado el proteccionismo, la financiación estatal de las infraestructuras, una política estatal para las transformaciones agrarias tendientes a promover el progreso de la agricultura y el autoabastecimiento alimenticio. Aunque los desarrollos nacionales no se inscriban en un marco autárquico, es importante señalar que las relaciones exteriores estaban siempre sometidas a la lógica de la acumulación interna y a sus exigencias, y no al revés, y hay que subrayar también que todas estas experiencias, la japonesa siendo la última en el orden temporal, son anteriores a la constitución del sistema imperialista.

La experiencia histórica de los países que han roto con el imperialismo todavía es más evidente. La URSS y China no sólo han llevado a cabo transformaciones económicas y sociales fundamentales, sino que éstas se han realizado en un marco de autarquía, una construcción impuesta, por lo demás, por el mundo capitalista. Incluso los pequeños países de la Europa del este a

han atravesado un período prácticamente autárquico, en la época de los planes estalinistas de los años 50, en cuyo transcurso se realizó la parte esencial de una estructura económica nacional. Sin embargo, no cabe duda que hoy estos países parecen desear una mayor integración en el intercambio mundial. Para algunos, ésta es la confesión de su fracaso: fracaso de la agricultura soviética, fracaso de la tentativa de una industrialización original de China. Este razonamiento no es de muy largo alcance. Silencia el hecho esencial de que, sea cual sea la naturaleza de las relaciones de producción que caracterizan a estas sociedades —socialistas o no—, una economía nacional autocrizada ha sido creada. En estas condiciones, estos países no se presentan en el “mercado mundial” en posición de debilidad, sino todo lo contrario. Sean cuales sean sus debilidades, la Unión Soviética dispone de excelentes cartas: recursos naturales, control estatal de la producción, capacidad del sistema político para prolongar el relativo aislamiento del país, y finalmente (lo que no es poco) una potencia militar a escala planetaria. Por lo que respecta a China, no se ha dicho que está a punto de pasar bajo las horcas caudinas de los monopolios, como un vulgar “país subdesarrollado”; se propondrá conservar, sin más, el pleno control de sus relaciones internacionales.

Indudablemente, las relaciones internas en “el campo socialista” han cambiado. La Unión Soviética, en efecto, ha elegido tratar de impedir por todos los medios la modernización y la industrialización de China, la cual, prescindiendo de su sistema político y social, se impondría, por sus dimensiones, como un *partner* “a la par”, poniendo en entredicho la lucha/reparto a escala planetaria entre las dos actuales superpotencias (y esta es, a nuestro modo de ver, la razón de que todas las tendencias chinas, tanto las de “derechas” como las de “izquierdas” sean necesariamente antirusas). Este cambio, que ha determinado la explosión del viejo “sistema socialista”, favorece también la integración de China en el sistema de intercambios económicos con el oeste. Lo mismo sucede, aunque a una escala más reducida, en Europa oriental. ¿No trata la URSS, en el interior del Comecon, de imponer una especialización considerada por algunos países como contraria a sus intereses nacionales? Rumania, así como Yugoslavia y Albania en diferentes circunstancias, y también Hungría y Polonia tratan de proteger y desarrollar estructuras industriales nacionales autocrizadas y amenazadas de varios modos. Sin embargo, el contrapeso que estos países pueden esforzarse en encontrar acentuando los intercambios con el oeste, ¿no funcionará también como un factor suplementario en favor de una “reunificación” del mercado mundial?

Una tesis que desarrolla hasta el final estas tendencias afirma que el futuro verá, pues, restablecida la unidad del mercado mundial. Se trata, de este modo, un gran fresco histórico que ofrece el aspecto de un movimiento oscilatorio. La unidad del mercado mundial, constituida en el siglo pasado en el marco de la hegemonía británica (siendo la libra esterlina la unidad de medida monetaria), amenazada ya a finales de siglo por el ascenso de los imperialismos rivales, mantenida bien o mal hasta 1914, dejó de existir durante la “guerra germano-americana de treinta años por la sucesión británica” (1941-1945) para restablecerse en la segunda posguerra en el marco de la hegemonía americana. Amenazado en el pasado por el ascenso de los países del este, ese mercado estaría sin embargo en vías de reconstitución. Esta vez el ritmo de la oscilación sería más rápido dado que la distancia que separa a los países del este y la China de los países occidentales no permitiría “jugar la partida” a cada uno por su cuenta, y menos aún divididos. Añadamos, por último, que el comportamiento de los países del este en relación a los países del sur indica la prioridad otorgada por los primeros al mantenimiento de una red de intercambios mundiales multilaterales. Queda por demostrar, de todos modos, que los monopolios se propongan extender su dominio a las economías “socialistas”.

En cualquier caso, la situación de los países del Tercer Mundo es muy distinta de la de los llamados socialistas. La dependencia de las economías del Tercer Mundo deriva de la posición subordinada que ocupan en la división internacional del trabajo en la época imperialista. ¿Sabrá el movimiento de liberación nacional transformar esa relación de dependencia y obligar al sistema mundial a adaptarse a un desarrollo na-

cional autocrizado de la periferia? En ese caso, el sistema imperialista no habrá sido más que una etapa de la expansión capitalista a escala mundial y no su estadio supremo; simplemente, un estado intermedio que asegura el pasaje de un sistema caracterizado por su asimetría centro/periferia a un sistema global y homogéneo de dominación de las relaciones capitalistas.

Si el grupo de los 77 aparece hoy en la escena internacional como un “sindicato de reivindicaciones económicas”, no hay que olvidar que la asociación de defensa económica ha venido precedida por la solidaridad política efectiva de los pueblos de Asia y África.

Esa solidaridad, en primer lugar árabe-asiática y luego extendida a toda África deviniendo así afro-asiática, era la de aquellos países que habían conquistado su independencia, en los años 50 y 60, mediante movimientos en lucha por ese objetivo. Esa solidaridad no ha abarcado nunca a América Latina, obviamente porque ahí no se planteaba el problema de la independencia, pero también porque ese continente pertenece al área cultural europea. El movimiento de liberación afroasiático revestía y reviste una dimensión cultural “no europea”. Además, la solidaridad política afro-asiática se ha desarrollado en un período caracterizado por la hegemonía de los Estados Unidos y el arrinconamiento de la URSS. Este último país, que todavía no había alcanzado un potencial militar similar al de los Estados Unidos, se encontraba a la defensiva. El “no alineamiento” y la “neutralidad positiva” de los



origenes venían, pues, determinados por el rechazo de los países de reciente independencia de adherirse a las alianzas antisoviéticas de la guerra fría.

Todas estas condiciones han cambiado. El movimiento de liberación nacional burgués ha conquistado la independencia; el sistema imperialista se ha adaptado a una nueva alianza internacional de clases que acompaña una nueva y desigual división internacional del trabajo; la guerra fría ha dado paso a la coexistencia; la Unión Soviética se ha consolidado como potencia militar pareja a los Estados Unidos; ambas superpotencias persiguen objetivos planetarios.

En estas condiciones, ¿son capaces las burguesías del Tercer Mundo de hacer franquear una nueva etapa a sus países? ¿Después de la independencia política pueden conquistar la independencia económica? La coyuntura de los años 1970-1975 parecía hacerlo creer. Los años subsiguientes han demostrado la debilidad del proyecto. Occidente se ha recuperado y reunificado; el frente del Tercer Mundo se ha resquebrajado; y el Tercer Mundo, perdida su autonomía, ha pasado a ser objeto de apuesta en el juego de las superpotencias. Sin embargo, y contrariamente a ciertas opiniones, la solución del problema de la liberación nacional sigue siendo lejano. El *impasse* del “nuevo orden económico internacional” y la impotencia de la burguesía han quedado apenas demostrados y ya, al ritmo de la historia de hoy, las fuerzas populares del Tercer Mundo parten de nuevo al asalto, como

lo demuestran los acontecimientos de Irán.

Si no parece posible evitar una fase histórica de autarquía, de desvinculación de la división internacional del trabajo, es evidente que esta condición necesaria no es sin embargo suficiente. Birmania, aunque replegada sobre sí misma en una casi autarquía, permanece estancada por falta de una transformación de las relaciones de producción. La causa del fracaso de las experiencias socialistas abortadas no reside en absoluto en el hecho de que los países en cuestión se hayan alejado del sistema mundial, sino, más banalmente, de que las transformaciones de las relaciones sociales han sido insuficientes.

Una estrategia de “autonomía colectiva” para un desarrollo “autocrizado”

Después del “nuevo orden económico internacional”, ¿hacia dónde va el Tercer Mundo? ¿Se someterá progresivamente al programa de descentramiento de los monopolios que, más allá de la crisis actual, acabará imponiendo una nueva división internacional del trabajo? ¿O bien los estados del Tercer Mundo conseguirán finalmente superar una nueva etapa del desarrollo capitalista imponiendo su participación en la división internacional del trabajo en un plano de menor desigualdad, pasando de la dependencia a la interdependencia? ¿O, tal vez, al fracasar las burguesías del Tercer Mundo en este empeño, una nueva oleada de luchas populares confiera de nuevo el protagonismo a los pueblos del Tercer Mundo?

La tesis más compartida es la de que los monopolios acabarían imponiendo sus estrategias de descentramiento. La confirmación de esta posibilidad vendría dada, sobre todo, por las circunstancias de la crisis. Después de 25 años de fuerte crecimiento, las clases obreras de Occidente se hallan políticamente débiles (al haber renunciado al proyecto de una sociedad propia) pero económicamente fuertes (gracias a los efectos del pleno empleo en este período). Son estas clases obreras las que se oponen a la reestructuración-descentramiento, porque ello agravaría el desempleo en el centro. Los monopolios deben, pues, primero derrotar a esas clases para poder dar curso, después, a sus estrategias. Este análisis contiene ciertamente una parte de verdad, pero, por lo demás, el desenlace de estas luchas en el centro permanece incierto, por el momento. Pero, sea cual sea su desenlace, ¿acaso es la lucha de clases en el centro la que domina la escena mundial? Hay que constatar que, desde la época del imperialismo, esta lucha se entrelaza con la de los pueblos de la periferia que, en último término, ha condicionado en mayor medida la evolución a escala mundial. La estrategia de la reestructuración-descentramiento ha sido ya aplicada en Asia Oriental (Corea del Sur, Taiwán, Hong-Kong y Singapur) a un nivel tal que ha dado unos resultados tangibles incansablemente puestos como ejemplo por instituciones internacionales como el Banco Mundial.

La tesis más favorable a los monopolios pone el acento en los efectos de fuerte crecimiento inducidos por esta estrategia de descentramiento. Una vez más, la respuesta es que el desarrollo no puede surgir de instalaciones dislocadas, no articuladas en conjuntos nacionalmente integrados. Por otro lado, el crecimiento inducido del que se habla es necesariamente muy desigual en su distribución, y con ello contriuye a acentuar las distorsiones fundamentales de los ulteriores puntos de desarrollo. ¿Acaso no demuestra el Irán el carácter explosivo de este modo de desarrollo?

La tesis “oficiosa” de los defensores locales de esa estrategia en los países del Asia Oriental, y especialmente de Corea, es la de que tal articulación va siendo progresivamente construida mediante una política estatal sistemática. La subcontratación en beneficio de muchas pequeñas y medianas empresas locales es organizada y defendida por el estado; la reforma agraria y la “revolución verde” abren perspectivas de autosuficiencia alimenticia; así, progresivamente, las filiales de los monopolios son “sitiadas”. No se oculta que ese “cercos” viene facilitado por la ideología confuciana de la fusión del estado y la economía. Se da a entender, solapadamente, que Corea del Norte opera del mismo modo, pues las cooperativas y las pequeñas unidades “socialistas” se van articulando en torno a las grandes unidades estatales creadas gracias a la ayuda y a la tecnología soviéticas. ¿Se trata de una ilusión o bien del embrión de una excepción explicada a través de la ideología confu-

ciana? El problema previo que hay que responder es evidentemente el de saber quién financia a quién: ¿es la economía nacional la que financia la acumulación de las unidades monopolísticas o viceversa? Toda la problemática del intercambio desigual radica en eso.

Con todo, los estados motores del Tercer Mundo no han renunciado a sus objetivos, al menos en el plano nacional, y por más que la posibilidad de formar un “frente común” para imponer una revisión global de la división internacional del trabajo se haya revelado más difícil de lo previsto. El primero de estos objetivos es el sustancial aumento de precios de las materias primas, es decir el control de las rentas mineras y de la tierra. En efecto, parece que hasta nuestra época el capital se ha beneficiado de un acceso casi libre a los recursos naturales a escala planetaria. Ello resulta evidente en el caso de los recursos mineros pero lo mismo ocurre cada vez que en la agricultura de exportación la ausencia de una forma estructurada de propiedad de la tierra no campesina ha permitido que el capital se apropiara de la renta absoluta de la tierra. Sobre estos puntos ya hemos desarrollado la tesis de que la constitución y reforzamiento de una burguesía industrial en el Tercer Mundo constituiría la condición para la apropiación a beneficio suyo de esas rentas. Pero, hasta hoy, sólo los países petrolíferos han conseguido alcanzar ese objetivo. Y no se puede olvidar que su acción en 1973 y 1974 convergía con los objetivos de las multinacionales del petróleo y de los Estados Unidos, deseosos, en aquel momento, de hacer entrar en razón a Europa y al Japón para forzarlas a realinearse. ¿Resultado forzo concluir que las burguesías del Tercer Mundo son demasiado débiles para actuar si no saben explotar las contradicciones interimperialistas?

El proyecto del “nuevo orden económico internacional” buscaba precisamente el reforzar mediante un frente común a los estados del Tercer Mundo en su relación con los centros del sistema. Se pensaba entonces que sus intereses comunes prevalecerían por encima de las divergencias de sus intereses inmediatos. Por ejemplo, los mejores situados de entre los países candidatos a la exportación industrial están interesados en que los precios de las materias primas se mantengan bajos, pues son mucho más importadores que exportadores de ellas. Pero así como ciertos países de Asia y de América Latina tienen necesidad, para penetrar en los mercados de los países desarrollados, del apoyo (¿moral?) de la colectividad del Tercer Mundo, se creía que, en contrapartida, esos mismos países apoyarían (¿también moralmente?) las demandas de los países casi exclusivamente exportadores de materias primas (los países africanos, entre otros). Después de todo, aunque haya divergencias en cuanto a los intereses inmediatos, el apoyo del conjunto de los 77 a los países de la OPEP sigue siendo total. El mismo principio debería ser válido en cuanto a las divergencias de intereses relativas al endeudamiento externo, pues los países más “ricos” (los de fuerte crecimiento o de grandes recursos) son los que pueden endeudarse más fácilmente sin temor —con razón o sin ella— a la bancarrota o a una puesta en cuarentena que amenaza realmente a los demás.

A falta de fuertes acciones comunes en el terreno de las relaciones norte-sur, ¿pueden los estados del sur pensar en reforzarse mediante una estrategia de cooperación entre los países del Tercer Mundo (*collective self-reliance*, o mejor aún, “autonomía colectiva”) como nexo de unión y complemento del desarrollo nacional autocrizado (*national self-reliance*)? Hasta ahora, poca cosa se ha hecho, con excepción de algunas conferencias y discursos (como la conferencia de Buenos Aires de 1978) y una serie de proyectos (como el proyecto de un Banco del Tercer Mundo patrocinado por la UNCTAD) consecutivos al fracaso de la intervención del Tercer Mundo en la reforma del sistema monetario internacional. Cabe mencionar también los proyectos de creación de multinacionales del Tercer Mundo, o de estructuras para investigaciones tecnológicas comunes. ¿Se trata de proyectos necesariamente “utópicos”? El discurso sobre el *delinking*, es decir sobre la ralentización de las relaciones norte-sur y su progresiva sustitución por una intensificación de las relaciones internas entre los países del Tercer Mundo, es sólo un discurso? ¿Acaso el problema no radica, más que en proponer “buenos programas” de coo-

peración interna al Tercer Mundo por oposición a los “malos programas”, en saber por qué esos programas son “malos”?

El nudo social que está en la base de un desarrollo económico autónomo

Dadas esas debilidades internas de las sociedades del Tercer Mundo, ¿cuál es la estrategia que podrían seguir?

El énfasis puesto en el irresistible poder económico de los monopolios en nuestra época tiende a bloquear el análisis de las debilidades de la burguesía y de las clases dirigentes del Tercer Mundo. No cabe duda que si la “tecnología” pesa tanto en nuestra época se debe a que, al ser apropiada por los monopolios, les permite a estos imponer la venta “en bloque” de sistemas productivos (fábricas “llaves en mano”) en los que sólo una pequeña parte está hecha por elementos técnicos realmente nuevos. Esta posición permite a los monopolios no sólo apropiarse del conjunto de las rentas y de los superbeneficios, sino también absorber una parte del beneficio normal. En estas condiciones, no tendría nada de extraño que por más que los países del Tercer Mundo llegasen a efectuar un 25 % de la producción industrial mundial, la fracción del excedente global de la que se apropiarían sería muy inferior a ese porcentaje, y ello independientemente de la propiedad formal de las instalaciones productivas.

Las condiciones impuestas por los monopolios a los países del Tercer Mundo son, pues, más severas que las que caracterizan sus relaciones con los países del este y con China. Muchas son las razones que explican este hecho. A las razones generales ya esbozadas, hay que añadir que cuando los países del este y China adquieren tecnología, son capaces de asimilarla, de reproducirla e incluso de desarrollarla. En cambio, la infraestructura científica y técnica de los países del sur no permite hacer lo propio.

Por supuesto, la tecnología, sea cual sea, jamás es neutral respecto a las relaciones de producción y su importación comporta consecuencias, tanto en China como en el Tercer Mundo. Pero si los países del este europeo tienen tecnologías similares a las del oeste, lo que facilita los intercambios exteriores, se debe a que han basado su desarrollo en relaciones sociales similares a las occidentales y no a que se hayan sometido a los monopolios. Por lo demás, está por demostrar que China prevea, al menos por ahora, una importación masiva de tecnología hasta el punto de deformar sus orientaciones fundamentales (“tomar la agricultura como base”); y aún menos someterse al dictado de los monopolios. El Tercer Mundo, en cambio, no tiene siquiera el embrión de “tecnologías adaptadas” a sus problemas. Y si optase por una industria centrada en torno a la exportación, estaría absolutamente obligado a importar, desde una posición de debilidad y a escala masiva, tecnologías que determinarían sus orientaciones globales, como mínimo por la necesidad de competitividad de sus productos en los mercados de los países desarrollados.

El problema aparente, la fuerza de los monopolios, nos envía pues de nuevo al verdadero problema, la debilidad del Tercer Mundo y de la naturaleza de clase de sus sistemas sociales. Calificar como “capitalista” en general el desarrollo en curso en el este y en el sur y como “burguesías” a sus clases dirigentes, no basta. Porque hay una gran diferencia entre la “burguesía nacional” del este (si se quiere calificar a esta clase como burguesía) y las burguesías “neopropietarias” del sur.

La diferencia está en las condiciones históricas de formación de estas “burguesías”. En el este, en la Unión Soviética o en China, la “burguesía” es una clase nueva, surgida de la revolución socialista desviada. El momento revolucionario forjó la convergencia de un bloque de clases populares, anticapitalistas, que incluía a la clase obrera, los campesinos explotados y diversas capas medias. Es del seno de este bloque de donde emerge, separándose de las masas, la nueva clase. Esta convergencia ha hecho posible una construcción económica nacional que, entre otras cosas, ha permitido, con la transformación de las relaciones sociales en el campo (la revolución campesina), el desarrollo de la base agrícola y alimenticia de la industrialización. En los países del sur, en cambio, esta convergencia brilla por su ausencia. La nueva burguesía no se constituye a partir de una revolución campestre-

na y socialista, sino que deriva directamente de las clases forjadas en el estadio anterior al imperialismo. La “crisis agrícola y alimenticia” del Tercer Mundo, que implica la incapacidad de sostener su industria con un apropiado progreso de la agricultura, expresa precisamente la ausencia de revolución campesina. En estas condiciones, la burguesía es incapaz de construir una economía nacional, y ésta sólo puede alimentarse del crecimiento inducido por su inserción en el sistema imperialista.

Se dirá, y con razón, que también la Unión Soviética experimenta dificultades alimenticias. Es verdad, pero también éstas son debidas a la ruptura de la alianza obrera y campesina determinada por la colectivización de los años 1930-1933. No es, pues, una casualidad; es más, esa incontestable realidad constituye el flanco débil del sistema soviético. La relativa lejanía de esa ruptura explica también la forma definitiva de la nueva sociedad soviética. Hasta ahora nada autoriza a concluir que lo mismo ocurra en China.

Analizada la naturaleza de clase de los estados del Tercer Mundo se puede entonces comprender mejor la naturaleza real de su estrategia. Esta no persigue la construcción de economías nacionales, sino la inserción de la división internacional del trabajo. En estas condiciones, la mejora de su posición resulta a veces más fácil de obtener si se perjudica a los *partners* más débiles.

Ahí radica la causa de la ambigüedad de los discursos sobre la “autonomía colectiva”. De modo general, la comprobación de un ámbito de “liberalismo generalizado inter-Tercer Mundo” (las preferencias generalizadas entre países del Tercer Mundo), las experiencias de los difuntos “mercados comunes” (como el de África oriental), etc., ocultan objetivos de este tipo.

El *partner* poderoso proyecta, con estos programas, insertarse en la división internacional del trabajo para su beneficio inmediato y aunque sea a costa de perjuicios para los otros. Nos lo recuerda el debate sobre los “subimperialismos”. Nos lo recuerda aún más la realidad de las desigualdades en el Tercer Mundo. Porque los países “menos desarrollados” son a menudo, como está demostrado, países dependientes de segundo grado, es decir, vinculados a los países dependientes de primer grado. Es por ello por lo que la exigencia de un desarrollo autocrizado debe ser especialmente sentida por los países “menos desarrollados”, para los que incluso la esperanza de un desarrollo dependiente es una pura ilusión.

El estallido de las contradicciones internas al Tercer Mundo, tanto en el plano económico como en el político (véanse los acontecimientos en el cuerno de África, en el Sahara Occidental, en el África central, en el subcontinente indio, en Indochina, etc.) no expresan a nuestro entender un resurgimiento de los viejos “nacionalismos” precapitalistas, desencadenados una vez conquistada la independencia. Si los viejos conflictos son utilizados, y lo son, es porque resultan útiles a las estrategias de las burguesías dependientes, ya formadas o en vías de formación, que aspiran a mejorar su posición en el sistema mundial a costa de los más débiles. No es casual, pues, que se apele a las potencias extranjeras, porque su ayuda debe suplir las debilidades de una estrategia que no puede más que ser débil, pues no puede responder a las aspiraciones profundas de las masas populares sino sólo, en el mejor de los casos, movilizarlas en torno a objetivos parciales que no cuestionan la dirección de las clases explotadoras. Son muchos los acontecimientos que, día tras día, demuestran que esta estrategia hace del Tercer Mundo la apuesta de las superpotencias en su lucha por la dominación y el reparto del mundo.

Vigilar, sospechar y denunciar

Gregorio Kaminsky

En el último trimestre de 1979, las más altas autoridades militares argentinas no perdieron oportunidad de manifestar que la subversión armada había sido derrotada y, más aún, que todo rebrote de violencia no preocupaba y que estaba bajo control.

Sin duda, todas esas declaraciones estuvieron orientadas a dar cuenta de un control militar total de la situación del país, con el lenguaje paternalista y no menos autoritario que se les conoce desde hace más de tres años y medio.

Guardianes de la sociedad capitalista, los militares conocen del ejercicio de la fuerza hasta el terror y el aniquilamiento. Sin embargo, ya han comprendido que, como tantos otros gobiernos militares de facto, el ejercicio del poder no es sólo el uso del castigo sino que deben administrar su desembozada fuerza en la esfera de lo social, lo cultural, incluso lo deportivo.

El tema de la denominada lucha ideológica les preocupa mucho. En este punto será subversiva toda actividad, cualesquiera sean sus agentes sociales, que no se encuadre dentro de los escuetos, negativos y represivos *diktats* ideológicos de la dictadura.

Al apelar a formas anacrónicas y perimidas de cultura satanizan importantes desarrollos de la vida cultural argentina.

Una bien elocuente manifestación de las posiciones del gobierno militar en el ámbito de lo que denominan la "guerra ideológica", ha sido la conferencia que pronunciara el entonces comandante en jefe del Ejército y miembro de la Junta militar que gobierna el país, teniente general Roberto Viola, en la Universidad de Belgrano (transcripta por *La Nación* el 26 de octubre de 1979).

En su disertación, denominada "Estrategia y el futuro nacional", dice el alto militar: "La maniobra interna [de la subversión] se apoyó políticamente en el enunciado de la defensa de causas de probada repercusión en América Latina" (*cursivas mías*).

El territorio como cuartel y campo de batalla, los hombres y mujeres como su tropa, la filosofía militar reconoce a la subversión ideológica, por lo menos, la astucia de recurrir a "causas de probada repercusión" para corroer los intersticios de la sociedad y producir el caos, ese estado antediluviano y anárquico, pero sobre todo bien pintado de rojo.

Pero, ¿cuáles son estas causas de probada repercusión social? Estas son puntualizadas por el general Viola: "la lucha contra el imperialismo, contra el colonialismo en todas sus formas, contra la acción perturbadora de los monopolios y las empresas transnacionales; contra la explotación de los sectores más pobres de la población". Sin duda, el diagnóstico militar ante los universitarios portafolios es correcto. Explotación, colonialismo, monopolios, transnacionales, etc., etc., son problemas de amplísima repercusión social. Causas probadas cuya réplica es la presencia misma de los militares en el poder.

Apropiados del aparato de poder, los militares se enfilan a apropiarse de su discurso; para ello deben librar la lucha en el campo ideológico y, por cierto, no manejan la cultura tan bien como el fusil.

"[...] el teatro, el cine y la música se constituyeron en un arma terrible en manos del agresor" (*cursivas mías*).

El campo de la cultura no es sino un frente de batalla; Fabricaciones Militares aun no ha sabido elaborar estas "armas terribles" hechas de palabras, imágenes y sonidos pero que se cuentan entre el arsenal de un enemigo que, incluso con la teoría aritmética de conjuntos, desata la furia paranoica.

El ciudadano, ese iluso bienintencionado, que asiste a una obra de teatro, una película o a un concierto, es sorprendido, infiltrado (mágica palabra en la política argentina) y adoctrinado por las huestes de la subversión ideológica, lugartenientes de Brecht, Costa-Gavras o Yupanqui. Ese hombre de la calle debe ser atravesado por la protectora y siempre benéfica mirada del poder para que la Patria pueda acceder "a una nueva etapa de firmeza y creatividad, donde la espada de Occidente recobre el brillo perdido" (*cursivas mías*).

La espada de Occidente como arma de la cultura, la mirada militar no tiene, para penetrar zonas que les son bastante ajenas, sino el lenguaje castrense del orden, la represión y la censura que es para ellos el de la "libertad".

"[...] el elemento psicológico juega un papel relevante en esta dialéctica de fuerzas en oposición y no puede ser menos, ya que el objetivo final de las operaciones en desarrollo es la mente humana, el sistema interno de convicciones de cada hombre" (*cursivas mías*).

Hemos visto, la subjetividad del argentino ha sufrido el copamiento ideológico de fuerzas que se apoyan en causas de probada repercusión y hacen uso de armas encuadradas, en celuloide o en pentagramas. Será menester, pues, elaborar toda una contra-balística de la cultura.

Lenguaje autoritario convertido en oficial, la misión providencial del militar excede la precisada por la Constitución; debe abrir nuevos frentes de batalla en la conciencia de los ciudadanos, inermes ante las formas culturales de la agresión.

"Las canciones de protesta, por ejemplo, jugaban un papel relevante en la formación del clima de subversión que se gestaba; ellas denunciaban situaciones de injusticia social, algunas reales, otras inventadas o deformadas." ¿Habrá sido situaciones de probada repercusión? Gendarmes de los espíritus, este lenguaje que habrá parecido tímido o titubeante al general Menéndez, forma parte del proyecto de militarización de la sociedad argentina. Por eso, que los seleccionados profesional y juvenil de fútbol hayan ganado los campeonatos mundiales, no es obra de jugadores talentosos y un gran director técnico (como bien dice Ulanovsky), sino la victoria de grandes batallas contra el prestigio y el aislamiento del gobierno militar.

El peligro se esconde en todos lados; la paranoia cultural debe coincidir geoméricamente con la estructura global del país. Una canción, un libro, una clase de matemáticas... el pelo, la barba, la ropa, todo es sospechoso hasta que pueda demostrar lo contrario.

Así, *Gente*, semanario de amplia difusión en el país, nos ofrece su "Manual para estar alerta". La subversión, dicen, está totalmente controlada, sólo se manifiestan coletazos de muerte. Siendo esto así, emprenden su embestida contra la "internacional" de la cultura que ha provocado el copamiento ideológico de los argentinos.

Consecuentes con la actitud denigratoria de la vida humana en cárceles, torturas y desapariciones, mantienen el estado de "alerta". Aunque el enemigo sea imaginario, la militarización global de la sociedad convoca a la movilización permanente de las tropas ciudadanas.

El terror impone desatado es también terror a la verdad, el retorno ineluctable de lo reprimido que no puede ser suprimido sino físicamente hacen práctica de estado una política de desmantelamiento cultural y férreo control. El ciudadano-alerta.

El "Manual" (*Gente*, 22/11/79) proclama: "Hay que perder el temor, la indecisión y la inseguridad en el momento de denunciar a alguien que se encuentra en actitud sospechosa." ¿Y qué debe considerarse como sospechoso? En principio, todo. Para la militarización de la sociedad nadie debe quedar afuera, incluso los mismos militares. "Si los que permanecen dentro de los vehículos son hombres uniformados, no descuidarse. Recuerde que esos uniformes pueden ser falsos."

Pero la cosa va más allá; a nadie se le escapa que junto al fútbol, el "gran tema" en la Argentina es la inflación, el precio de los productos, etc. ¿Habrá algún argentino que no sepa qué es un "palo verde"? Sin embargo, esta "Guía práctica para colaborar con la acción de las fuerzas de seguridad" (así se autodefine este "Manual") nos llena de precauciones y por fin nos previene: "La subversión se esconde detrás de muchas máscaras. Cuidese muy especialmente de quienes enarbolan los problemas económicos como bandera de drama social."

¿Quiénes, salvo la burguesía concentrada, oligárquica y sus custodios, es ajena al tratamiento de esos problemas que abaten al país?

"Desconfíe de aquellos que ven 'todo mal', aquellos que mantienen una constante actitud negativa hacia el país."

Vigile, sospeche y denuncie, incluso a los que ven a las cosas como son. Ante el desmantelamiento económico-cultural ¡sea optimista y sonría!, aunque por ello no dejará de ser sospechoso.

La educación, sublime actividad de vigilancia y castigo, no escapa al práctico "Manual": "Si sus hijos van a la escuela secundaria, tenga control sobre sus amigos y sus temas de conversación con ellos." Controle: el padre, jefe máximo de la familia, tiene como misión la vigilancia y, en su caso, el castigo. "No sólo a los universitarios apunta la subversión." La peste amenaza ahora a los jóvenes púberes. Por eso: "Si sus hijos muestran orientaciones políticas sanas, alientelas. Converse, discuta con ellos." Ese candidato a *zoon politikon* que es un joven debe seguir una sana tendencia a la despolitización. Salud promulgada por la propuesta política militar recientemente dada a conocer. Y custodiada por los padres porque "la desinformación ante ciertos temas suele ser peligroso". Se acabó, para este "Manual", la época del "mejor no te metas" tradicional de la vida nacional "sobre todo frente al lavaje de cerebro típico que intentan estos cuadros subversivos infiltrados en colegios y universidades".

La subversión cultural apunta a su hijo. Sus armas: la música, el teatro, la educación. Su objetivo: el lavaje de los jóvenes cerebros. Su estrategia: causas de probada repercusión social. ¡Ciudadanos, desenvainen la espada de Occidente y háganla brillar!



CARTAS DE LOS LECTORES

Contrapuntos sobre (la) Controversia

Miguel Ángel Picatto

El editorial del primer número de *Controversia* dice que "educados muchos de nosotros en una izquierda dogmática y de discutible suerte y eficacia en la historia política de nuestro país, provenientes otros de un movimiento popular en cuyas estructuras reinaba el autoritarismo [...]" En el contexto de la nota queda bastante claro que esas palabras no se refieren solamente a los integrantes de la revista sino al universo del exilio argentino en México. Si es así, y así es, algunos de nosotros vamos a tener que consultar de nuevo el padrón electoral para ver dónde nos educaron políticamente o de dónde provenimos, o si existimos.

Claro, antes de eso se dice que un lector atento "podrá observar que los artículos publicados en este primer número no guardan necesariamente homogeneidad". Y es cierto: necesariamente no, pero hay cada casualidad que uno no sabe si quedarse con lo peronista, con lo gramsciano o con lo bien impreso del número.

Yo, radical, pienso que desde la muerte de Irigoyen hasta unos cuantos años después —algo más de una década— mi partido no cumplió, para decirlo por lo bajo, un papel demasiado lucido. La historia de la década infame está escrita y es bastante elocuente, y los radicales quedamos desde entonces con algunas salpicaduras. ¿Qué hago? ¿Me "blanqueo" políticamente yo? ¿Cierro los ojos y dejo pasar diez o doce años de la trayectoria de mi partido? ¿O me abro y digo que no tuve nada que ver, que yo todavía no había llegado? Porque yo no había llegado, es cierto. Pero cuando llegué sabía todo lo que había pasado.

Entonces lo asumi. ¿Hice bien? ¿O después de haber tenido (de tener) mis ligas con ese partido —para mí el radicalismo, para otros pudo haber sido el PC, o Montoneros, por abundar en ejemplos—, me siento a escribir sobre él como si nunca hubiera pasado por la vereda de un comité?

En el exilio el "blanqueo" puede ser más fácil, pero no deja de ser riesgoso: sobre lo blanco se notan más las huellas digitales.

¿Es posible pensar *Controversia* en un contexto argentino tan ideal que fuera escrito y fuera leído por los mismos que la escriben y la leen hoy? ¿Tal vez en "los 43 días que convivieron a la argentina, la conmovedora primavera democrática" (Bernetti, sentimental y coqueto)? ¿O en algún otro lapso menos breve, menos conmovedor tal vez, menos chisporroteante. Digo en el gobierno del doctor Illia, en el que ni siquiera el doctor Puiggrós tuvo que exiliarse, lo que ya es decir algo? La nota de la página final ("El tema de Cámpora") hace temer por la solidez de los buenos propósitos.

La cuestión es dura de pelar. ¿En qué ámbito, en qué situación —en la Argentina o en cualquier otro lado— son posibles la controversia y —hay que añadirle— la disidencia? Gregorio Selser ("La recobrada libertad del cubano Huber Matos", en *El Día*, México, 29 de octubre de 1979) parece sugerir que no hay posibilidades ya para ese tipo de algarabías. Que deben pensarse, acepta, por la parte baja, con veinte años de cárcel. Y que no hace falta explicar demasiado por qué se sanciona a un disidente. (¿La interrogante se refiere a la pregunta que muchos al-

guna vez nos hicimos sobre la condena de Matos) se ha resuelto simplemente con la puesta en libertad de Matos, al término de su condena.")

¿Quién fija las condiciones bajo las cuales o en medio de las cuales pueden plantearse la controversia y la disidencia? "Castro —vuelvo a Selser— manifestó que Matos podía regresar a Cuba cuando lo deseara." ¿La cosa depende de la generosidad del líder? ¿O, por extensión, de la generosidad de la mayoría?

Selser afirma que Matos, cuando renunció al mando de las fuerzas de Camagüey, proporcionó al enemigo de la revolución cubana "un documento [su renuncia] que sirvió como artillería pesada contra sus propios compañeros [...]" Esto, en combate, en una guerra en cualquier parte del mundo, se llama alta traición. La renuncia de Matos (lo transcribo por Selser) decía: "yo creo que, al tener que elegir entre adaptarme o quitarme del camino con el propósito de no provocar un daño, es honroso y revolucionario que me vaya."

¿Quiénes son "los compañeros"? Matos "no confino [sus disidencias] —dice Selser— a los límites de la discusión interna". ¿Al interior de qué, como dirían los científicos sociales que ahora le copian las preposiciones al Mingo Tiquintella? Matos, lo afirma el citado compatriota, era un demoliberal (más o menos como Gregorio Selser). ¿Eran los comunistas sus compañeros? ¿Quién, en todo caso, tenía que decidirlo?

La democracia es difícil, tiene razón Portantiero. Gustavo Cosacov alguna vez me propuso, después de una búsqueda, dos criterios posibles

para indagar la existencia de un ámbito democrático: 1) un gobierno que racionalice sus actos (es decir que sienta y tenga necesidad de justificar sus decisiones) y 2) un estado que desconfía de sí mismo.

Hablamos aquella noche, claro, sobre el presupuesto de un régimen colocado en el poder por la mayoría. Por ejemplo, el 12 de noviembre de 1933 el partido de Hitler ganó las elecciones con más del 95 por ciento de los votos a su favor. Todo un buen comienzo... para discutir criterios indiscutibles.

Sobre la base de las notas precedentes, acuso formalmente a los escritores de *Controversia* de desdén al liberalismo. Y sobre esas mismas bases ya estoy tomando un poco más en serio lo que a continuación se transcribe, regocijadamente: "Si las masas asumieran, de alguna forma, el proyecto [socialista] sería un curso de acción probable —yo no participaría en él [Ojo: lo dice el de la voz, no yo]— pero me da la sensación de que está muy lejos de pasar una cosa así." (Esteban Righi, *Controversia* núm. 1, p. 9, 3a. columna).

Portantiero dice que el capitalismo no necesita de la democracia y dice después que "todo el resto: valores e instituciones que se asocian con la democracia y aun con la ampliación del liberalismo representativo (este sí visto como forma burguesa de la primera) configuran conquistas políticas e ideológicas arrancadas a través de luchas populares." Quien conozca de algún otro sistema —vigente; en acto, no en potencia— al que se le puedan arrancar las cosas esas de arriba, "que calle ahora o que calle para siempre".

Controvertir es, también, contra-venir. Es buena la controversia. Sólo que —temo— la *Controversia* argentina sólo será posible en este universo de probeta que es el exilio. En los ensayos del primer número se habla mucho de los errores, un poco menos de nuestros errores y casi nada de mis errores. Cuando Videla diga (todavía no me puedo olvidar de Selser) que podremos volver cuando lo deseemos, ¿el no asumir ciertas equivocaciones será la voz de ¡aura! para empezar a (a)cometerlas, alegremente, de nuevo?

Información bibliográfica

Revistas y periódicos

Resumen de la prensa argentina, editado por el Club para la Recuperación Democrática Argentina, Madrid, publicación quincenal.

Presencia Argentina, periódico del Centro Argentino de Madrid, año I, núm. 1, octubre de 1979. (Centro Argentino: Maestro Guerrero 6, 1.º Dcha. Madrid-8)

Boletín del CDA, publicado por el Comité por la Democracia en Argentina, Los Angeles, año I, núm. 4, octubre-noviembre de 1979. (Committee for Democracy in Argentina, P. O. Box 85316, Los Angeles, CA., 90072, U. S. A.)

Rearme (segunda época), publicación de la Organización Comunista Poder Obrero, México, núm. 5, febrero de 1980.

Vencer, Revista Internacional del Movimiento Peronista Montonero, año I, núm. 2-3, 1979.

Sociología y política

Comité por la Democracia en Argentina, Los niños de nuestra patria, Los Angeles, 1979 (folleto).

Jorge Bernetti, "La crisis de los Montoneros", en *El Universal*, México, 21, 24 y 26 de marzo y 2 y 4 de abril de 1979.

Jorge Bernetti, "La Hora del Pueblo", en *La República* núm. 9, México, abril de 1979.

Héctor Bruno, "A propósito de la problemática estudiantil en América Latina" (comentario a Juan Carlos Portantiero, *Estudiantes y política en América Latina* [México, Siglo XXI, 1978]), en *Crítica* núm. 3, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1979.

Enrique Cárpena y Mercedes Quijano, "La UAP y la opinión pública", en *Crítica* núm. 3, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1979.

François Geze y Alain Labrousse, *Argentine: revolution et contre-revolution*, Paris, Du Seuil, 1975.

Julio Godio, "Argentina: acción sindical y estrategia socialista", en *Resumen de la prensa argentina*, Madrid, 24 de noviembre-8 de diciembre de 1979.

Luis Seguí, "Argentina: crisis hegemónica y autonomía relativa del estado", en *Resumen de la prensa argentina*, Madrid, 8-22 de diciembre de 1979.

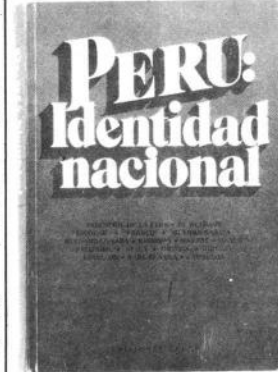
Gregorio Selser, "En la Universidad de Buenos Aires sólo podrá ingresar el 23,21 % de los inscriptos", en *El Día*, México, 15 de enero de 1980.

Gregorio Selser, "Argentina: no es casual la pauperización cuantitativa y cualitativa de la enseñanza", en *El Día*, México, 16 de enero de 1980.

Rubén Sosa, *La magia del poder en la Argentina*, México, Posada, 1975. Justo Escobar y Sebastián Velázquez, *Examen de la violencia en la Argentina*, México, FCE, 1975.

Crítica literaria

Raúl Dorra, "En torno al *Polifemo* y a las *Soledades* de Góngora", en *Dialéctica* núm. 1, año I, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1976.



33 opiniones sobre el plan político

Largamente anunciadas y luego de casi cuatro años de haber arribado al poder, se conocieron públicamente las "Bases políticas de las Fuerzas Armadas para el Proceso de Reorganización Nacional". Lo que popularmente se conoce como el *Plan Político* de la Junta Militar. Este acontecimiento dio lugar a una serie de opiniones de parte de dirigentes y figuras políticas nacionales, que hicieron referencias al proyecto castrense.

Partido Justicialista

Deolindo Bittel: "Las bases políticas constituyen un instrumento con significados y objetivos poco claros que pueden conducir a proscripciones indiscriminadas de dirigentes y a la constitución de un partido oficial." "El Plan merece serios reparos y contiene ingredientes limitativos que significan un retroceso en relación con las disposiciones legales constitucionales en vigencia." "El peronismo no va a cambiar de camiseta que no sea la de Perón, los trabajadores no son peronistas porque sí. Son peronistas porque Perón no sólo les dio un salario justo sino también la dignidad como personas."

Eloy Camus: "No voy a hacer declaraciones mientras no haya libertad de expresión para todos."

Jorge Triacca (CUTA): "Hemos sido descalificados para toda experiencia protagónica, pasamos a ser una especie de argentinos de segunda, aptos solamente para el esfuerzo de cada día y peor remunerado."

José Rodríguez (CUTA): "A partir del anuncio de la Ley de gremios y las bases políticas, se desató en el país una suerte de campaña de 'justificación' que pretende convencernos de que lo propuesto es lo ideal."

Federico Robledo: "Es necesario admitir la realidad de la hora presente sin aferrarnos con nostalgia a esquemas anteriores. Este documento puede iniciar el camino del encuentro y del entendimiento sobre la base de la flexibilidad de los enfoques."

Roberto Graboís ("Generación Intermedia"): "La propuesta es positiva y saludable. Significa ir al debate de las ideas. Y el peronismo debe dar la batalla en el campo de las ideas."

Italo Luder: "Es preciso comenzar de inmediato con la elaboración de los medios instrumentales que nos permitan alcanzar la democracia representativa fuerte y estable que se proclama."

Virginia Sanguinetti: "La propuesta me causa estupor. El peronismo no pactará por una pequeña porción de poder, mientras los resortes del poder quedan en manos de quienes quieren que el pueblo sea el convidado de piedra. Lo primero para iniciar el diálogo es la libertad de Isabel."

Con Isabel y otros compañeros presos no habrá solución política."

Leónidas Saadi: "Lo que quiere el pueblo argentino es un Plan Político en serio, simple, es decir: la vuelta lisa y llana al respeto y práctica de la Constitución Nacional. Las alquimias fallaron y seguirán fallando porque no son interpretaciones del sentir y necesidades del pueblo."

Unión Cívica Radical

Ricardo Balbín: "Las bases no deben ser un entretenimiento. No importa cuándo sea el comicio, lo importante es que tengan todos su parte. Todo tiempo tiene su distancia." "El tiempo de gobierno militar fue imprescindiblemente necesario, había ocurrido en nuestra república un hecho nuevo, inesperado, brutal, lo que se denomina ahora la subversión. Todo el país votó (en 1973) a quien estaba rodeado por una juventud que decía: acá están los que matamos a Aramburu, en tanto (Cámpora) había sostenido que estaba contra la subversión y la violencia."

Antonio Tróccoli: "El proyecto implica el punto de partida del proceso de normalización institucional y constituye una respuesta al insistente reclamo de la civilidad. Revela insuficiencias, como mantener diferenciada la organización de los partidos y de esa manera prorrogar el bloqueo social y político."

César García Puente: "La propuesta trata de instrumentar el camino de retorno a la democracia, eso me parece muy bien. Se ve claro que el proceso ha madurado, amplía sus bases, dialoga, consulta. Pero es imprescindible la rehabilitación legal de los partidos."

Raúl Alfonsín: "La propuesta busca la exclusión popular y nada se sabe sobre la puesta en marcha del proceso de democratización que las fuerzas armadas se han comprometido a llevar a cabo. La exclusión del pueblo se manifiesta a través de la prohibición de la actividad política, la suspensión de los derechos sociales y la atomización del movimiento obrero, como se pretende a través de la nueva ley gremial."

Luis León: "Los problemas del país se resuelven convocando a las mayorías. A los militares que son nuestros compatriotas, les digo que no tengan miedo de perder una elección."

Democracia Cristiana

José Antonio Allende: "Los caminos están señalados, falta ver su recorrido. En la posibilidad democrática no sólo tienen responsabilidad las fuerzas armadas, sino principalmente el mundo civil."

Martín Dip: "Cuando haya una solución para los sectores y problemas nacionales las soluciones políticas

vendrán como lógica consecuencia, solas y naturalmente."

Salvador Busacca: "El documento es una vía valiosa, aunque insuficiente, hacia la construcción de una democracia estable. El desarrollo de esta propuesta requiere que todos los sectores depongan su soberbia y declinen creer que tienen la verdad política."

Movimiento de Integración y Desarrollo

Arturo Frondizi: "La propuesta política carece justamente de política, carece de consideración del factor que impulsa las tendencias más negativas, las que conspiran contra los objetivos que se fijó el gobierno. El documento militar al asignarle esa importancia al diálogo, recoge la aspiración de los argentinos, pero la actual orientación crea un clima adverso al diálogo."

Rogelio Frigerio: "Las Bases no cambian el cuadro político existente. Las declaraciones doctrinarias generales carecen de relevancia. En todo caso no innovan mucho respecto de anteriores experiencias de gobiernos militares. En estas bases falta, justamente, política."

Marcos Merchensky: "Este documento quiere crear condiciones para convalidar y seguir llevando adelante una política económica que no beneficia al desarrollo del país. Creo que es una acción de entretenimiento."

Partido Intransigente

Oscar Alende: "Sostengo mi discrepancia total con el concepto de que las bases doctrinarias constituyen el primer paso de un vasto proceso."

Raúl Rabanaque Caballero: "Esperaba una propuesta unificadora en la que no hubiera réprobos ni elegidos. Pero este documento no ha hecho pío. Un país que transita por dos irrealidades altamente peligrosas: dejar de lado a las grandes mayorías nacionales y poner a las Fuerzas Armadas como custodias y defensoras de grupos minoritarios. Ningún plan liberal a ultranza será aceptado por el cuerpo social, político y militar del país. La verdad no se consigue por decreto."

Socialismos y comunistas

Simón Alberto Lázara (Partido Socialista Unificado): "El plan se reduce a cuestiones instrumentales. Están ausentes los temas de fondo: política social, economía, educación. Si esta propuesta no desemboca en el pleno ejercicio de la soberanía nacional y popular, los riesgos que corre el país son notorios. Queremos un diálogo entre hombres libres y no una división del país entre réprobos y elegidos."

Américo Ghioldi (Partido Socialista Democrático): "¿En qué consiste el plan? Con la propuesta no se permitirá el retorno a la situación de los años 1973-1976, regida por un sistema desquiciador. La salida hacia la normalidad implica una solución hacia la estabilidad de un gobierno fuerte y eficiente, y la continuidad de las líneas doctrinarias y las pautas enunciadas." "Yo no soy oficialista en el sentido de decir que estoy con el gobierno. Yo soy un hombre que ha comprendido la necesidad inevitable del proceso de Reorganización Nacional y miro entonces este proceso con simpatía."

Confederación Socialista Argentina (documento): "Las Bases no constituyen un plan político, tampoco señalan las grandes líneas de una estrategia de liberación nacional y social, no avanzan en el sentido de establecer la vigencia del estado de derecho y de preservar las garantías consagradas en la Constitución Nacional, así como tampoco en reconocer el principio básico e insustituible de la soberanía popular, sin condicionamientos, sin restricciones ni proscripciones ideológicas."

Partido Comunista Argentino (documento firmado por Rodolfo Ghioldi, Rubén Iscaro, Fernando Nadra y otros): "Con la publicación de las Bases Políticas elaboradas por la Junta Militar, el debate nacional se ubica en una nueva etapa. Estamos dispuestos a profundizar el estudio de las Bases a fin de participar activamente en el debate político sobre el presente y el futuro nacional. La oportunidad es propicia para reiterar nuestras ideas básicas, expresadas en documentos anteriores."

Otras opiniones

Rodolfo Smith (Demócrata Progresista): "Es una especie de plataforma de unas elecciones que no están a la vista. Y es un conjunto de buenas intenciones que la mayoría de los partidos 'psíquicamente' normales comparten."

Francisco Manrique (Partido Federal): "La propuesta tiene elementos positivos. El gobierno necesita un espacio político para moverse y mi partido se lo da, en conocimiento ahora de lo que se propone hacer."

Emilio Massera: "La propuesta política debería contener el estatuto de los partidos para que éstos cuenten con el marco adecuado a los fines de su reorganización y participación."

Alejandro Lanusse: "La propuesta política que se entrega al país a los 44 meses de gobierno militar no explica claramente cuándo y cómo. Lo otro ya lo sabíamos. Lo que interesa ahora es hablar claro, porque no es tiempo de elecciones. Se repite la misma frase: no tenemos plazos sino objetivos. Es una muletilla. Una fórmula evasiva. Los objetivos son aceptables o no, lícitos o no, según los plazos que demanden."

Jorge Rafael Videla: "El Partido Peronista tal cual como es hoy, al cristalizarse tal cual lo hemos conocido, si mantiene la tesitura de un culto a la personalidad, a la demagogia, si no es un partido responsable para vivir en democracia, si no adecua sus ideas y se agrupa en un sistema partidario democrático, no totalitario, no personalista, no tendrá cabida en el régimen democrático."

Amadeo Frúgoli (Partido Demócrata-Mendoza): "La publicación de las bases me parece de enorme trascendencia porque implica el primer paso concreto hacia la consolidación democrática."

Jorge Abelardo Ramos (Frente de Izquierda Popular): "El plan político sólo merecerá ese nombre con la libertad de Isabel Perón y Lorenzo Miguel, con la democracia política efectiva y la aplicación inmediata de una política económica y social nacionalista, popular y revolucionaria."